

TESOROS DE MUERTE

por

MAXWELL GRANT



HOJA DE APROBACIÓN NO 7



Tesoros de muerte

Maxwell Grant
La Sombra/45

CAPÍTULO I

EL MANUSCRITO VILLON

LAS luces se fundían en luminosa raya, vistas desde el taxi que avanzaba velozmente por la Quinta Avenida. Terry Barliss experimentó un gran placer al contemplar aquella calle, que no había visto desde hacía una docena de años.

Desvaneciósese esta sensación, sin embargo, al torcer el taxi a la derecha e internarse por una bocacalle poco concurrida.

Olvidó inmediatamente la aureola romántica de Manhattan. Sus pensamientos se hicieron más serios. Aquella calle señalaba el final de su viaje. Sólo unas cuantas manzanas le separaban de su punto de destino, del lugar en que había de entrevistarse con su tío.

Terry Barliss había recibido, en California, un telegrama llamándole al lado de su tío Shattuck Barliss, a quien no había visto en mucho tiempo y al que, al parecer, le quedaba muy poco tiempo de vida.

El taxi se detuvo delante de una casa sombría, de fachada vieja y decadente.

Terry se apeó del coche y pagó al conductor.

Había otros coches parados, a intervalos, todo a lo largo de la calle, pero Terry no les prestó la menor atención. No se dio cuenta de que unos ojos le observaban, desde un automóvil parado a menos de siete metros de distancia.

Sin volver a dirigir una mirada siquiera al coche que le había conducido hasta allí, Terry subió los escalones y llamó a la puerta.

Al abrirse ésta, empezaba a marcharse el taxi. En cuanto el muchacho entró en la casa y se cerró la puerta tras él, sonó una orden en voz baja en el interior del automóvil desde el cual le habían estado vigilando.

El coche pasó lentamente por delante de la casa y tiró en la misma dirección seguida por el taxi.

Terry Barliss no sabía una palabra de todo aquello. Sólo estaba pensando en lo que le esperaba. Se encontró en el vestíbulo de la casa de su tío; sitio solemne, callado, donde las paredes cubiertas de un papel oscuro y los muebles macizos se veían tan sólo a la débil luz de lámparas de pared con gruesas pantallas.

El criado que le había abierto la puerta era un individuo callado, imperturbable, que hizo una reverencia al escuchar el nombre de Terry. Dio media vuelta y le precedió por una escalera.

Llegaron al descansillo y el criado llamó a una puerta. Una voz femenina les invitó a entrar. El criado se hizo a un lado. Terry abrió la puerta y entró.

Había tres personas en el cuarto. Una de ellas era un hombre de edad madura, sentado en una butaca. Otra, era una enfermera profesional, de uniforme. Terry hizo caso omiso de estas dos, fijando toda su atención en la tercera.

Un viejo arrugado yacía en un lecho. Su semblante era tan pálido como la almohada sobre la que tenía apoyada la cabeza. Los brazos, extraordinariamente blancos, se hallaban sobre la colcha.

Sólo sus ojos parecían vivir. Volvieron la mirada hacia Terry. Una débil sonrisa le iluminó los labios.

Terry Barliss se encontraba ante su tío Shattuck. Aun cuando los años y el estado de salud les distanciaban enormemente, el viejo y el joven tenían un parecido extraordinario. Los rostros eran idénticos en todos sus detalles.

Ambos tenían pómulos salientes, barbilla firme, labios apretados y frente bien formada. A Terry le pareció que se estaba viendo a sí mismo, tal como llegaría a ser algún día.

El viejo señaló con un gesto una silla colocada al lado del lecho. Terry se sentó y asió la débil mano que el otro le tendía. Su tío empezó a hablar con la misma tranquilidad que si se hubieran visto el día anterior por última vez.

—Terry, me alegro de que estés aquí— El ritmo de la voz del anciano casi resultaba musical—. Sabía que viviría hasta que llegases... que viviría, aunque tengo contados los días.

“Esta casa, Terry, es tu hogar. Te pertenece mientras yo viva. Y cuando yo haya muerto, seguirá perteneciéndote a ti... el hijo de mi

hermano. Podrás quedarte con ella o venderla si quieres. Además de eso, te he hecho un legado.

Shattuck Barliss había cerrado los ojos mientras hablaba. Calló bruscamente, dando la impresión de que aquello no era más que una pausa.

Cuando, sin embargo, siguió con los ojos cerrados, Terry miró a su alrededor con gesto interrogador.

Vio al hombre de edad madura. Este pareció creer deber suyo el continuar.

Se puso en pie y le tendió la mano.

—Yo soy Rodney Glasgow-explicó—, abogado de Shattuck Barliss. Me llamó porque le esperaba a usted esta noche.

—Me mandó usted el telegrama-le recordó Terry.

—Sí; era urgente. Su tío le ha dado una noticia triste; pero que, por desgracia, es cierto. Le queda muy poco tiempo de vida.

“Es más, sólo vive ahora en virtud de un medicamento preparado por el doctor Fullis, el especialista que asiste a su tío. Eso me recuerda, señorita Wasson-Glasglow se volvió a la enfermera—, que son cerca de las diez.

La enfermera movió afirmativamente la cabeza e indicó una cajita de cartón y un vaso de agua que había preparados en una mesa próxima al lecho.

Glasgow miró a Shattuck Barliss; cuando vio que el anciano descansaba aún, el abogado se volvió de nuevo a Terry.

—Los bienes de su tío-dijo—, comprenden esta casa, los muebles, sus efectos personales y valores cuyo total ascienden a unos treinta mil dólares. La mayor parte de sus bienes serán de usted. La colección de libros propiedad de Shattuck Barliss-indicó, con un gesto, una habitación interior—, ha sido legada a la Biblioteca Municipal de Nueva York. Estos libros, aun cuando no han sido tasados, son de considerable valor, y...

—Comprendo-le interrumpió Terry—; mi padre era bibliófilo. Legó sus libros a una biblioteca de California. Me dijo que tío Shattuck era coleccionista también.

Mientras hablaba, Terry se había puesto en pie, acercándose a la puerta de la habitación interior. Era una biblioteca pequeña y bien amueblada, con una serie de estantes instalados en un nicho.

Todos ellos estaban llenos de libros. Terry notó algo nuevo en la

habitación.

Las paredes recubiertas de entrepaños de roble y otros adornos hacían que el cuarto contrastara con otras partes de la casa.

Cuando el muchacho volvió a dirigir la mirada hacia la cama, quedó sorprendido al ver que su tío estaba sentado en ella, muy erguido. Shattuck Barliss estaba señalando hacia el reloj.

La enfermera, comprendiendo, sacó dos cápsulas de la cajita de cartón y le dio al anciano un poco de agua para ayudarle a tragárselas.

El viejo tomó las cápsulas y pareció prepararse para un esfuerzo. Rodney Glasgow le habló a Terry en voz baja.

—Los esfuerzos excitan a su tío-explicó—. La tensión y la excitación le matarían. Inmediatamente después de tomar esas cápsulas, sin embargo, puede hacer esfuerzos durante un período de tiempo limitado, debido a que el preparado estimula el corazón. Ahora puede esforzarse si lo desea.

Mientras hablaba el abogado, se estaba operando un cambio en Shattuck Barliss. El viejo parecía haber salido de su inercia. Sus movimientos habían dejado de ser nerviosos. Le brillaban los ojos al mirar a su sobrino.

—Terry-dijo—; ya has oído las cláusulas de mi testamento. He estado escuchando las palabras del señor Glasgow. No lo has oído todo, sin embargo. Hay una cosa que Glasgow no te ha dicho, simplemente porque él la desconoce también.

Terry se hallaba en tensión. El abogado, también. Shattuck Barliss había adoptado un tono fuerte, que revelaba el dinamismo de su personalidad. Sus años parecieron desvanecerse. Tenía todo el fervor de la juventud y de la virilidad.

—Glasgow ha hablado de mi biblioteca-prosiguió—. Es de valor, en efecto; pero no tanto, sólo había un libro en mi colección que tenía un valor grande de verdad. Hasta hace pocas semanas, estuvo con los demás libros. Cuando me puse enfermo, lo trasladé a un lugar de absoluta seguridad.

El viejo alzó la arrugada mano derecha y señaló con un dedo el entrepaño de la pared. Terry, comprendiendo, se acercó a la pared.

—Aprieta-ordenó Shattuck—. A la izquierda... hacia abajo... a la izquierda; hacia arriba... a la derecha...

El entrepaño se abrió, dejando al descubierto una caja de

caudales pequeña.

Terry asió el pomo con los dedos.

—A la izquierda, tres—dijo Shattuck, dando la combinación de la caja—; a la derecha, cinco... a la izquierda, dos... a la derecha seis...

Se abrió la puerta de la caja de caudales. El muchacho no encontró dentro más que una cosa; un tomo encuadernado en piel, que sacó con cuidado. Lo llevó al lecho. Shattuck lo tomó y abrió la tapa.

El libro era muy delgado. Sus páginas eran de pergamino. No estaban encuadernadas permanentemente; la cubierta sólo servía para contener lo que parecía un valioso manuscrito.

Terry contempló la portada. La embellecían caracteres extrañamente trazados. Comprendió que el idioma debía ser francés, pero resultaba extraordinariamente difícil de entender.

—Este—anunció Shattuck posando un dedo sobre la portada—, es el único ejemplar en existencia, de una obra que es poco menos que desconocida. Existen otros manuscritos; pero todos están incompletos, menos éste.

“Se llama “Les Rondeaux de Paris”. Contiene cinco baladas escritas por Francisco Villon, el primero y más grande de los poetas líricos franceses. Villon escribió estos versos, al parecer, en el año mil cuatrocientos cincuenta y cinco.

“Este manuscrito no tiene precio. Fue propiedad de tu padre, Terry. Me lo entregó a mí para que lo guardara para ti. Permíteme que te explique por qué es fabuloso su valor. ¡Si podrías venderlo por muchos miles de dólares!...

“Las primeras cuatro baladas se encuentran en otros manuscritos. La caligrafía es idéntica. Evidentemente, todos ellos fueron escritos en la misma época. Es posible que algunos de esos manuscritos fueran copias, o falsificaciones. Su valor es dudoso.

“Este manuscrito, sin embargo, es único. Sólo éste es completo. Contiene la Quinta Balada... ¡el rondeau perdido de Francisco Villon!

El semblante del anciano brillaba de entusiasmo. Su mano derecha descansaba sobre la portada. Terry Barliss y Rodney Glasgow se sintieron contagiados. Miraron con reverencia al volver Shattuck la hoja y exhibir las líneas de verso escritas en la siguiente.

—Este manuscrito es auténtico—exclamó Shattuck—. Todos los

que lo han visto han estado de acuerdo con ello. Todos, menos uno — El semblante del viejo se agrió al recordarlo—; y la opinión de éste no cuenta, en vista de la unanimidad de los demás. Ese fue Elías Galban.

“Tiene fama como descubridor de falsificaciones. Sostenía él que no podía existir una Quinta Balada de Francisco Villon; que los versos agregados que dan al manuscrito su valor no son más que una imitación.

“¡Pero el examen de Elías Galban fue superficial! ¡Galban no hizo prueba alguna! ¡Dijo que el manuscrito entero era una falsificación! Eso demuestra cuán equivocado estaba. Porque yo ya había demostrado con la ayuda de peritos, que las primeras cuatro baladas eran genuinas y todos estaban de acuerdo en que la misma mano tenía que haber escrito la quinta.

Shattuck Barliss estaba pasando las páginas lentamente mientras hablaba.

Señaló. Los que le escuchaban miraron y movieron afirmativamente la cabeza. Veían el exótico estilo de las letras.

—¿Ves estas líneas? —inquirió el anciano—. Comprenden las cuatro primeras baladas. Sólo son valiosas porque demuestran la autenticidad de la quinta. Fíjate bien en estos versos, porque llego ya a las páginas finales, en las que figura la quinta balada. ¡Tú... y usted, Glasgow... van a ver por sus propios ojos los versos perdidos de François Villon!

Al hablar, posó la mano sobre la página preparándose para pasarla. Terry y Glasgow vieron que el libro no había sido abierto en mucho tiempo. Sabían que Shattuck había conservado el manuscrito sin tocarlo; que haría mucho tiempo que no lo habría abierto, ni tan solamente tocado.

La página se volvió lentamente. El viejo miraba, y los otros con él, para ver las líneas primeras de la balada quinta.

Un terrible grito de consternación surgió de la garganta de Shattuck. Las arrugadas manos asieron las páginas de pergamino. El anciano tenía los ojos desmesuradamente abiertos. Su sobrino y el abogado vieron el motivo.

La página en que debiera haber principiado la Quinta Balada estaba en blanco. ¡No era más que una hoja de pergamino que hacía de hoja final del manuscrito!

—¡Me la han robado!

Fueron las últimas palabras que pronunció el anciano bibliófilo. Soltó una exclamación y cayó sobre la almohada. Los ojos perdieron su brillo; las manos cayeron inertes. La sacudida había resultado demasiado fuerte.

A pesar de la dosis estimulante, el anciano no había podido soportar el choque.

Shattuck Barliss yacía muerto, con el manuscrito de François Villon abierto delante de él. El preciado tesoro que guardara durante tantos años le había desaparecido.

¡Una mano astuta, desconocida, se había apoderado del manuscrito Villon!

CAPÍTULO II

EL VISITANTE INVISIBLE

SONÓ el timbre de un teléfono. El editor urbano del Classic, de Nueva York, descolgó el auricular.

—¿Qué hay, Tewkson? Sí... sí... Bueno; mandaré a alguno que se encargue de eso.

Colgó el auricular y buscó un periodista a su alrededor. El primero que vio fue a un muchacho delgado que fumaba, ocioso, en pipa. Le llamó.

—Aquí hay un buen asunto, Burke-le dijo—. Tewkson acaba de telefonar la noticia de que un viejo llamado Shattuck Barliss, ha muerto de un colapso al enterarse de que había sido robado un valioso manuscrito.

—¿Está Tewkson en Jefatura? —inquirió Burke.

—Sí; dice que marcha un hombre a investigar el robo. Más vale que vaya usted a la casa en que vivía el viejo.

—De acuerdo.

Burke salió de la redacción y bajó a la calle. Entró inmediatamente en una tienda y se metió en la cabina telefónica. Hizo una llamada.

—Burbank al habla-dijo una voz.

—Informe de Burke.

—Hable.

El periodista dio en pocas palabras la información que le diera el editor.

Agregó las señas de la casa propiedad de Shattuck.

Nadie que hubiera estado vigilando las cabinas telefónicas de aquel establecimiento, hubiera dado importancia al hecho de que Clyde Burke, redactor del Classic, de Nueva York, hiciese una

llamada. Sin embargo, Clyde Burke había hecho algo que se salía de lo corriente.

En alguna parte de Nueva York vivía un misterioso ser llamado La Sombra.

Maestro en el arte de la deducción, hombre solitario que luchaba contra el crimen, el misterioso personaje parecía dedicarse con preferencia a los asuntos que desconcertaban a la policía.

Nadie conocía la identidad de La Sombra. Tenía una facilidad asombrosa para disfrazarse; era un fantasma que se movía en el silencio y el sigilo de la noche.

Su poderoso brazo había puesto fin a la carrera de numerosos criminales, ninguno de los cuales había podido hacer fracasar los planes de La Sombra.

En su lucha incesante contra el crimen, La Sombra dependía de la información que le enviaban subordinados de toda su confianza, gente que andaba siempre al tanto para tomar nota de cuantos asuntos nuevos se presentaran.

Uno de sus mejores agentes era Clyde Burke, el redactor del Classic, a quien se le había encargado el asunto Barliss.

Era deber de Burke enviar detalles de todo crimen que se saliera de lo corriente en cuanto los conociera. Por consiguiente, al conocer los datos de la desaparición del manuscrito Villon, se los había mandado a La Sombra.

Encontró un coche e la policía a la puerta de la casa de Shattuck. Llamó.

Abrió el criado. Clyde se presentó como redactor del Classic.

Al pasar a la sala de la planta baja, se encontró con varias personas. Entre ellas se hallaba un individuo atezado, bajo, en quien reconoció al detective Cardona, as de al policía neoyorquina.

—¡Hola, Cardona! —saludó.

—Hola, Burke. Este es Terry Barliss, sobrino del difunto; este otro, Rodney Glassow, abogado. Siéntese, no hay inconveniente en que se entere usted de lo que pasa.

—Claro que no hay ninguno-asintió Terry Barliss—. Me alegro mucho de que haya usted venido, señor Burke. Estoy denunciando el robo de un manuscrito de gran valor. El descubrir dicho robo fue motivo de que muriera mi tío.

Era evidente que la muerte de Shattuck había dejado aturdido a

Terry Barliss. No obstante el muchacho dio principio a su relato. Mientras hablaba, tenía en las manos el ejemplar del manuscrito Villon.

Al tomar Cardona el manuscrito para examinarlo, sonaron unos pasos en la escalera. Se presentó la enfermera con un hombre de edad madura, que era evidentemente médico.

—Este es el doctor Daventry-explicó Terry—. Es asociado del doctor Fullis, médico de mi tío. Le llamamos inmediatamente.

—El doctor Fullis se encuentra ausente-explicó el médico, dirigiéndose a Cardona—. Recetó unas cápsulas especiales para Shattuck Barliss. Veo que han sido dadas de acuerdo con la receta. Produjeron el estímulo necesario que permitió a Shattuck Barliss vivir hasta esta noche.

—¿Cuál ha sido la causa de la muerte?

—Un colapso cardíaco. Era de esperar.

Todas las miradas estaban fijas en el médico. Este había entrado en la sala, seguido de la enfermera. Nadie observaba lo que estaba ocurriendo en el pasillo.

Ni Burke ni Cardona vieron el fugaz rayo de luz que apareció en la pared del vestíbulo y que indicaba que se estaba abriendo la puerta de la calle.

—¿Dice usted-murmuró Cardona—, que esperaba que muriese Shattuck Barliss?

—El doctor Fullis me lo advirtió-asintió Daventry con un movimiento de cabeza—. Permitía a su paciente ciertas actividades inmediatamente después de haberse tomado el medicamento. Dio órdenes rigurosas, sin embargo, de que debía evitarse toda sacudida fuerte.

“Estoy algo sorprendido, sin embargo, de que sobreviniera la muerte tan poco tiempo después de haberse tomado las píldoras. Eran éstas un poderoso estimulante. Lo que demuestra que la sacudida debió ser tremenda.

—Lo fue-aseveró Terry—. Mi tío apreciaba su manuscrito por encima de todo en el...

—¿Dice usted que éste no es el manuscrito? —inquirió Cardona, de pronto.

—Al parecer, no-intervino Rodney Glasgow—. Sin embargo, el manuscrito robado debía parecerse mucho a éste. No fue hasta

haber pasado las últimas páginas, que se dio cuenta de que era falso.

Para que se dieran mejor cuenta, Glasgow tomó el manuscrito de manos del policía y empezó a pasar las páginas de pergamino. Los demás se apiñaron a su alrededor para oír mejor el relato. No se dieron cuenta del extraño fenómeno que ocurría en el vestíbulo.

La penumbra pareció moverse allí. De la oscuridad surgió un ser viviente, una figura alta, espectral, envuelta en larga capa negra y con un sombrero de ala ancha del mismo color, calado hasta las cejas.

No se veía rostro alguno en aquella masa de oscuridad, sólo unos ojos ardientes que brillaban con penetrante poder. Estaban éstos fijos en el grupo que ocupaba la salita.

¡Eran los ojos de La Sombra!

La figura de La Sombra desapareció de la entrada de la sala. Con paso silencioso el extraño ser subió la escalera, fundiéndose con las sombras en el descansillo.

No había nadie en el piso. La Sombra parecía un fantasma al dirigirse a la entreabierta puerta de la alcoba, en que yacía el cadáver de Shattuck.

Los ojos de La Sombra eran penetrantes. Parecían ver todo lo ocurrido. La capa dio un leve chasquido. El ser misterioso cruzó el cuarto y se metió en la biblioteca. Se fijó en los entrepaños y en lo nuevo que parecía el cuarto en comparación con el resto de la casa.

Una vez de vuelta en la alcoba, examinó la caja de caudales abierta. Estudió la puerta secreta que abriera Terry siguiendo las instrucciones de su tío.

La Sombra se acercó a la cama. Contempló el cadáver de Shattuck.

Vio la cajita de cápsulas. La etiqueta llevaba el nombre de una farmacia conocida. Sobre la tapa se leía que la dosis había de ser de dos cápsulas cuatro veces al día. Según la etiqueta, la caja llena había de contener cincuenta de aquellos sellos.

La Sombra extendió el brazo. Una mano enguantada de negro asió la caja y sus ágiles dedos contaron el número de cápsulas. Había dieciocho. Retiró una de ellas.

Alguien subía la escalera. Giró al oír los pasos. Llegó al pasillo y se fundió con la oscuridad cerca de una puerta. Cardona se

acercaba, acompañado de Terry Barliss.

Ninguno de los dos vio a La Sombra. Ambos entraron en el cuarto. Se dirigieron a la biblioteca. Luego volvieron a la alcoba.

La Sombra podía oír toda su conversación desde donde se encontraba.

Evidentemente ésta era continuación de lo que habían estado discutiendo abajo.

—No existe prueba alguna de que se haya cometido ningún robo-estaba declarando Cardona—. Usted dice que su tío gritó que le habían robado el manuscrito. Pero ni usted ni Glasgow habían visto jamás el libro hasta esta noche.

—Nos fundamos en las palabras de un muerto-anunció Terry, con solemnidad—. Comprendo su punto de vista, señor Cardona. Es un caso un poco flojo. Sobre todo teniendo en cuenta que un experto, aseguró que el manuscrito era una falsificación.

—Es muy difícil convencer a un coleccionista, de que no es genuina una cosa que él posee.

—Lo sé. Pero tengo el convencimiento de que mi tío, no se equivocaba en la creencia de que poseía el auténtico manuscrito Villon.

Cardona había llegado al pasillo. La Sombra le podía ver ya y observó que se encogía de hombros.

—Por lo que se ve-anunció el detective—, no existe el menor indicio de que se haya cometido un acto delictivo. Shattuck Barliss murió de muerte natural. Puede haber estado completamente equivocado en lo que se refiere a su manuscrito. Este no es asunto para la policía.

—Así, pues, usted aconseja...

—Le aconsejo que haga usted indagaciones por su cuenta. A menos que pueda usted suministrar alguna prueba de que ha desaparecido algo de esta casa, no hay cosa que pueda uno hacer.

Terry Barliss había salido al pasillo también. El joven comprendió la lógica de las palabras del detective. Juntos pasaron por delante de la puerta en cuyo hueco se cobijaba La Sombra. Bajaron la escalera.

Cuando se hubo apagado el rumor de sus pasos, La Sombra se movió. No volvió al cuarto en que Shattuck yacía muerto. En lugar de eso, bajó la escalera a su vez. Llegó a la planta baja

silenciosamente. Como un fantasma, se dirigió a la sala.

Había gente hablando allí dentro. Rodney Glasgow se estaba mostrando de acuerdo con Cardona. La Sombra no aguardó. Se acercó a la puerta de la calle. Su mano enguantada asió el pomo.

Salió a la oscuridad, como un espectro. Sólo el movimiento de la puerta al cerrarse anunció su partida.

Unos minutos más tarde, Cardona y Clyde Burke salieron de la casa.

Bajaron los escalones y aparecieron en el trozo de acera iluminado por la luz de un farol. No vieron a la sombría figura que les observaba desde cerca de la puerta.

—Así, pues, no hay noticia de ninguna clase-comentó Clyde, agriamente—. Ni homicidio, ni robo demostrado... nada más que la muerte repentina, pero esperada, de un viejo al que poco quedaba que vivir.

—Usted lo ha dicho-asintió Cardona.

—Yo salí en busca de una información de primera plana y me he encontrado con unas líneas para la sección de defunciones.

Los dos se alejaron. El silencio siguió a su marcha. De pronto se observó un movimiento. Un trozo de la oscuridad pareció arrancarse de la pared cerca de los escalones.

Vaga criatura de la noche. La Sombra se alejó del lugar. Unas manchas de oscuridad que avanzaban por la acera eran las únicas señales de su presencia hasta que llegó al extremo de la calle.

Entonces, en las tinieblas, se oyó un extraño grito susurrante. Una risa siniestra emitió su sardónico mensaje. Su extraño sonido murió y fue seguido de ecos burlones. Era expresiva aquella sorprendente risa.

La Sombra había llegado como visitante invisible. Donde Cardona y Burke no habían hallado rastro de homicidio ni de robo, La Sombra había distinguido la posibilidad de ambas cosas.

—¡La Sombra sabía!

CAPÍTULO III

DESDE EL SANTUARIO

LUCES brillaban proyectadas extraño resplandor por una habitación asombrosa. Las pulimentadas paredes lanzaban destellos. Era aquello un laboratorio; pero se diferenciaba de todos los demás en existencia.

En lugar de baldosas blancas, la habitación lo tenía todo negro. Las paredes, el techo y el suelo como las mesas, los bancos y demás equipo, eran todos del mismo color sombrío. Era un lugar apropiado para el extraño ser que lo ocupaba.

La Sombra estaba en su laboratorio. Envuelto en su negra capa, resultaba casi invisible mientras trabajaba. Su vestimenta no reflejaba la luz como las paredes. Por consiguiente La Sombra parecía una figura incongruente al moverse.

Negro contra un fondo negro; superficie absorbente contra aquélla reflejada.

Tal era la presencia de La Sombra. ¡Los largos brazos con sus enguantadas manos eran como sombras de La Sombra!

Se veía algo blanco, sin embargo, aunque no era más que un punto minúsculo, la cápsula que La Sombra se había llevado del cuarto del difunto.

La Sombra dio principio a su análisis con probetas y botellas. La cápsula se abrió. El blanco polvo que contenía cayó sobre un papel negro. La prueba continuó. Al terminarse ésta, un murmullo burlón surgió de los labios del misterioso ser.

Las luces del laboratorio se apagaron. Se oyó el chasquido de una capa en la oscuridad. Poco tiempo después, apareció otra luz en un segundo cuarto sombrío. Sonó el ruido de un interruptor, una luz azulada brilló sobre la superficie de una mesa.

Unas manos blancas aparecieron dentro del círculo de luz. En uno de los dedos de la izquierda, lanzaba destellos una joya. Era el girasol de La Sombra; el extraño ópalo de fuego, única joya de La Sombra.

A veces era negro su color, pero siempre, de su fondo se desprendían destellos de fuego que brillaban con la intensidad de un ojo de Prometeo.

La Sombra se hallaba en su santuario. Allí, envuelto en la oscuridad, resultaba invisible, todo menos sus manos, que se movían como seres vivos desprendidos del cuerpo a que pertenecían.

La Sombra estaba a punto de hacer un resumen de los descubrimientos hechos durante su visita a la casa de Shattuck Barliss.

Los dedos asieron una pluma. Escribieron breves anotaciones sobre una hoja de papel que la otra mano había sacado:

Cápsula-polvo inofensivo-droga ausente.

Número que quedaba-dieciocho.

Número que faltaba-treinta y dos.

Cuatro días.

Las palabras escritas empezaron a desaparecer. Se desvanecieron del papel como pensamientos fugaces. Pero su significado persistía. La Sombra había hecho un descubrimiento importante.

Alguien había colocado cápsulas inofensivas en lugar de los sellos recetados por el médico. Ningún jurado podría condenar al médico. Ningún jurado podría condenar al culpable como homicida.

Sin embargo, la substitución de las cápsulas, había sido una sentencia de muerte para Shattuck Barliss.

Habían sido usadas treinta y dos cápsulas de la caja. Durante cuatro días por lo menos, Shattuck había estado viviendo sin el estímulo medicinal necesario que había recetado el médico.

Desde el momento de la substitución, el viejo había ido perdiendo poco a poco las fuerzas precisas para soportar una sacudida.

¿El objeto de ello? La suave risa de La Sombra lo indicaba. Alguien había querido que Shattuck muriese antes de que su sobrino llegara a Nueva York.

Las cápsulas habían sido cambiadas, allá por el tiempo en que

Rodney Glasgow llamara a Terry.

De haber muerto el anciano antes de la llegada de su sobrino, nadie hubiera conocido la historia del famoso manuscrito Villon. Si hubiera sido hallado después de la muerte del viejo, no hubiese habido discusión acerca de él.

Era un asesinato astuto, un asesinato que dependía de una reacción natura; tal había sido la causa de la muerte de Shattuck Barliss. ¡El motivo era el deseo de ocultar el robo perpetrado!

La pluma de La Sombra había vuelto a empezar a escribir. Nada se le había escapado. No había olvidado ni una sola palabra de cuantas había oído.

Biblioteca-renovaciones.

Caja de caudales de pared-sin tocar.

Opinión de experto-manuscrito falsificado.

Las palabras se desvanecieron del papel. Habían hecho resaltar puntos de importancia. La única indicación de que hubiera habido alguna persona recientemente en la antigua casa era el nuevo decorado de la Biblioteca. El estado de la caja de caudales demostraba que no había sido forzada nunca.

La observación que le había hecho Terry a Cardona, acerca de que un experto pronunciara falso el manuscrito era el último punto de valor.

Indagaciones.

Esta palabra fue la última que escribió La Sombra. Permaneció un rato después de desaparecer las otras: luego se desvaneció ella también.

La Sombra sabía que Terry Barliss, aun cuando su causa resultara fútil, haría por lo menos algún esfuerzo por averiguar, qué había sucedido en casa de su tío antes de su llegada de California.

Era innecesario que La Sombra anotara lo que era evidente; que la vieja casa sería el punto de partida de cualquier investigación, susceptible de dar con el paradero del manuscrito desaparecido.

Era también innecesario que intentara adivinar La Sombra, a dónde podría conducir la pista antes de que se hubiera dado principio siquiera a la investigación.

Había descubierto indicaciones interesantes. Necesitaba hechos concretos.

Estaba pensando en qué forma obtenerlos. Se hallaba ante un

crimen perfecto, el robo de un valioso manuscrito que no podría ser identificado aún cuando volviera a encontrarse; un asesinato que no había requerido más que trabajo negativo, por parte del hombre que lo había llevado a cabo.

La risa que sonó en el santuario era una risa hueca, burlona, que denotaba el humor de La Sombra.

Era una señal de que La Sombra era el único, que sabía lo que podría traer el porvenir; que él, a pesar de ser un maestro, se daba cuenta de que la única estrategia posible en aquel momento era el permanecer inactivo.

La Sombra confiaba en Terry Barliss. Sabía que el heredero desilusionado buscaría hechos concretos. También sabía que tales hechos no significarían nada para Terry.

Pero sus descubrimientos pudieran resultar de gran valor para La Sombra.

Para que adquirieran todo su valor, era esencial que existiera contacto directo entre La Sombra y Terry Barliss.

Aparecieron papel y pluma. La Sombra escribió otra vez. Ahora, sin embargo, no anotaba comentarios mentales. Su rápido escritura asumió la forma de un mensaje en clave. Cuando lo hubo completado, dobló el papel antes de que se hubiera secado la tinta y tenido ocasión de desvanecerse.

Metió el mensaje en un sobre y, empleando otra pluma, escribió un nombre y una dirección: Rutledge Mann, Edificio Badger, Nueva York. Estas señas eran escritas en tinta corriente, que no se desvanecía al secarse.

Una mano retiró el sobre de la mesa. La luz azulada se apagó. El santuario se sumió en la más profunda oscuridad. En la impenetrable sombra, surgió una carcajada extraña que pareció reverberar. Cuando se hubieron apagado los ecos, quedó un profundo silencio.

La Sombra había preparado en su santuario el primer paso encaminado a descubrir el origen del misterioso crimen. Contaba con que el transcurso del tiempo le allanara el camino del triunfo.

CAPÍTULO IV

EL PRIMER PASO

HABÍA amanecido en Manhattan. Un joven, envuelto en un batín, se hallaba junto a la ventana de uno de los cuartos más altos del enorme Hotel Metrolite.

Era un muchacho fuerte, de expresión firme y rostro franco. Parecía satisfecho de la vida al contemplar la ciudad.

Empezó a sonar el timbre del teléfono. El joven abandonó la ventana y descolgó el auricular. Una voz lenta y metódica preguntó:

—¿Es el señor Harry Vincent?

—Sí-replicó el joven.

—Habla la Compañía Climax de Productos Químicos. Aguardamos ocasión de discutir una nueva transacción con usted. ¿Cuándo podría celebrar una entrevista con nuestro hombre?

—Antes de una hora-contestó Vincent.

—Está bien.

En cuanto colgó el auricular, Harry Vincent se vistió a toda prisa. Su velocidad indicaba que el asunto debía ser de suma importancia.

Así era, en efecto; pero el asunto en cuestión nada tenía que ver con al compra ni la venta de productos químicos. Dos palabras, de todo el mensaje, le habían hecho meterse tanta prisa. Estas eran las últimas: “nuestro hombre”.

Porque para Harry Vincent representaban la clave de lo que había de hacer “Nuestro hombre” significaba R. Mann. R. Mann era Rutledge Mann, corredor de Banca y Bolsa que tenía su despacho en el edificio Badger.

A la media hora de haber recibido la llamada, Harry entraba en el edificio Badger. Sabía que se hallaba a punto de emprender una

aventura.

Porque Harry Vincent, que se pasaba por rentista ocioso en el Hotel Metrolite, era uno de los agentes de La Sombra.

Cuando Harry hacía falta, La Sombra le llamaba. El aviso llegaba con frecuencia por mediación de Rutledge Mann, que servía también de enlace.

No tenía nada de particular que un hombre de aspecto tan próspero, como Harry hiciera alguna que otra visita al despacho de un corredor de Bolsa.

Se dirigió al despacho número dos mil doscientos veintiuno, que se hallaba en el piso vigésimo primero y entró. Se levantó una mecanógrafa, le reconoció y fue a llamar con los nudillos en la puerta del despacho interior.

Unos minutos más tarde Harry Vincent hablaba, con un hombre que estaba sentado indolentemente a una mesa. Este hombre era Rutledge Mann. Junto a su mano yacía una hoja de papel negro. Harry comprendió por él que Mann había recibido un mensaje de La Sombra.

—Vincent-empezó a decir Mann—; le tengo preparada una cita poco corriente. Sería mejor que acudiera a ella poco antes del mediodía. Ya sabe usted dónde está el Teatro Drury.

Harry afirmó con la cabeza.

—Tres edificios más allá de ese viejo teatro, hay un edificio anticuado, dedicado a despachos. En el cuarto piso encontrará la oficina del anticuario Crayle. Ha de visitarle.

—¿Con qué fin?

—Eso se decidirá más adelante. Límitese a visitar a ese hombre; dígame que le interesan las antigüedades y hágase amigo suyo. Si le pidiera algún favor, hágaselo. Siga ese plan de acción, le conduzca donde le conduzca.

Harry Vincent movió afirmativamente la cabeza y se puso en pie para salir del despacho. Conocía el lugar en que se alzaba el Teatro Drury, cerca de Times Square. Sabía que no le costaría ningún trabajo dar con la oficina del anticuario.

Comprendía que se trataba de cumplir una misión encomendada por La Sombra; como todas las demás misiones encargadas por el misterioso personaje, aquélla tendría, a buen seguro, consecuencias sorprendentes.

También se daba perfecta cuenta de que Rutledge Mann no tenía la menor idea de lo que se trataba. Mann había recibido una orden de La Sombra. Se la había transmitido a Harry. Allí acababa toda su participación en el asunto.

Aun no eran las diez. Harry salió del edificio Badger y echó a andar por Broadway. Reguló su paso de manera que llegase al despacho de Crayle, un poco antes del mediodía.

Entretanto, un hombre alto subía la escalera del edificio hacia el que se encaminaba Harry. Al llegar al cuarto piso, se detuvo ante una puerta.

En la semi oscuridad del pasillo resultaba difícil distinguir los objetos. Sin embargo, había algo siniestro en el porte del desconocido: una indicación que permitía adivinar su identidad. La Sombra habría llegado al despacho de Hawthorne Crayle.

La figura se alejó. Donde había estado, quedó una mancha amarilla, un objeto del tamaño de un sobre. La Sombra se había ocultado en el hueco de una puerta al otro lado del pasillo.

Fue entonces cuando el viejo se fijó en el sobre. Lo recogió con manos temblorosas.

Aquel hombre era Hawthorne Crayle. A la luz de su despacho, se vio que el anticuario era un viejo encorvado, del tipo exacto que hubiera uno esperado encontrarse en semejante ambiente. Tenía el rostro arrugado y todo el aspecto de hombre acostumbrado a vivir recluido.

El objeto que había recogido era un sobre amarillo. Lo abrió y sacó un telegrama. Leyó y rió.

Sacó luego un maletín viejo. Anduvo con la combinación de la caja de caudales, la abrió y sacó dos Budas pequeños, de oro. Los metió en el maletín, cerró la caja de caudales, y salió del despacho.

Cuando se apagó el eco de sus pisadas en la escalera, volvió a aparecer La Sombra. Su mano aplicó un instrumento a la cerradura, que cedió. La Sombra entró en el despacho de Crayle.

La luz procedente de la ventana reveló algo sorprendente. La Sombra, a pesar de lo confuso que había parecido en el pasillo, no llevaba su acostumbrada capa negra.

Usaba un abrigo viejo y un sombrero estropeado, ambos de un color oscuro; tenía el rostro completamente al descubierto.

Sin embargo, nadie que hubiera visto aquella cara, hubiese

podido obtener el menor indicio acerca de su identidad. En todas sus facciones, el rostro de La Sombra era copia exacta del de Hawthorne Crayle.

Quitándose sombrero y abrigo, aquel doble del anticuario, se puso a trabajar en el despacho. Conocía el lugar, y todos sus movimientos eran un fiel reflejo de los de Crayle.

El telegrama yacía donde el anticuario lo había dejado. El falso Crayle lo recogió y rió igual que lo hiciera el anciano al leerlo.

Había sido expedido por un hombre de dinero de Cincinnati y le pedía a Crayle que fuese a verle inmediatamente, llevando consigo dos Budas de gran valor que poseía.

Hawthorne Crayle jamás sabía que era lo que había inspirado aquella venta. El coleccionista de Cincinnati había recibido un telegrama en el que se le describían detalladamente los Budas de oro.

La Sombra le había mandado aquel mensaje con un nombre especial. El coleccionista había obrado tal y como había esperado La Sombra.

Había teléfono en el despacho de Crayle. El falso anticuario lo descolgó y marcó un número.

—¿El señor Terry Barliss? —inquirió—. Hawthorne Crayle al habla... Conocí a su tío en otros tiempos... Sí, sí; me he enterado de su muerte con verdadero pesar. Vi la noticia en el periódico.

Una pausa, mientras el supuesto Crayle escuchaba. Luego, volvió a hablar.

—Le llamo, señor Barliss, debido a algo que me dijo su tío una vez, soy coleccionista. Sí... su tío poseía un manuscrito... Sí, eso es... una colección de baladas de Villon... ¿Cómo?... ¿Usted cree que es una imitación?... Claro que tendría mucho gusto en darle a conocer mi opinión... Esta es sorprendente, señor Barliss... Sí... Es casa de usted... Iré esta tarde.

Más risas al colgar el fingido Crayle el auricular. Transcurrió el tiempo. Se iba aproximando ya el mediodía. Escuchando desde detrás del pequeño mostrador, oyó rumor de pasos en la escalera.

Alguien se acercaba al despacho. Resultó ser Harry Vincent. La Sombra, desempeñando su papel, miró interrogador al visitante a quien no pareció reconocer.

—Me llamo Vincent-anunció Harry con afabilidad—. Me

interesan las antigüedades. Se me ocurrió darme una vuelta por aquí a ver lo que usted tenía.

—Sea usted bienvenido; pero llega en mal momento, porque ahora estaba a punto de marcharme. Tengo que acudir a una cita importante; lo único que me falta es un medio de transporte.

—Tengo mi coche abajo-repuso Harry, recordando que Mann le había dicho, que le hiciera a aquel hombre cualquier favor que le pidiese.

—¡Ah! —exclamó el viejo—. Eso resultaría útil, en verdad. No me gustaría molestarle a usted, sin embargo, señor Vincent.

—No es molestia-le aseguró Harry—. No tengo nada que hacer esta tarde. Si puedo serle útil.

—Sí que puede. Es más, señor Vincent, si le interesan a usted las cosas fuera de lo corriente que atraen a los coleccionistas, quizá pueda enseñarle una donde voy. Un manuscrito original de Francisco Villon... eso es lo que se supone que es, por lo menos. Ahora se me dice que tal vez sea falso.

Harry movió afirmativamente la cabeza, como para indicar que le interesaría mucho ver aquel manuscrito.

—Vamos-dijo el coleccionista—; le he prometido al señor Barliss que estaría en su casa a primera hora de la tarde. Me alegro de que tenga usted coche. No me hacen ninguna gracia los taxis.

—Tendremos que tomar uno hasta el garaje.

—¿Está lejos?

—Sólo unas cuantas manzanas desde aquí.

—En tal caso, podemos andar.

El falso Hawthorne Crayle se puso el sombrero y el abrigo. Indicó el telegrama que yacía sobre el mostrador.

—Un hombre de Cincinnati quiere comprar mis Budas de oro-observó—. He de marchar allí hoy mismo... después de haber visitado al señor Barliss. Vámonos, señor Vincent-se frotó las temblorosas manos—, porque este es un día de mucho trabajo para mí.

Harry Vincent estaba perplejo al bajar la escalera en compañía del anciano.

Oyó la cascada voz de Hawthorne Crayle, que no dejaba de hablar ni un momento. El viejo estaba hablando de sus Budas de oro, de antigüedades en general y del manuscrito Villon en

particular.

Se le ocurrió a Harry que Crayle debía conocer a gente de toda la gama social. Cuando caminaban en dirección al garaje, se sintió más intrigado que nunca.

¿Sabía La Sombra que Crayle tenía la intención de marchar a Cincinnati?

¿Sabía La Sombra que el viejo iba a visitar a un hombre llamado Barliss?

Fuera cual fuese la contestación a estas preguntas, Harry estaba, por lo menos, cumpliéndolas órdenes que se le habían dado.

Llegaron al garaje. Su compañero y él subieron al coche. Al salir a la avenida, una mano le asió del brazo y una voz cascada le dijo que no fuera demasiado aprisa.

Harry Vincent movió afirmativamente la cabeza. Sonrió al echarle una mirada al arrugado semblante de su compañero.

Condujo el coche despacio, preguntándose si se dirigirían a algún sitio importante si aquello resultaría una pista falsa.

Hawthorne Crayle seguía hablando. La sonrisa seguía iluminando el semblante de Harry. Se hubiera convertido en expresión de asombro, sin embargo, si hubiese conocido la verdadera identidad de su compañero.

¡Ni por un instante sospechó el agente de La Sombra, que el hombre sentado a su lado era La Sombra en persona!

CAPÍTULO V

ESTRATEGIA INVISIBLE

LA vieja casa en que vivía Terry Barliss parecía distinta a la luz del día. El siniestro aspecto de al bocacalle había desaparecido. Se trataba de un barrio callado, pero decente.

Cuando Harry paró el coche junto al bordillo, tenía la convicción de que estaba perdiendo el tiempo.

Decidió que los planes de La Sombra habrían salido mal. No obstante, su deber era seguir las instrucciones, que se le habían dado.

Miró la encorvada figura del coleccionista.

Este se preparaba a apearse. Temió que el hombre fuera a caerse. Alargó una mano para ayudarle; pero Crayle se desasíó y bajó a la acera.

Les fue franqueada la puerta de la casa. El criado que les abrió les condujo a la sala. Unos minutos más tarde, se presentó Terry, con un libro debajo del brazo.

—¿El señor Crayle? —inquirió.

El compañero de Harry se puso en pie. Tendió una mano trémula, que Terry estrechó. Luego, como acordándose, se volvió.

—Este es el señor Vincent—explicó La Sombra, con la voz cascada de Crayle—; tuvo la bondad de traerme hasta aquí.

—Tanto gusto en conocerle, señor Vincent—dijo Terry.

Harry le estrechó la mano. Encontró simpático al muchacho desde el primer momento. Harry y Terry eran del mismo tipo: ambos de cara franca y gesto decidido.

—Me alegro que haya venido usted a verme, señor Crayle—empezó Terry, sentándose—. Me encuentro perplejo por lo que parece ser un misterio sin solución. Aquí pudo haber ocurrido algo

anormal aun cuando, claro está, también puede ser que me equivoque yo.

—Yo no soy detective-contestó el viejo—. Vine aquí a ver el manuscrito de Villon...

—Por eso precisamente es por lo que me alegro de que haya venido. Según tengo entendido, mi tío había enseñado este manuscrito a varias personas algunas parecían creer que era auténtico.

—Yo no he sido uno de los que lo vieron.

—Pero tal vez pueda decirme si éste es el manuscrito que mi tío pretendía poseer.

Con manos temblorosas, La Sombra tomó el manuscrito que le ofrecía el muchacho.

—No pretendo ser autoridad en cuestión de libros raros-dijo, en su voz cascada—. Yo me dedico a antigüedades. No obstante, un objeto tan curioso como un libro manuscrito, entra dentro del marco de mis actividades. Quizá...

El falso Crayle estaba abriendo el libro mientras hablaba. Sus dedos pasaron las páginas por fin sacudió la cabeza y anunció tranquilamente:

—Este manuscrito no es original de Villon. Es una falsificación y, tratándose de un hombre tan entendido como su tío, parece poco probable que haya podido creerlo auténtico.

—Precisamente-asintió Terry—. Eso es lo que yo mantengo. Rodney Glasgow, mi abogado, opina lo mismo que yo. No ha podido ayudarme, sin embargo. Lo único que ha hecho ha sido darme una serie de datos informativos, ninguno de los cuales me ha servido para nada.

Terry Barliss miró de lleno al coleccionista. Observó un destello en sus ojos, un destello que parecía animarle a que prosiguiera, pero no dijo palabra alguna.

—Mi tío-declaró—, murió con este manuscrito en la mano. Aseguraba que era un ejemplar único de “Les Rodeaux de Paris”, un manuscrito auténtico del poeta lírico francés Francisco Villon.

“El manuscrito debía haber contenido cinco baladas. Sólo tiene cuatro, sin embargo. Esto le quita el valor desde un principio. Además, hace que la autenticidad del manuscrito sea dudosa.

Terry hizo una pausa. Luego prosiguió:

—El detective Cardona me aconsejó que buscara algún dato concreto. Hasta ahora no me ha sido posible encontrar ninguno. Mi tío encerró el manuscrito en su caja de caudales poco antes de enfermar. Como prueba de ello tengo el testimonio de las enfermeras y estoy seguro de que lo corroborará el médico de cabecera de mi tío.

—¿Le vieron meter el manuscrito en la caja de caudales? —inquirió Harry.

—No. Por eso sé que tiene que haber estado allí dos semanas por lo menos, ya que mi tío guardó cama durante dicho período. Las visitas que recibía nunca se hallaban fuera de la vista del médico o de las enfermeras.

Harry Vincent estaba dando muestras de gran interés. Sabía ya que no seguía una pista falsa.

Era evidente que La Sombra había sabido que Crayle iba a visitar a Barliss.

No cabría la menor duda que aquélla, era la misión que se le había encomendado a Harry.

—El criado de mi tío-agregó Terry—, es un hombre de mucha confianza. Asegura que no conocía la existencia de la caja de caudales empotrada en la pared, y le creo. Fuera del doctor Fullis y de Rodney Glasgow, no había nadie que visitara a mi tío con regularidad. Sólo un hombre estuvo más de una vez: Compton Salwood, el decorador de interiores.

—¿Por qué vino a ver a su tío? —inquirió Harry, al notar que Crayle no parecía muy interesado en la conversación.

—Se especializa en restaurar y renovar cosas viejas-explicó Terry—. Mi tío había arreglado su pequeña biblioteca; hace pocos meses, Salwood vino a presentar una oferta para restaurar el resto de la casa. Salwood no había hecho la restauración de la biblioteca. Se limitó a estudiarla y presentar un presupuesto para el resto del piso.

“Volviendo hace cosa de una semana y conversó un rato con mi tío. Luego, hace cuatro días, trajo el presupuesto. Se aplazó la discusión del mismo, sin embargo, hasta que mi tío se restableciera un poco.

“Hablo de Salwood simplemente porque fue el visitante que más rato estuvo. La enfermera entró y salió continuamente mientras dicho señor estuvo aquí. Mi tío estaba soñoliento, como de

costumbre. Sin embargo, la enfermera asegura que le hubiera sido imposible a Salwood, moverse de la silla que ocupaba junto a la cama. De manera que no hubiera podido acercarse a la caja de caudales.

“Es evidente, señores, que mi tío guardó el manuscrito Villon con sus propias manos y también es aparente que nadie podía haberlo sacado de su escondite.

—Su tío-dijo de pronto Crayle—, parecía seguro de que poseía un auténtico manuscrito Villon. Aseguraba que había sido declarado auténtico. Si algún experto hubiera asegurado lo contrario, sin embargo, es posible...

—¡Ahí está! —interrumpió Terry—. Sí que hubo un experto que aseguró que el manuscrito era falso. Probablemente sería él el último en verlo; vino aquí hace pocos meses.

—¿Su nombre?

—Elías Galban.

Una sonrisa iluminó el arrugado rostro de Hawthorne Crayle. No le hizo nada de gracia a Terry. Pareció molestarle.

—Elías Galban-aseguró La Sombra—, es persona de renombre. He oído hablar de él. Su opinión es de gran valor.

—Eso tengo entendido-confesó Terry—. Por consiguiente, me inclino a creer que mi tío estaba equivocado. Es inútil que vaya a ver a Elías Galban.

—¿Por qué?

—Porque ya ha declarado que el manuscrito es una imitación.

—Sin embargo, puede haber estado equivocado.

—Eso es verdad.

—Y si por casualidad el verdadero manuscrito ha sido robado y este falso dejado en su lugar, Elías Galban tal vez pueda darle alguna información.

—¡Tiene usted razón! —exclamó Terry—. ¡No se me había ocurrido pensar en eso antes! ¡Si pudiera ver a ese hombre...! ¿Dónde vive?

—Creo que en Nueva Jersey-contestó Crayle—. No le costaría trabajo averiguar dónde.

—¿Podría usted acompañarme a verle?

El coleccionista movió negativamente la cabeza.

—He de ir a Cincinnati. Le aconsejo, sin embargo, que se lleve a

alguien consigo. Galban tal vez haga declaraciones un poco vagas, confusas. Alguien que por lo menos tenga nociones de lo que es un manuscrito...

Una pausa. Brilló una luz en los ojos de Crayle.

—¡Señor Vincent! —exclamó, volviéndose de pronto hacia su compañero—. ¡Este es el hombre más indicado! Parece interesarle el asunto. Tal vez no tuviera inconveniente en ayudarle, señor Barliss.

—Con mil amores-afirmó Harry, inmediatamente—. El asunto me interesa mucho, Barliss. Tengo tiempo libre de sobra actualmente. Me gustaría visitar a Elías Galban cuando le lleve usted el manuscrito.

—De acuerdo-contestó Terry—. Le estoy muy agradecido, Vincent. Había estado dispuesto a abandonar el asunto por completo; ahora me parece que vale la pena visitar a Elías Galban siquiera.

La Sombra se alzó de su asiento. Con el encorvado cuerpo y la arrugada cara de Hawthorne Crayle, su figura casi inspiraba lástima.

—Voy a regresar a mi despacho— declaró—, en taxi... a pesar de lo poco que me gustan dichos vehículos. He de marchar a Cincinnati. Supongo que usted, señor Vincent, querrá quedarse aquí a discutir el asunto con el señor Barliss.

Harry se contuvo a tiempo cuando estaba a punto de ofrecerse para conducir a Crayle a su despacho. Seguía aprovechando las circunstancias.

Se le presentaba ocasión de quedarse con su nuevo amigo Terry y era preferible que no la dejase escapar.

Por consiguiente, nada dijo. Vio a Terry salir al vestíbulo, abrir la puerta al coleccionista y volver.

—Quizá nos sea posible ver a Elías Galban esta noche-propuso—. Procuraré averiguar dónde vive. Tengo varios sitios a los que puedo telefonar en busca de informes.

—¡Magnífico! —dijo Terry—. Parece una pérdida de tiempo, sin embargo. Después de todo, la única ocasión en que pueden haberse llevado el manuscrito, es antes de meterlo mi tío en la caja de caudales. Tal vez guardar el falso. Siempre suponiendo, claro está, que haya habido una substitución.

—Cosa que parece dudosa.

—Salvo por un detalle; que mi tío sólo pareció darse cuenta de que éste no era el manuscrito auténtico, cuando vio que había desaparecido la Quinta Balada. Quizá no examinara el manuscrito cuando lo metió en la caja de caudales.

Algo se movía en el vestíbulo. Ni Harry ni Terry se dieron cuenta de que había alguien allí. La puerta se había abierto; Hawthorne Crayle había vuelto a merodear. El rostro del anciano era igual, su figura, sin embargo, estaba erguida.

En forma, La Sombra, Hawthorne Crayle de cara. La Sombra había vuelto a tiempo para oír las últimas palabras de Terry. En el silencio que siguió, La Sombra volvió la puerta y marchó definitivamente.

Andando como el coleccionista, paró un taxi y dio una dirección al conductor. Una vez sentado, emitió una risa susurrada.

Sabía que Terry Barliss había dado inconscientemente con la verdad. El único momento en que podía haber sido robado, el valioso manuscrito era mientras éste se hallaba en la biblioteca.

Harry Vincent y Terry habían de visitar a Elías Galban. Los dos muchachos se habían hecho amigos, gracias a los esfuerzos del hombre a quien ambos habían tomado por Hawthorne Crayle.

La Sombra, sin embargo, había obtenido un indicio que se les había pasado por alto a los dos muchachos, aun cuando lo habían discutido.

Dados sus conocimientos y su estudio de los acontecimientos que habían rodeado la muerte de Shattuck, La Sombra había hallado expresivo el hecho de que el decorador Compton Salwood hubiera hecho aquellas visitas.

Salwood— según las palabras de Terry—había hecho tres viajes por lo menos a la casa. En la primera podía haberse llevado el manuscrito Villon.

En la siguiente, podía haberse enterado del estado crítico de la salud de Shattuck y de que Terry Barliss había sido llamado a Nueva York. En la última, podía haber cambiado las cápsulas.

La Sombra había obtenido resultados. Su agente se hallaba con Terry Barliss. Ambos iban a salir en busca de más información que Harry comunicaría a La Sombra. Entretanto, La Sombra podía averiguar algo más acerca de Compton Salwood.

La estrategia invisible había comenzado a funcionar. Sin

embargo, la risa que sonó en el interior del coche no era una risa de victoria. Era un presagio de los inesperados obstáculos que habían de sembrar el camino.

La Sombra sabía que se hallaba sobre la pista del crimen y preveía complicaciones. Un peligro oculto gritaba un siniestro aviso, a todo el que intentara hallar el origen del sutil crimen. ¡El peligro oculto estaba amenazando hasta a La Sombra en persona!

¿Qué sucedería?...

CAPÍTULO VI

EL VIEJO ELIAS GALBAN

TERRY Barliss había quedado desencantado por la visita de Hawthorne Crayle. Había esperado conseguir información tangible de él.

Templaba su desilusión, sin embargo, la rapidez con que había hecho amistad con Harry Vincent.

A Terry, Harry le pareció un verdadero amigo desde el primer momento. Estaba encantado de que se hubiese quedado con él.

Harry se ocupó del asunto de Elías Galban sin perder momento, parecía tener tantos deseos como Terry, de averiguar todo lo posible acerca del manuscrito.

Nada pudo sacar en limpio de los listines teléfono; pero Harry no se conformó con eso. Telefoneó a un amigo agente de Bolsa; por él supo el nombre de un gran bibliófilo y, por este último, descubrió que Elías Galban vivía en la población suburbana de Houlton, en Nueva Jersey.

Puesto que parecía difícil ponerse en contacto con Galban por teléfono, Harry tenía la intención de visitarle personalmente. Harry y Terry salieron en el coche de Harry. Llegaron al Holland Tunnel, tiraron por la carretera real más allá y continuaron hacia Houlton.

La única equivocación de Harry fue el escoger un camino que daba un rodeo. Empezaba a anochecer cuando se acercaron a Houlton. El lugar resultó ser un suburbio de una población fabril de Nueva Jersey.

Pasaron por delante de numerosas hileras de grises casas que servían de domicilio a obreros. Muchas de ellas estaban desalquiladas.

Comprendieron el motivo cuando llegaron a un barrio más

nuevo. Al parecer, los obreros habían hallado en aquel punto casa mejores y más modernas.

Harry paró el automóvil junto a un establecimiento. Halló al propietario detrás del mostrador y le preguntó si sabía dónde vivía Elías Galban.

—Ya lo creo—contestó el hombre—. Bajen por la calle que tiene todas esas hileras de casa viejas. Sígala en dirección al Norte. Ya verán dónde vive Galban. Es una casa grande, al extremo de a población.

Harry volvió al coche y tiró en la dirección indicada. Había hileras de casa por ambos lados de la calle. Al llegar cerca del final de la población, Terry Barliss comentó el hecho de que la última manzana parecía completamente desierta.

Acabaron las hileras. Inmediatamente después, vieron un palacio grande y sombrío a la derecha.

Harry disminuyó la velocidad del coche. Observó que la casa vacía del final de la hilera, no distaba más de doce metros del lado del palacio de Galban.

Brillaban luces en las ventanas del enorme edificio. Una alta empalizada rodeaba el lugar y las ventanas de la casa estaban enrejadas.

—¿Entramos ahora? —inquirió Harry.

—Comamos algo primero—prosiguió Terry—. Tal vez esté cenando Galban ahora. Sería preferible hacer la visita más tarde.

Harry se mostró conforme. Hizo dar la vuelta al coche y volvieron a Houlton, donde hallaron un restaurante. Eran más de las ocho cuando la pareja salió a hacer la visita a Elías Galban.

El palacio se hallaba ahora envuelto en profunda oscuridad, de forma que resaltaban más las luces de las ventanas. Harry paró el coche delante de la verja. Se apearon. La verja hizo un ruido metálico cuando la abrieron y se dirigieron a la casa.

Harry tuvo el presentimiento de que se conocía su presencia. La verja había hecho mucho ruido. En cuanto llegaron a la puerta principal, tiraron de la cadena de una campanilla. Sonó un tintineo amortiguado en el interior de la casa.

Transcurrieron unos minutos. La puerta se abrió. Harry y Terry retrocedieron, momentáneamente alarmados, al encontrarse con una de las personas más grotescas que jamás había visto ninguno de

ellos.

El hombre que había abierto parecía todo hombros y cabeza. Su cuerpo, aunque fuerte, se aplastaba por arriba como una seta. De sus hombros macizos colgaban fuertes brazos.

La desproporción, sin embargo, no acababa allí. La cabeza del hombre era gigantesca. Parecía demasiado pesada para él. Aumentaba esta ilusión el hecho de que la llevara caída hacia delante. La enorme barbilla le descansaba en el pecho y parecía cubrirle la mitad del cuerpo.

Alto y de pie sobre un suelo elevado, aquel extraño individuo parecía un monstruo de pesadilla. El desarrollo de sus facciones estaban en proporción con el tamaño de su cabeza; Por consiguiente, eran vastas, grandes y repulsivas. Su mirada parecía desafiar a los recién llegados.

La feroz criatura dio un paso, como si esperara que los dos hombres echaran a correr. La verdad es que tanto Harry como Terry sintieron ganas de hacerlo.

Era evidente que aquel hombre estaba allí para asustar a las visitas. Terry, sin embargo, sacó una tarjeta de visita y se la metió en la mano al hombre.

—Deseamos ver a Elías Galban-anunció.

El extraño criado no siquiera echó una mirada a la tarjeta. Retrocedió lentamente; luego, con un gesto de ferocidad, cerró la puerta de golpe. Harry y Terry se encontraron en el escalón.

Pasaron unos minutos antes de que salieran de su sorpresa. Harry Vincent fue el primero en hacer un comentario.

—¡Encantador individuo! —exclamó sarcásticamente—. ¿Tendrá la intención de volver?

—Supongo que le llevará la tarjeta a Galban. No nos queda más remedio que esperar a ver lo que pasa.

—Bonita casa en que entrar.

—Somos dos, por lo menos.

—Preferiría que fuéramos una brigada completa. Por fin volvió a abrirse la puerta y apareció el mismo criado de antes. Resultaba tan repulsivo como la vez anterior. Sólo sus palabras daban la bienvenida, aun cuando su tono era desafiador.

—Entren-dijo.

Se echó a un lado y Harry y Terry entraron. Se encontraron en

un vestíbulo ancho y corto. Más allá había un arco con cortinas.

Harry fue el primero en pasar por ellas. Paró en seco, con una exclamación de sorpresa, luego siguió adelante al reunirse Terry con él.

Se hallaban en otro vestíbulo o pasillo ancho, mucho más grande que el primero y, a la débil luz, el lugar resultaba en extremo grotesco.

Dispuestas por dicho vestíbulo había figuras de cera de tamaño natural. La expresión de sus rostros era sorprendentemente real. Había por lo menos una docena de estas figuras; las habían trasladado allí de un museo, evidentemente.

Hombres con uniforme militar, bellezas con lindos vestidos, un rajá cubierto de joyas, un jefe piel roja con un pesado mazo de guerra en la mano: tales eran algunos de los ejemplares de aquel museo improvisado.

Harry se sentía inquieto allí. Aumentó su inquietud al mirar atrás hacia las cortinas y ver el enorme criado allí. El hombre les había seguido, sus ojos tenían una expresión maligna y seguía con la barbilla apoyada en el pecho.

El aspecto del criado era demasiado amenazador, para que Harry se atreviera a entretenerse más mirando. Le hizo una seña de advertencia a Terry. Se quedaron ambos cerca de las figuras de cera, preguntándose que habían de hacer.

Había una escalera delante de ellos, pero Harry no se atrevía a subir por ella mientras el criado no les dijese que lo hicieran. Era una escalera rara.

Ascendía introduciéndose por una abertura de la pared que estaba recubierta de madera. Había un descansillo a los doce escalones y luego la escalera torcía a la derecha. Probablemente torcería otra vez antes de llegar al piso superior.

Mientras Harry, algo aturdido, paseaba la mirada entre la escalera, las figuras de cera y el criado, llamó su atención un ruido así como si algo resbalase. Un entrepaño próximo a la escalera se corrió. Harry y Terry miraron con sorpresa a un nuevo personaje.

Un hombre alto, algo cargado de hombros, salía de un pequeño ascensor.

Vestía traje negro que le daba aspecto de empresario de pompas fúnebres.

La cara y las manos, de una palidez cadavérica, contrastaban con el color de su indumentaria. Se estaba frotando las manos con aire benigno; mantenía la cabeza absurdamente erguida.

—Buenas noches, señores—dijo con voz suntuosa—. Buenas noches. ¿Cuál de ustedes es el señor Terry Barliss?

—Yo, respondió Terry—. ¿Es usted el señor Galban?

El hombre movió negativamente la cabeza.

—Me llamo Mercher... Licurgo Mercher. Soy el secretario del señor Galban. Me pidió que le invitara a que subieran.

Señaló el ascensor al hablar. Harry y Terry avanzaron. Por encima del hombro, Harry vio que el criado les seguía. Mercher le detuvo con un gesto.

—Quédate aquí, Fawkes—le dijo—. Yo soy responsable de estos señores.

Fawkes saltó un gruñido de asentimiento. Mercher entró en el ascensor con los visitantes. Cerró el entrepaño. El ascensor comenzó a ascender. Se detuvo dos pisos más arriba, Mercher abrió.

Harry Vincent y Terry Barliss salieron a una habitación cómoda. No parecía tener más entrada que la puerta del ascensor. Estaba amueblada con piezas de forma rara. Ardía fuego en la chimenea. Cuadros de estilo futurista adornaban las paredes.

Más asombroso que la habitación, sin embargo, era el hombre que la ocupaba. Sentado delante del fuego, con las piernas extendidas sobre un taburete grande, había un hombre de rostro bondadoso y cabello entrecano en cuyos ojos brillaba, no obstante, el fuego de la juventud.

—¡Buenas noches! —exclamó alegremente—. ¡Buenas noches, señor Barliss! Sea usted bienvenido aquí, y su amigo también. Soy Elías Galban.

Con un gesto señaló unos asientos. Harry y Terry los ocuparon. Ambos jóvenes sentíanse intranquilos.

CAPÍTULO VII

EL INDICIO DE GALBÁN

TENÍA Galban cierto aire amistoso que impresionó inmediatamente a sus visitantes. Los ojos del hombre brillaban al mirar a Terry.

—Me recuerda usted a su tío-dijo—. Sentí mucho, en verdad, enterarme de su muerte. Shattuck Barliss y yo apenas éramos más que conocidos. No obstante, siempre le consideré como amigo.

—De mi tío es de quien he venido a hablarle-anunció Terry—. Es más: mencionó el nombre de usted antes de morir.

—¿En relación con un manuscrito?

—Sí; lo traigo aquí.

—Ya-murmuró Galban—; el manuscrito Villon. Lo vi en casa de su tío hace varios meses. ¿Cuándo fue, Mercher? ¿Recuerda la fecha exacta en que estuve allí?

—No la recuerdo —contestó el secretario—. Sólo sé que fue después de uno de sus fuertes ataques de reuma. Hace ya tiempo.

—Un poco vago es eso, Mercher-rió Galban—; ¡los tengo con tanta frecuencia!... Cada día se hacen peores. Podré parecer sano, caballeros, pero en realidad, me encuentro en un estado físico muy poco envidiable.

—¿Reumatismo?

—Crónico. Ya me he acostumbrado, sin embargo. Empecé por instalar el ascensor para no tener que subir escaleras. Desde entonces, he dejado de bajar por completo. Trabajo me cuesta abandonar esta silla siquiera.

Terry estaba abriendo la cartera que había traído, mientras hablaba Elías.

Extrajo de ella el manuscrito. Galban lo tomó.

—¡Una falsificación! —dijo abriendo el volumen—. Esa es mi

especialidad, señores... el descubrimiento de manuscritos falsos y de otras cosas de supuesto valor. Este manuscrito...

—Un momento-interpuso Terry—; tengo una importante pregunta que hacerle. Yo, como usted, estoy convencido de que este manuscrito es una falsificación. Es más, mi tío anunció opinar lo mismo en el momento de morir. Eso, sin embargo, no hace al caso. Mi tío estaba seguro de haber poseído un manuscrito completo, con la Quinta Balada de Villon, me aseguró que había visto usted el manuscrito.

—Si que lo vi.

—En tal caso, dígame: ¿es éste el manuscrito que examinó usted por entonces?

Elías Galban no replicó. Estudió las páginas de pergamino hasta llegar al final. Movi6 afirmativamente la cabeza al devolverle el manuscrito a Terry.

—Este-dijo—, es el mismo manuscrito que vi en casa de su tío. Es un ejemplar falsificado de Los Rondeaux de París, de François Villon. Carece de valor. Contiene cuatro baladas nada más; son claras de ver sus espurias marcas.

Una expresión de desencanto se dibujó en el rostro de Terry. El joven parecía desconcertado. Fue Harry Vincent quien continuó la conversación.

—Señor Galban-preguntó—, ¿conoce usted algún motivo que explique el que Shattuck Barliss, estuviese convencido de que poseía una obra única cuando, en realidad, se trataba de una falsificación?

—No-repuso Galban—; eso es lo que a mí me dejó perplejo por entonces. Vi que el manuscrito era una falsificación en cuanto le eché la vista encima. Sin embargo, su tío se mostró indignado.

—¿Cree usted que estaba engañado?

—Tal vez. No obstante, se explica. Los coleccionistas tienen a veces opiniones extrañas. Convierten su amor de un libro atesorado en verdadera manía.

Una pausa. Elías Galban se quedó pensativo. Luego se echó hacia atrás en su asiento y dijo:

—El asunto de las baladas de Villon es muy raro-aseguró—. Poco después de examinar el manuscrito propiedad de Shattuck Barliss, supe que otro coleccionista, un tal Wendel Hargate, había comprado lo que él decía ser el único ejemplar en existencia de “Les

Rondeaux de París”, de Villon, y que contenía la Quinta Balada. Como es natural, se despertó mi curiosidad. Conocía a Hargate, que es un millonario de Nueva York, y fui a ver su manuscrito.

“Resultó ser la misma historia. En cuanto vi su manuscrito, descubrí señales de que era falso. Le dije que no era auténtico. Se puso furioso.

—¿Posee Hargate el manuscrito aún? —inquirió Terry.

—Me figuro que sí. Se dice que pagó por lo menos cien mil dólares por él.

—¡Cien mil dólares! —exclamó Harry.

—Un precio muy bajo—sonrió Galban—. Un precio bajísimo tratándose de Les Rondeaux de París, de Villon, con la Quinta Balada.

—¿Por qué?

—Porque dudo que exista semejante obra.

Harry y Terry lo miraron con sorpresa. Elías Galban se explicó:

—Las baladas de François Villon fueron muy copiadas. Los ejemplares originales, de los que hay un buen número, sólo contenían cuatro.

“Nació en alguna parte el rumor de la existencia de una quinta balada. Llegó a considerarse como una realidad. Debido a la extraña distribución de los versos y sus separaciones, es muy posible que alguien tomara las cuatro baladas por cinco.

“Es evidente que si la quinta balada existía en un solo manuscrito, no podía imitarse. Por consiguiente, los bibliófilos como Shattuck Barliss y Wendel Hargate podrían fácilmente confundir, contando mal las baladas, cualquier falsificación del antiguo manuscrito con la famosa versión perdida de las cinco baladas. ¿Está eso claro?

Ambos muchachos asintieron. Harry, sin embargo, aun se mostró insistente.

—Supóngase—dijo—, que Shattuck Barliss poseyera un ejemplar del tan buscado manuscrito con las cinco baladas. Supóngase que alguien robara el manuscrito y dejase este otro falsificado en su lugar...

—¡Ah!...—exclamó Galban—. Eso ya es otra historia, amigo mío. Los coleccionistas siempre corren el riesgo de ser víctimas de un robo. Cabe dentro de lo posible que alguien, antes de que yo

examinara el manuscrito, hubiera llevado a cabo una substitución...

“La posibilidad, no obstante, no entraña la probabilidad. Los ladrones son iguales en el mundo entero. Hacen como los vándalos. No, amigo mío, me temo que su teoría carece de fundamento. La substitución no es vandalismo. Fíjese, por ejemplo, en el caso del Monna Lisa. Fue cortado, deliberadamente, de su marco cuando colgaba en el Louvre. No se intentó siquiera dejar una imitación en su lugar.

El tono de Galban era convincente. Se desvaneció el interés de Harry. Terry estaba completamente desconcertado. Viendo la expresión del rostro de sus visitantes. Elías Galban volvió a adoptar un tono alegre.

—Shattuck Barliss-declaró—, estaba bien protegido contra el robo. Por añadidura, el objeto que poseía sólo tenía valor en su imaginación. Nadie hubiera visitado su biblioteca para robar una falsificación.

“Mi situación es distinta. En realidad, no soy coleccionista. Sin embargo, han llegado a mi poder ciertas cosas de valor. Ya han visto ustedes mis figuras de cera en la planta baja. Salieron del antiguo Museo Antoniette, de París... un lugar poco conocido que se cerró hace muchos años.

“En las habitaciones del primer piso tengo esculturas, pinturas y algunos libros de valor. También poseo tapices orientales. Este sitio sería campo de caza de los ladrones si no fuera por las precauciones que tomo.

“Les abrió la puerta mi criado Fawkes Corry. Fawkes es un hombre extraño, pero fiel, y no tiene nada de tonto. Trata a todos los visitantes con desconfianza, lo que no deja de ser buena cosa. Además tengo a Mercher, que es el que les condujo a ustedes aquí. También él me es muy fiel. Y por último...

Se interrumpió Galban al abrirse la puerta del ascensor y entrar un japonés.

Este iba vestido a la usanza norteamericana. Su actitud era callada, casi servil, al entrar en el cuarto.

—Sanyata-observó Galban con su dulce sonrisa—. Estaba a punto de mencionar su nombre cuando llegó. Sanyata, señores, es mi ayuda de cámara. Hace a veces también de guardián de mi hogar. Con Fawkes, Mercher y Sanyata tengo poco que temer.

—Fawkes es un hombre raro-observó Terry.

—Sí que lo es-asintió Galban, moviéndose inquieto en su asiento, mientras Sanyata le metía una almohada detrás de la espalda—. Fawkes es...

La voz de Galban se apagó; sus labios se retorcieron en rictus de intenso dolor, al intentar arrellanarse bien en las almohadas. Sanyata corrió en su ayuda.

Transcurrieron unos minutos, sin embargo, antes de que el anciano se rehiciera de los dolores reumáticos. Harry Vincent le miró con admiración, mientras el hombre luchaba por recobrar la sonrisa.

La alegre voz era un poco seca cuando por fin Galban reanudó la conversación. Era evidente que había sentido mucho el esfuerzo de hacer un movimiento.

—Fawkes-dijo— es como un enorme perro de policía. Es fuerte, pero cauteloso. Mal le iría al intruso que cayera en sus manos.

—Eso pensamos Vincent y yo-observó Terry.

—No hay peligro en la puerta de entrada-rió Galban—. Ustedes, cualquiera de los dos, o ambos, son bienvenidos aquí. Han de esperar que Fawkes les trata con brusquedad. Hace esperar a la gente en el escalón. Sin embargo, yo lo prefiero así.

“Recuerdo a la gente que ha visto antes, pero nunca fraterniza con ella. Yo acostumbraba andar mucho por ahí en otros tiempos. Nadie me visitaba aquí. Era un gran alivio para mí saber que todo estaba seguro durante mi ausencia.

“Mercher es exigente; Sanyata es muy listo; Fawkes es fuerte. Con semejante trío a mi disposición, no tenía miedo. Ahora que estoy impedido, siento aún mayor seguridad mientras me sirven.

El viejo Galban daba muestras de debilitarse ya por los esfuerzos hechos.

Habiendo visto el ataque de que había sido víctima el hombre, Harry y Terry comprendieron que era inútil prolongar su visita. Harry miró a su compañero, y éste movió afirmativamente la cabeza.

Ambos se pusieron en pie. Terry guardó el manuscrito Villon en la cartera.

Le tendió la mano a Elías Galban, los dos visitantes dieron las buenas noches. Les acompañó al ascensor Licurgo Mercher, bajando

con ellos.

Fawkes aguardaba entre las figuras de cera. A pesar de los comentarios favorables que Galban había hecho de él, Harry Vincent no pudo evitar un estremecimiento al ver al hombre. Experimentó cierta sensación de peligro cuando Licurgo Mercher volvió al ascensor.

Fawkes sin embargo, se limitó a señalar las cortinas. Harry y Terry siguieron la indicación. El criado se reunió con ellos.

Retiró el macizo barrote de la puerta principal y ésta se cerró de golpe cuando los dos muchachos aun no habían tenido tiempo de llegar al sendero.

Una vez sentado al volante de su coche, Harry encendió un cigarrillo y se quedó pensativo. Terry se sentó en silencio a su lado.

Ambos estaban pensando en la entrevista. Sus miradas se dirigían instintivamente al sombrío palacio, donde el reumático vivía en el segundo piso.

—Bueno-decidió Terry—; ese asunto queda arreglado. Es evidente que mi tío fue engañado. No obstante, me alegro de que hayamos visitado a Galban. El hecho de que él reconociera el manuscrito falso era prueba suficiente... por lo menos para mí.

—Sí-asintió Harry—, nos ha dado una versión nueva del asunto Villon. No cabe la menor duda de que ese hombre es un experto en el descubrimiento de falsificaciones. Además, posee un fondo muy grande de información.

Sentados en la oscuridad del coche, los dos continuaron haciendo un resumen de su visita. Después de varios minutos, la conversación recayó sobre lo inevitable: Corry Fawkes.

—Fawkes me puso la carne de gallina-confesó Terry—. No me gustaría vivir en la misma casa que él.

—Galban dice que es de confianza-contestó Harry—; pero reconozco que no me sentí muy seguro mientras le tuve por mi alrededor...

—Supongo que con Mercher y el japonés le resulta fácil a Galban impedir que se desmande Fawkes.

—Sí; pero no por eso deja de ser un monstruo:

—Marchémonos de aquí-propuso—. Me da en los huesos que alguien nos está vigilando. Casi me parece como si estuvieran escuchando todo lo que decimos.

Harry Vincent soltó una risa hueca. Estaba intentando dominar la sensación que él experimentaba de que allí había alguna presencia invisible. Puso en marcha el motor y el automóvil arrancó veloz de allí.

Inmediatamente, al lado del lugar en que había estado parado, sonó un chasquido en la oscuridad. Apareció un ser viviente, envuelto en la oscuridad de la noche.

Ojos ardientes contemplaban el viejo palacio. Una risa susurrada se perdió en las tinieblas, recogida por el suspiro de una leve brisa. Sin ser vista, la misteriosa figura se dirigió a la hilera de casas desiertas próxima a la residencia de Elías Galban.

Aquella figura explicaba la sensación experimentada por Terry de que alguien les vigilaba y escuchaba. Había estado aguardando junto al automóvil a que los dos muchachos salieran de casa de Galban.

Nada delataba la identidad del desconocido. Sin embargo, hasta lo silencioso de sus movimientos hacía adivinarla.

Harry Vincent y Terry Barliss durante su visita habían estado bajo la protección de aquel a cuyo servicio trabajaban. La Sombra había acudido a aquel lugar. Había ido para asegurarse de que Terry y su agente llevaran a cabo su misión sin peligro alguno para sus vidas.

CAPÍTULO VIII

EL SEGUNDO MANUSCRITO

ERA última hora de la tarde siguiente. Terry Barliss estaba sentado en la sala de su casa. Harry Vincent estaba allí con él. La conversación flojeaba.

A Terry se le antojaba que el asunto del manuscrito Villon podía darse ya por muerto. Poseía una falsificación sin valor en lugar de un manuscrito que valía cien mil dólares. A Harry le hubiera parecido igual la situación, de no haber sido por un detalle.

Aquella mañana había ido a ver a Rutledge Mann. Le había entregado un informe para La Sombra. Había encontrado allí un mensaje: que volviera al lado de Terry Barliss.

Harry no veía relación alguna entre el episodio del día anterior y el porvenir.

No obstante, comprendía que La Sombra debía haber hallado algo en el informe, que indicara la posibilidad de nuevas investigaciones.

Por consiguiente, había vuelto a casa de Terry. Se habían hecho muy amigos los dos muchachos, en parte porque Terry carecía de amigos en Nueva York.

De ahí que se alegrara de que Harry volviera.

Acababa de proponer que saliesen a comer juntos, cuando sonó el timbre de la puerta. Entró a los pocos momentos el criado con un telegrama. Terry miró el sobre amarillo y expresó sorpresa.

—Es para usted-dijo—. ¿Cómo se lo habrán mandado aquí?

—Recuerdo que dejé aviso en el hotel, de que me mandaran aquí cualquier recado que llegase para mí-contestó Harry—. Debían haber telefoneado que se había recibido un telegrama. En lugar de eso me lo han mandado.

Rasgó el sobre y leyó el mensaje. Era un telegrama corriente, pero llevaba por encima una línea escrita en clave en tinta de aquella que se desvanecía:

Visiten a Wendel Hargate.

La escritura desapareció inmediatamente. Le echó el telegrama a Terry.

—Debí esperar algo así—rió Harry—. Recibo uno de estos cada mes, aproximadamente. Es de la familia, que está en Michigan, diciéndome que haga un viaje por casa. Lo de siempre... que han llegado amigos. Que pasaré buenos ratos.

—¿Va usted a irse? —preguntó Terry—. No puedo. Tengo asuntos pendientes aquí en Nueva York. Me gustaría ir a casa, pero no puede ser.

Mientras Harry hablaba, estaba pensando en el mensaje de La Sombra.

¡Wendel Hargate!

Harry había mencionado el nombre en su informe. Wendel Hargate, al igual que Shattuck Barliss, le había enseñado el manuscrito Villon al experto. El viejo había asegurado que aquel manuscrito era una falsificación también.

La cosa era hablarle del asunto a Terry. Decidió hacerlo con diplomacia. No fue hasta que se hallaron en el restaurante comiendo, que Harry dio voz a lo que parecía una inspiración del momento. —¡Escuche, Terry! —exclamó—. Me había olvidado de una cosa que nos dijo Galban anoche. ¿Recuerdas que habló de un millonario que también aseguraba poseer un manuscrito Villon con la Quinta Balada?

—Wendel Hargate—asintió Terry—. Ese fue el nombre que dijo. Pero Galban vio su manuscrito y anunció que era una falsificación, como el mío.

—Ya lo sé; pero tal vez signifique algo, a pesar de todo. Si Hargate quisiera enseñarnos su manuscrito, podríamos compararlo con el de usted.

—Yo ya doy el asunto por terminado— contestó Terry—. Estoy harto de manuscritos. Que se preocupe alguna otra persona de ello.

—¿Quién por ejemplo?

La pregunta dejó perplejo a Terry unos instantes; luego una sonrisa iluminó su rostro.

—¿No se encontró usted con ese detective que estuvo en casa?
—inquirió.

Harry negó con la cabeza.

—Un tal Cardona. Parecía algo enfadado porque le mandamos llamar. Parecía creer que no podía buscar una cosa que no podíamos identificar.

—Eso es buena lógica.

—Bueno, pues le daré la ocasión que desea. Llamémosle por teléfono y digámosle que parece ser que Wendel Hargate posee un manuscrito Villon original que contiene la Quinta Balada...

—¡Pero si Galban dijo que era falso!

—Hargate parece creer que es auténtico. Voy a llamar a Cardona y encargarle del asunto.

Riendo, Terry se acercó al teléfono. Regresó y le hizo una seña a Harry para que le acompañara. Ambos salieron del restaurante y, por el camino, Terry le explicó que había hablado con Cardona. El detective iba a ir a casa y marchar con ellos a ver a Hargate.

Cardona llegó momentos después de haber entrado los muchachos en casa.

Terry cogió su manuscrito y los tres hombres marcharon en un taxi.

Llegaron al domicilio de Wendel Hargate. Se trataba de una antigua residencia neoyorquina semejante, a la que Shattuck Barliss había legado a su sobrino Terry, pero era más grande y se alzaba sola en un barrio de casas de vecindad.

Por el camino, Terry había relatado a Cardona todo lo ocurrido la noche anterior. En casa de Hargate, el detective tomó la palabra en cuanto se abrió la puerta. Anunció ser detective y expresó su deseo de ver al millonario.

Se le hizo pasar a una especie de despacho, donde se hallaba sentado un hombre alto y ancho de espaldas, con bigote. Miró a sus visitantes con aire molesto.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó—. ¿Cuál de ustedes es el detective?

—Yo-replicó Cardona—. Deseamos hablar con usted acerca de un manuscrito antiguo... Lo llaman el manuscrito Villon.

Hargate frunció el entrecejo. Era evidente que le hacía muy poca gracia aquella visita. Antes de que Cardona pudiera decir nada más,

Terry intervino.

Dijo quién era y observó que el millonario reconocía inmediatamente el nombre de Shattuck Barliss. En pocas palabras, Terry le explicó todo lo que había pasado.

—¿Trae usted su manuscrito? —inquirió Hargate.

Terry afirmó con la cabeza.

—Permítame que lo vea—pidió el millonario.

Terry se lo ofreció. Hargate lo abrió y estudió las páginas de pergamino.

Cuando llegó a la última, sacudió la cabeza.

—No soy experto en falsificaciones—dijo—. Pero le puedo asegurar que este manuscrito no contiene la Quinta Balada.

—¿El de usted sí?

—Naturalmente.

—¿Podríamos verlo?

Hargate se tornó áspero. Miró con ceño a sus visitantes y negó con la cabeza.

—No veo la necesidad de eso—dijo—. El manuscrito de usted es una falsificación. El mío es genuino: el único de su clase en existencia. Su tío se dejó embaucar: he ahí todo.

—Un momento—interrumpió Cardona—. Queremos llegar a alguna parte, señor Hargate. Es mi deber dar con el paradero de un manuscrito robado...

—Yo no robé el que tengo—contestó Hargate incisivamente.

—No hago acusación alguna, señor Hargate. Deseo ver un manuscrito auténtico si usted lo posee, para poder llevar a cabo las investigaciones policiales.

Hargate oprimió un timbre que tenía sobre la mesa. Un momento después se presentó un hombre fuerte, con expresión de dureza, que tenía más aspecto de malhechor que de criado de un millonario.

—Le enseñaré mi manuscrito Villon—anunció el millonario—. Se lo compré a su propietario. Es único. Hablan ustedes de un manuscrito robado...No veo cómo es posible que pueda haber existido—. Hizo una pausa y se dirigió a su criado—; Thibbel—ordenó—, abra la biblioteca. Encienda las luces. Vamos a entrar allí. Avíseme cuando esté preparada la habitación.

Thibbel tomó la llave que le entregó el millonario. Pasó por una

puerta lateral. Transcurrieron diez silenciosos minutos antes de su regreso.

Cuando volvió a decir que estaba abierta la biblioteca, Hargate condujo a los visitantes por aquella puerta y por una pequeña escalera de caracol.

Llegaron a un cuarto abierto que tenía las paredes llenas de estantes, con puertas de cristal. Había libros en gran cantidad. El cuarto tenía dos estrechas ventanas y ambas tenían barrotes. La biblioteca era un lugar seguro y aislado que no tenía más que una entrada.

Harry Vincent notó cierto aspecto nuevo en el lugar. Se estaba fijando en todos los detalles, puesto que La Sombra le había ordenado que hiciera aquella visita. Evidentemente, la biblioteca de Hargate había sido decorada, arreglada o renovada recientemente.

—Les estoy haciendo un favor-anunció Hargate de mala gana—. Para mí, este cuarto es como una cámara acorazada. No ando siempre rondando entre mis libros de valor, enseñándoselos a cualquiera. Conservo mis volúmenes intactos.

Abrió una de las bibliotecas mientras hablaba y sacó un tomo. La encuadernación y su aspecto general eran como los del manuscrito que llevaba Terry.

—Abra su libro-ordenó Hargate.

Terry obedeció. Hargate hizo lo mismo con el suyo. Ambos tomos tenían portadillas iguales. Página por página, los dos fueron examinando los manuscritos. Por fin, Hargate se detuvo.

—Aquí está la diferencia-dijo—. Esto es lo que hace que mi manuscrito sea autentico y el de usted falso. Pase la hoja.

Terry hizo lo que le decían. La página siguiente estaba en blanco. Soltando la risa, Hargate volvió la página del suyo, alzando el libro de forma que todos pudieran verlo. De pronto se desvaneció la sonrisa de su rostro.

Allí donde debiera haber empezado la Quinta Balada, el manuscrito del millonario tenía una página en blanco también. Wendel Hargate soltó un grito de ira.

—¡Una falsificación! —exclamó—. ¡Una falsificación... como ese otro!

Tiró el manuscrito al suelo con rabia. Corrió hacia el estante y rebuscó entre los demás libros. Luego, con gesto de ferocidad; se

volvió hacia sus visitantes.

—¡Esto es un robo! —rugió—. Usted cree haber sido robado; ¡yo estoy seguro de haberlo sido! Este libro ha sido dejado en substitución del mío. ¡Mi auténtico manuscrito Villon ha sido robado!

¡El misterio se hacia más denso!

CAPÍTULO IX

EL DECORADOR DE INTERIORES

LA Sombra se hallaba en su santuario. La luz brillaba mientras unos dedos ágiles abrían unos sobres que contenían recortes a informes en clave.

Los recortes eran breves. Anunciaban, en pocas líneas, que había sido robado un valioso manuscrito de casa de Wendel Hargate. Lo más importante, sin embargo, era lo que había seguido al descubrimiento hecho por el millonario, de que le había desaparecido el manuscrito auténtico.

Había habido una conferencia en la cual Hargate había reconocido que se hallaba, en el mismo caso que Terry Barliss. Ambos poseían un manuscrito que el experto Galban había declarado falso. No existía prueba concreta alguna de posible robo.

Lo que había sorprendido a Harry Vincent era que, después de su primer acceso de ira, Hargate se había serenado. Aun cuando aseguraba que se trataba de un robo, también confesaba que le era imposible explicarse cómo podía haber sido cambiado el manuscrito auténtico por uno falso.

Se había hecho una ligera inspección de los demás libros de la biblioteca de Hargate. No parecía haber sido tocado ningún otro volumen. El millonario también había expresado ansiedad acerca de unos álbumes de sellos de correos que conservaba en al caja de caudales de su despacho. Estos resultaron estar intactos.

Era evidente que el principal deseo de Hargate era evitarse toda publicidad.

Había pedido a Cardona que diera al robo menos importancia de la que tenía. El detective se había mostrado conforme, de ahí que fuera tan breve la noticia publicaba en los periódicos.

Esto le había resultado desconcertante a Harry Vincent; pero La Sombra halló la explicación al abrir otro informe.

Este era de Clyde Burke. El periodista había hablado con Cardona en la Jefatura. El detective había expresado una teoría suya, pero no para que fuera publicada.

Cardona tenía el convencimiento de que a Wendel Hargate le habían estafado al venderle el manuscrito. El millonario no había dado el menor detalle acerca de la compra del mismo; pero había hecho ciertas indicaciones que hacían suponer al detective que no se equivocaba en su teoría.

Hasta que Hargate no ofreciera más información, Cardona no podía dar paso alguno. Como en el caso de Barliss, el robo alegado dejaba lugar a muchas dudas.

El detective, que era un verdadero sabueso cuando se hallaba sobre la pista de un crimen, se había tornado cauteloso en vista de la situación. Era un detective práctico, que necesitaba pruebas concretas antes de entrar en acción. La Sombra abrió el tercer informe. Era muy corto y procedía de Rutledge Mann. El agente de negocios había llamado a Compton Salwood, decorador de interiores, cuyo establecimiento se hallaba en una bocacalle de la Quinta Avenida. Había averiguado que el hombre se encontraba ausente de la ciudad, pero que se esperaba su regreso antes de que cerrara la tienda por la tarde.

Se apagó la luz en el santuario de La Sombra. Sonó un chasquido, una leve risa, y luego silencio. La Sombra se había marchado.

Aun cuando el santuario, con sus paredes sin ventanas, no había indicado otra cosa que una oscuridad total, Manhattan se hallaba aún iluminado por la luz del día cuando La Sombra salió de allí.

Empezaba a morir la tarde. Había mucho tráfico. Media hora después de haber salido La Sombra de su santuario, un automóvil de lujo torció por una de las bocacalles y se detuvo ante el establecimiento de Compton Salwood.

El hombre que salió del coche era de un aspecto sorprendente. Alto, vestido con un traje caro y un sombrero gris oscuro y abrigo del mismo color, parecía ser persona acaudalada. El conductor, de uniforme, le contempló, aguardando nuevas órdenes.

—Recógeme en el Cobalt Club, Stanley—ordenó el hombre que se

había apeado.

—Está bien, señor Cranston—respondió el conductor.

Cranston cruzó la acera y entró en la tienda. Se le acercó un dependiente. El visitante le dio su tarjeta. Preguntó si había regresado el señor Salwood. El empleado dijo que sí. Tomó la tarjeta y se dirigió al despacho, que estaba en la trastienda.

Unos minutos después, regresó apresuradamente dando muestras de gran deferencia. Condujo al visitante al despacho. Compton Salwood, de pie junto a su mesa, se deshizo en reverencias al dar la bienvenida a su visitante.

Motivos había. La tarjeta de visita que yacía sobre su mesa llevaba el nombre de Lamont Cranston. Para Compton, este nombre era de importancia.

Lamont Cranston pertenecía a la Elite de Nueva York. Era multimillonario y tenía fama de dadivoso y pródigo. En Cranston, Salwood vio un cliente que tal vez superara a cuantos había tenido hasta entonces.

Existía un marcado contraste entre Lamont Cranston y Compton Salwood.

El millonario poseía una dignidad que formaba parte integrante de su porte.

Al quitarse abrigo y sombrero, se vio con mayor claridad cuán erguida era su figura. Sus facciones también tenían detalles notables.

El rostro de Cranston parecía tallado a escoplo. La nariz aguileña le daba una expresión singular. Los ojos eran penetrantes. Las mejillas y los labios eran tan firmes que casi siempre parecían una máscara.

Compton Salwood, por el contrario, era hombre de tipo perspicaz y nervioso. Pesado, de estatura regular, tenía aspecto de hombre de negocios prósperos. El rostro redondeado tenía cierta expresión de astucia; su calvicie parcial servía para acentuarla.

Salwood permaneció en pie hasta que su visitante hubo tomado asiento junto a la mesa. Luego se sentó también.

La luz llegaba por encima del hombro de Lamont. Hacía que el rostro del millonario quedar algo oscuro y que el de Compton quedar tan iluminado, que era posible ver todo cambio de expresión que pudiera sufrir.

Esta era una cosa de la que el decorador no se dio cuenta.

Había otra cosa que tampoco vio. Oculta por el borde de la mesa, la sombra de Lamont caía sobre el suelo. Formaba una raya de oscuridad total bajo la luz, y su extremidad tenía una silueta extraña.

Había algo siniestro en la sombra de Lamont. Quizá hubiera inquietado a Salwood si éste se hubiese dado cuenta de ello. La oscuridad aquella implicaba la presencia de un ser invisible. Yacía como señal de identidad.

El visitante de Salwood se había presentado con el nombre de Lamont Cranston. En realidad, era otra persona. Era un personaje que había adoptado el aspecto del conocido millonario con el fin de pillar a Salwood desapercibido.

¡Lamont Cranston era La Sombra!

Compton Salwood, ansioso de hacer negocio con un hombre de dinero, no pensaba en otra cosa que en decorados interiores. Hablando sin cesar y convincentemente, iba llevando la conversación por derroteros de negocios.

Una sonrisa apareció en los labios de Cranston.

—Tenía ganas de verle, señor Salwood—anunció el millonario—. Tengo entendido que se especializa usted en el decorado de habitaciones algo complicadas.

—Así es—asintió Salwood—. Es más: acabo de regresar de Filadelfia, donde he dirigido la renovación de todo el decorado interior, de la residencia de un banquero muy conocido.

—Tiene usted clientes acaudalados...

—Muchas. Pero tengo por costumbre no divulgar su nombre. Ese es el principal motivo de que mi negocio prospere, señor Cranston.

—Comprendo—asintió Cranston—. Es preferible que las recomendaciones vengan de los clientes mismos.

—Justo. Sería un grave error por parte mía hablar de un trabajo, que haya hecho como si fuera propietario de la casa que hubiese decorado. Esa es una forma segura de perder buenos clientes. Un hombre conocido me pide que le arregle la casa. Lo hago. Admira mi trabajo... hasta que empieza a recibir cartas de gentes desconocidas, diciéndole que les gustaría visitar su casa para ver un ejemplo de mi trabajo. ¡No, señor Cranston! Jamás yo negocio de esa manera.

—Es usted inteligente. Es más: ese es el motivo de que venga yo a verle, para discutir el asunto de decorar de nuevo toda mi casa de Nueva Jersey.

—¡Ah! —los ojos de Salwood brillaron—. Tendría mucho gusto en hacerle un presupuesto, señor Cranston. Mucho gusto en verdad.

—Poseo antigüedades de valor-anunció Cranston—, que ocupan toda una habitación. Han de ser consideradas en el efecto general del decorado. Estoy un poco preocupado por ellas.

—No tiene usted por qué preocuparse-le interrumpió Salwood con calor—. Tengo en cuenta todas esas cosas. He decorado cuartos semejantes en otras ocasiones. He ordenado y decorado bibliotecas completas. El trabajo ese se hace bajo mi dirección personal. Me cuido de que no se coloque fuera de sitio ninguna cosa. Comprendo los sentimientos de los coleccionistas.

—¿Es coleccionista usted quizá?

—En pequeña escala-sonrió Salwood—. Los sellos de Correos son los que me atraen. También he dedicado un poco a la numismática. Encuentro los sellos más interesantes, sin embargo.

Salwood recogió unos sobres mientras hablaba. Los seleccionó y le enseñó tres al millonario.

—Estos no los he abierto aún-dijo—. Estaban aquí cuando regresé. Son sellos que me mandan comerciantes en este artículo para ver si me interesan.

—Mi especialidad son las antigüedades-sonrió Lamont—. Claro está que tengo algunos libros raros también. Los miro más bien como antigüedades. Son únicos...

En el rostro del decorador se observó un destello fugaz de interés.

Desapareció inmediatamente. Dio la sensación de que entendía muy poco de libros.

—¿Por que no come usted conmigo en el Cobalt Club? —inquirió Lamont—. Así podré decirle con exactitud como es el plano de mi casa. Dentro de unos días puede usted ir allí a verla.

—Excelente-asintió Salwood—. Tendré mucho gusto en aceptar su invitación, señor Cranston.

—En tal caso, podemos marchar hacia allá ahora.

—De acuerdo. ¿Me concede unos minutos nada más para echar una mirada a estas cartas?

—Naturalmente.

Salwood rasgó sobres, sacó cartas y las examinó apresuradamente. A continuación abrió los sobres que contenían los sellos de correos. Estos los examinó muy aprisa hasta abrir el último sobre. Hizo una corta pausa para estudiar las hileras de sellos.

Sus labios se movieron levemente; luego forzó una sonrisa. Al alzar la cabeza vio que Cranston le estaba mirando.

—Me dejé llevar de mi interés de coleccionista durante unos instantes-observó Salwood—. Esos pueden aguardar hasta mañana. Me gustará mirarlos, más despacio entonces.

Volvió a meter las hojas en los sobres, los introdujo todos en un cajón de la mesa y echó la llave. El despacho tenía dos puertas. Se aseguró de que la de atrás estaba cerrada. Luego salió con Cranston, cerrando las otras puertas tras de sí.

Habló con el empleado que estaba cerrando la tienda. Mientras lo hacía, la mirada de Cranston erró hacia las ventanas laterales de la habitación. Era pequeña, más bien como un cuarto de consultas que como una tienda.

Estaba bien amueblada, pero no tenía expuesta ninguna cosa. Salwood se fijó en las miradas de Cranston. Rió al reunirse de nuevo con él y salir a la calle.

—No hay nada de valor en mi tienda-dijo—. Es algo raro para un establecimiento de decorados. Eso se debe a mi manera de trabajar. No comercio en modelos de fábrica. Soy un simple experto en decoración de interiores.

—Así tengo entendido-repuso Cranston. Un taxi se detuvo junto al bordillo.

Subieron a él. Los ojos penetrantes de Cranston echaron una última mirada a la puerta del establecimiento.

Aquella mirada era expresiva. La propia sencillez de la tienda de Salwood era su mejor protección. Siendo poco más que un despacho de planta baja, ofrecía muy poco atractivo para los ladrones.

Al alejarse el taxi, una leve sonrisa se dibujó en los labios del millonario.

Compton Salwood estaba hablando de decorados. Estaba formando el plan de hacer una visita a la casa de Cranston, una noche de aquella semana.

Poco se suponía él que Lamont Cranston estaba pensando en

hacer una visita a la tienda que acababan de abandonar. La visita la haría durante la ausencia de Salwood, ¡aquella misma noche!

CAPÍTULO X

LA SOMBRA VUELVE

LAS diez. La fachada del establecimiento de Compton Salwood, exhibía oscuras ventanas que reflejaban las luces de la calle.

Había empezado a lloviznar.

Unos cuantos automóviles pasaron por la bocacalle. Siguió un silencio.

Había muy poco transeúntes. La luz de un farol arrancaba relajos a la húmeda acera.

Una mancha de oscuridad eclipsó momentáneamente los reflejos. La mancha desapareció al fundirse con la fachada del establecimiento de Salwood. El repiqueteo de la lluvia parecía contribuir a suprimir la presencia de algún ser invisible de la noche.

Había un espacio al lado de la tienda. Estaba muy oscuro allí. El personaje que se metió en él quedó completamente oculto. Luego se observó un brillo pequeño, el de una minúscula lámpara de bolsillo. El disco de luz dio en la persiana metálica de una ventana.

Siguieron ruidos amortiguados por el rumor de la lluvia. Una mano invisible trabajaba en la persiana, abriéndola con habilidad. Sólo una persona podía estar haciéndolo con tanta destreza y en silencio. La Sombra había vuelto al establecimiento de Salwood.

Se abrió la persiana. Se oyó el chasquido de una capa. La ventana se abrió también. Luego volvió a cerrarse todo silenciosamente. El minúsculo haz luminoso brilló dentro de la tienda. La Sombra estaba allí.

La iluminación se concentró en la cerradura de la puerta del despacho. Allí por lo menos Salwood tenía protección. La cerradura era de tipo moderno. La dificultad de abrirla era evidente.

Una mano enguantada apareció dentro del círculo de luz. Se

veía un minúsculo instrumento de metal entre sus dedos. La cerradura dio un chasquido. La Sombra entró en el despacho de Salwood y dejó la puerta casi cerrada tras él.

Los cajones de la mesa estaban equipados también con cerraduras bien fuertes. Cedieron a las manipulaciones de La Sombra. En el más bajo encontró un paquete pequeño. Lo abrió.

El rayo de luz de su lámpara cayó sobre el título de un libro. La Sombra emitió una risa susurrada. Aquello explicaba el objeto del viaje a Salwood a Filadelfia. El decorador había vuelto con un libro de gran valor sacado de la colección de algún millonario. La Sombra volvió a envolverlo cuidadosamente.

En el cajón siguiente descubrió un fichero. Este parecía contener una lista de las personas que habían tenido tratos con Salwood.

La Sombra pasó las fichas rápidamente. Los detalles que contenían se referían a decoraciones interiores. Algunas fichas estaban marcadas como completas.

Tomó nota de los nombres que contenían estas últimas.

Rió al encontrarse con el de Shattuck Barliss, y volvió a hacerlo en forma más siniestra al ver el de Wendel Hargate.

De sobra comprendía La Sombra cuál era la verdadera ocupación de Salwood. Había estado llevándose libros y manuscritos de valor de distintas colecciones particulares. El robo del manuscrito propiedad de Shattuck Barliss había sido una de sus últimas hazañas.

¿Y el manuscrito de Hargate? No podían existir dos ejemplares de la obra completa de Villon. ¿Conocía La Sombra la respuesta al problema? Su risa indicaba comprensión. Entre los nombres fichados allí, el de Wendel ocupaba un lugar extraño.

La Sombra llegó al cajón de arriba. Algo había en sus movimientos que parecía indicar que aquél era el más importante.

Salwood había dado muestras de nerviosidad desde el momento en que introdujera las cartas y las hojas con sellos de Correos en aquel cajón.

La nerviosidad se había hecho aparente mientras cenaba en el Cobalt Club.

Salwood lo había disimulado bastante bien; pero La Sombra había observado que algo le preocupaba.

La Sombra hizo caso omiso de las cartas que había en el cajón.

Sacó los sobres que contenían las hojas de sellos de correos. Tomó el último que había abierto Salwood. Extrajo las hojas.

Los sellos estaban colocados en hileras corrientes. Su aspecto no tenía nada de particular. Eran sellos de valores pequeños nada más. Mientras los estudiaba La Sombra volvió a sonar su risa.

Aun cuando algunos de los sellos eran del mismo país, no se había intentado reunirlos o clasificarlos.

Aquella forma de colocar sellos sin orden ni concierto no era cosa corriente en un hombre que se dedicara a la venta de sellos para colecciones.

Una cosa que saltaba a la vista era que había sellos del correo aéreo a intervalos frecuentes.

La Sombra depositó la lámpara de bolsillo sobre la mesa. Su brillo iluminó las hileras de sellos. También permitió ver la hoja de papel blanco que colocó La Sombra a su lado.

Se quitó el guante de la mano derecha. Con una pluma, los dedos empezaron a hacer una lista de los sellos por el orden en que se encontraban, anotando el nombre del país correspondiente. Donde aparecía un sello del correo aéreo, dejaba un espacio en blanco.

Suecia

España

Alemania

Colombia

Austria

Bolivia

Oceanía

Lituania

Alemania

Perú

Alemania

Rumania

Tango

Inglaterra

Dinamarca

Alemania

Tonga

Rumania

Alemania
Inglaterra
Guatemala
Alemania
Madagascar
España
España
Lituania
Uruguay
Lituania
Tonga
Inglaterra
Madagascar
Oceanía
Lituania
Inglaterra
Bolivia
Rumania
Oceanía
Alemania
Madagascar
España
Dinamarca
Inglaterra
Alemania
Nicaragua
Oceanía
Colombia
Holanda
España.

Aun no se había secado la tinta cuando La Sombra completó su rápida lista.

Las mayúsculas que daban principio a cada nombre las había hecho muy grandes para que resaltaran. Lo había hecho adrede. Porque la lista aquella formaba un acróstico y las mayúsculas formaban un mensaje:

Se acabó la partida. Tráigame el último libro a medianoche.

Tal era el aviso recibido por Compton Salwood, de algún

personaje desconocido. La Sombra había descubierto una clave donde otros no hubieran visto nada de importancia.

Dobló rápidamente las hojas con sellos y las metió de nuevo en los sobres.

Al propio tiempo empezó a secarse la tinta.

Suecia... España... Alemania... Los nombres fueron desvaneciéndose uno por uno. Los últimos nombres desaparecieron cuando La Sombra terminaba de cerrar los cajones.

Era evidente que el nombre de la casa de sellos que figuraba en el membrete del sobre sería falso. No podía servir de indicio para averiguar la identidad de quien le había enviado a Compton Salwood aquel mensaje.

La Sombra tenía un indicio mejor, uno sobre el cual podía confiar. Dicho indicio era el propio Compton Salwood. A menos que hubiera decidido poner pies en polvorosa-y nada parecía indicar que fuera así cuando cenara en el restaurante—, volvería al despacho en busca del libro en cuestión. El seguirle entonces sería cosa fácil para La Sombra. Eran cerca de las once ya.

No tardaría el hombre en llegar. Anticipándose a su llegada, La Sombra se dirigió a la puerta delantera del despacho.

Apenas hubo llegado allí, se oyó el ruido de la cerradura de la puerta del otro lado. Rápidamente, el misterioso personaje de la noche salió y cerró la puerta de delante tras sí.

La lámpara de bolsillo se había apagado. La puerta de delante estaba cerrada con llave. Las luces del despacho se encendieron al dar alguien al interruptor.

Allí en el lugar que acababa de abandonar La Sombra, sin dejar rastro de su visita, hallábase Compton Salwood.

La Sombra tenía razón. El decorador había vuelto a su despacho. Compton había llegado a prepararse para acudir a la cita que tenía a medianoche, según el acróstico de los sellos indicaba.

CAPÍTULO XI

FUERZAS DEL EXTERIOR

ALLÍ sólo, en su despacho, Compton Salwood exteriorizó la nerviosidad que sentía. Cruzó rápidamente el cuarto y probó la puerta anterior. Experimentó cierto alivio al encontrarla cerrada con llave, como esperaba.

Volvió a la mesa, se sentó y enjugó con un pañuelo el sudor de la frente.

Ya no tenía la mirada fija en la puerta por la que La Sombra había desaparecido. Por consiguiente, no vio el movimiento de la misma al volverla a abrir La Sombra un poco. Unos ojos penetrantes vigilaban al decorador.

La clave del crimen parecía al alcance de la mano de La Sombra. El misterioso personaje había deducido que Salwood no era más que el instrumento del maestro criminal.

Había descubierto un objeto robado en la mesa de Salwood. Había conseguido una lista de víctimas de robos. Había leído un mensaje cifrado del jefe de Salwood.

Si el hombre decidía acudir a la cita, todo iría bien. La Sombra averiguaría los detalles que le faltaban. Se hallaría en situación de precipitar el desenlace.

Pero había algo en el aspecto de Salwood que hacía que La Sombra esperara un cambio en él.

El decorador empezó a abrir los cajones. Pero luego sacó un periódico del bolsillo.

La Sombra le vio leer un suelto, el del supuesto robo cometido en casa de Wendel Hargate. Estaba comparando la breve noticia con los pensamientos que le agitaban.

Abrió el cajón superior de la mesa y sacó el sobre que La Sombra

había examinado y se puso a leer el mensaje que contenía.

La Sombra comprendió sus pensamientos tan claramente como si los hubiera dicho en alta voz. Relacionando el mensaje con la noticia del periódico, el hombre estaba midiendo probabilidades.

Se había acabado la partida por lo sucedido en casa de Wendel Hargate.

Compton se puso en pie y paseó por su despacho. Volvió a la mesa, estudió el periódico y se quedó inquieto, lleno de incertidumbre. Luego, con aire de hombre que ha tomado una gran decisión, descolgó el teléfono y pidió que lo pusieran en comunicación con la Jefatura.

La Sombra le vigilaba atentamente. Veía gotas de sudor que perlaban la frente de Salwood. Estaba temblando. Tenía miedo. Causaba la impresión de un hombre que escoge el menor de dos males enormes que le amenazan.

—¿El detective Cardona? —preguntó con voz trémula—. ¿Sí?... Me llamo Compton Salwood... Quiero hablar con usted con referencia al robo Hargate... Sí; del manuscrito Villon...

Hubo una pausa. Luego Salwood dio su dirección. Era evidente que Cardona le había pedido que fuera a la Jefatura. A Salwood empezaron a temblarle las manos. Por fin en voz plañidera exclamó:

—¡Tiene que venir usted aquí!...No... No... Peligra mi vida... Sí; es un asunto de importancia enorme... Podré decírselo todo cuando le vea...

Se le cortó la voz. Empezó a protestar contra el interrogatorio que intentaban hacerle por teléfono.

—¡Tengo el presentimiento de que se me vigila! —exclamó—. No puedo hablar ahora. He sido citado para medianoche... Si permanezco aquí después de las once, puede suceder cualquier cosa... No sabe usted lo desesperado que estoy... Quiero confesar, contarle todo... Sí; venga usted aquí inmediatamente...¡antes de que muera yo!

Una breve pausa; luego en voz suplicante, Salwood hizo su última petición.

—Entre por la puerta de atrás-dijo—. La puerta pequeña que hay detrás de la tienda. Hay un timbre allí. Sí; hágalo sonar y abriré la puerta desde mi despacho... Los minutos son precisos...

Aun hablaba Cardona cuando Salwood colgó el auricular.

Temblaba más que nunca. Se humedeció los labios y miró a su alrededor como si esperara que se le echaran encima enemigos desde todas las paredes. La Sombra siguió vigilando y aguardando.

Salwood había perdido la serenidad por completo. Evidentemente temía al hombre que le dominaba y había decidido hacerle traición antes que seguir adelante con lo que le esperaba.

La Sombra comprendía el motivo.

Salwood no había sido más que un instrumento en la partida que había terminado ya. Debía estar pensando que puesto que ya no le era de utilidad a su jefe, no podía esperar otra cosa que ser eliminado.

Había visto a hombres como aquél muchas veces. Conocía la forma de pensar de los grandes criminales. Comprendía que los temores de Salwood pudieran ser fundados.

Había ocurrido lo inesperado. Pero como estaban las cosas, La Sombra se hallaba en una situación ventajosa. Cardona llegaría a escuchar la historia de Salwood. La Sombra la oiría también.

Mientras Cardona hacía planes, La Sombra obraría. Una vez que Salwood lo hubiera descubierto todo, La Sombra se pondría a actuar con rapidez.

Transcurrieron los minutos. Salwood estaba consultando su reloj con nerviosidad. Eran ya cerca de las once, hora que Salwood temía.

Depositó el reloj sobre la mesa y se puso a pasear de un lado a otro. Cada vez que se acercaba a la mesa crispaba las manos, nervioso. Dieron las once.

Sonó un timbre sordo. Compton se sobresaltó. Luego emitió un suspiro de alivio. Era el sonido que había estado esperando. En la tensión en que se hallaba, sin embargo, le había sobresaltado. Se acercó a la mesa.

Al sonar el timbre de nuevo, posó la mano sobre la madera. Estaba intentando serenarse antes de oprimir el pulsador, que abriría la puerta al detective a quien había llamado.

La Sombra, de pie más allá de la entreabierta puerta delantera del despacho, se hallaba envuelto por completo en la oscuridad. Sólo un minúsculo rayo de luz se filtraba por encima de su cabeza. Todo era tinieblas en la tienda de Salwood.

La entrada del despacho se hallaba en una especie de nicho; por

consiguiente, La Sombra no podía ver al parte delantera de la tienda.

Es más La Sombra se hallaba completamente aislada en un punto, desde el que podía ver La Sombra lo que sucedía en el despacho de Salwood como por la lente de un microscopio.

El decorador estaba a punto de oprimir el pulsador. Entonces quedaría libre el paso, porque no había echado la llave a la puerta de atrás al entrar.

Cualquier otro que se hubiera hallado en la situación de La Sombra, se hubiese sentido en tal grado de tensión que no se hubiera dado cuenta, de los demás acontecimientos que pudieran estarse desarrollando.

No así La Sombra, siempre alerta, aquel ser de las tinieblas aguardaba siempre lo inesperado. Aun en aquel momento crítico, aguzaba los oídos para oír sonidos que a otro le hubieran pasado inadvertidos.

Algo le llamó la atención. Rápidamente en silencio, se apartó de la puerta del despacho. Caminando hacia atrás, se volvió bruscamente, la luz de una lámpara de bolsillo rasgó las tinieblas. La Sombra, de pie a la orilla de la tienda, se hallaba de lleno delante de la brillante iluminación.

El hombre que sostenía la lámpara exhaló un grito. Luego sonó una detonación en el punto en que se hallaba La Sombra. Se oyó otro grito por encima de los ecos de disparo y del ruido de cristal roto.

Con tranquilidad y precisión, La Sombra había sacado una pistola. Su disparo había sido una contestación al haz luminoso de la lámpara. Con certera puntería, había dado de lleno a la luz.

Por entre los rugidos de los enemigos frustrados sonó una risa burlona, susurrada.

¡La risa de La Sombra era su contestación a aquellos hombres que habían invadido el establecimiento de Compton Salwood!

CAPÍTULO XII

MUERTE EN LA OSCURIDAD

FUERAN cuales fuesen los propósitos de los invasores, que se habían introducido en el establecimiento de Salwood, ninguno había esperado la sorpresa que La Sombra les había dado.

No cabía la menor duda de que habían entrado por la ventana que La Sombra dejara abierta. Debían haberla visto y aprovechado.

Habían estado deslizándose hacia la puerta del despacho, con la intención de pillar al decorador desapercibido. En lugar de eso, se habían encontrado con La Sombra y la ventaja sólo había sido suya hasta haber obrado éste.

Empezaban ya a abalanzarse varios hombres hacia el lugar en que se hallaba el misterioso personaje. Habían saltado instintivamente en aquella dirección.

Sonó un disparo de revólver. Una bala se aplastó contra la pared. Siguieron otros. Sigilosos al principio, los invasores habían abandonado toda cautela al disparar La Sombra.

Brilló otra lámpara de bolsillo. Su luz bastó para ver que el nicho estaba vacío. Una voz dio el grito de retirada. El jefe de los invasores no quería que se hicieran más disparos. El aviso llegó demasiado tarde.

Al ser dado el grito, el que llevaba la lámpara movió la luz a lo largo de la pared de la parte delantera de la tienda. Por casualidad descubrió la dirección en que se había movido La Sombra.

Mascullando blasfemias, el grupo de gangsters, se volvió a disparar contra aquella forma que parecía la de un fantasma.

El jefe no podía dominarlos ya. Para todos los criminales, La Sombra era una amenaza. Encontrado en circunstancias como aquellas, su poder parecía ser muy limitado. Era aquella una buena

oportunidad para los que querían acabar con él.

La Sombra no había buscado aquel encuentro. Intentó retrasarlo para dar tiempo a que llegara Cardona. La Sombra tenía hechos planes en lo que se refería a Compton Salwood; no quería que se los echaran a perder.

En el momento de urgencia, sin embargo, obró sin vacilar. En cuanto la segunda lámpara reveló su forma contra la pared, se dejó caer al suelo.

Disparó cuando su figura empezaba a hacerse más pequeña. Su blanco era la lámpara; pero aquella luz decidió apagarla dando al hombre que la sujetaba. Aquellos individuos habían intentado matarle; no le quedaba más recurso que responder con la misma moneda.

El primer disparo de su pistola derribó al que llevaba la lámpara. Luego se vieron varios fogonazos más. Los gangsters dispararon a su vez.

Ahora, toda la ventaja estaba de parte de La Sombra. Disparaba contra los fogonazos. Los invasores guiaron igualmente sus disparos por los fogonazos de la pistola de su enemigo.

Pero en aquella clase de lucha La Sombra no tenía igual. Se estaba moviendo rápidamente en la oscuridad. Mientras los otros disparaban a ciegas contra los fogonazos, él calculaba sus tiros con precisión y serenidad.

Estirando el brazo, hizo dos disparos al azar, para que los gangsters tuvieran algo por que guiarse. Mas no bien hubo disparado, cambió de sitio, y desde éste disparó contra los hombres que tiraban hacia el lugar en que había estado momentos antes.

Todo resultaba irreal y fantástico en la oscuridad. Sólo la lámpara, caída en el suelo contra la pared, proporcionaba una pequeña superficie de luz.

Fogonazos, ruido de cuerpos que caían, gemidos y gritos de gangsters heridos; tal era el acompañamiento a que disparaba La Sombra.

A pesar de lo rudo que sonaba el combate, su duración fue sorprendentemente breve. Reinó por fin un silencio rasgado tan sólo por algún que otro gemido.

La risa de La Sombra parecía avisar y amenazar a cuantos pudieran quedar en condiciones de ofrecer combate. La risa cesó

bruscamente. Su extraño tono no dio el menor indicio del lugar en que se hallaba La Sombra.

No se oyeron más disparos. No obstante, La Sombra seguía alerta. Presentía que pudiera haber uno o más ilesos aún, que aguardaban ocasión propicia para disparar.

Se dirigió al nicho tan silenciosamente, que no se oyó ni el chasquido de su capa. Transcurrió un minuto completo antes de que llegara a la puerta del despacho. No se tropezó con nadie en el camino.

La puerta estaba cerrada. La Sombra metió un instrumento de acero en la cerradura. No hizo el menor ruido, porque había descubierto aquella cerradura anteriormente.

Muy despacio, empezó a abrir la puerta para poder ver el interior. Para hacerlo, alzó el brazo derecho por encima de la cabeza, de manera que su mano tocó la parte superior.

Así tapó por completo la rendija para que no pudiera salir ni un rayo de luz, que llamara la atención de cualquier gangster que estuviera aún vivo.

No vio más que oscuridad, sin embargo. Había sido apagada la luz.

¿Habría huido Compton Salwood?

Era posible, pero dudoso. Si Cardona se hubiera encontrado con él, hubiera vuelto para averiguar el significado de todo aquel tiroteo.

La Sombra entró en el despacho. Cerró la puerta tras sí. Su lámpara de bolsillo iluminó el suelo. Paró cerca de la otra puerta. Compton Salwood yacía allí. Estaba muerto. Yacía boca arriba, con un cuchillo clavado hasta la empuñadura.

Algún enemigo le había alcanzado mientras La Sombra luchaba con los invasores.

Transfirió la luz de la lámpara a la mesa. Los cajones estaban abiertos. El paquete que contenía el libro robado había desaparecido. El fichero también, así como el sobre que contenían los sellos de correos.

Empezó a sonar el timbre sordo. Alguien se hallaba en la puerta de atrás.

Había un pulsador en la mesa; el mismo que Salwood había estado a punto de oprimir cuando La Sombra oyera la entrada de

los invasores. Lo oprimió con un dedo enguantado.

Apagó la lámpara, abrió la puerta delantera y se metió en el nicho que conducía a la tienda. Sonaron pasos al atisbar La Sombra por una rendija.

Estaban entrando hombres oyó un gruñido. Luego uno de los recién llegados halló el interruptor.

Al encenderse la luz, se vio a Cardona, acompañado de dos detectives.

Cardona soltó una exclamación al ver el cuerpo de Salwood en el suelo.

La Sombra cerró la puerta y se volvió hacia la tienda. Llegó al final del nicho y se aplastó bruscamente contra la pared al abrirse violentamente la puerta del despacho. Apareció Cardona.

El detective iluminó el suelo con su lámpara de bolsillo. No vio a La Sombra. Le llamaron la atención los gangsters heridos.

Dando un grito, Cardona salió a la tienda de un brinco y examinó el cuarto con la lámpara de bolsillo. Junto a la ventana vio a un hombre acurrucado.

Alzó el revólver para disparar. Retrocedió un poco al mismo tiempo y no pudo haberlo hecho más oportunamente. Dispararon contra él. Los otros detectives acudieron corriendo a ayudar a su jefe. Al igual que Cardona, pasaron de largo por el lugar en que se hallaba La Sombra.

Un hombre se escapaba por la ventana. Cardona tiró contra él y no le dio.

Ahí era donde hubiera servido de mucho la ayuda de La Sombra: pero sus pistolas siguieron silenciosas. La Sombra había decidido dejar al invasor al cuidado de los tres detectives. Él tenía otros planes.

Mientras la atención de todos se concentraba en la ventana y Cardona ordenaba a uno de sus subordinados que emprendiera la persecución, La Sombra se metió rápidamente en el despacho de Salwood, no perdió un momento al llegar allí.

Salió por la otra puerta, avanzó por un pasillo corto y llegó a la puerta de atrás. Esta era la que tenía el pestillo automático, que él había abierto desde la oficina para que pudiera entrar Cardona.

Se encontró en un callejón. Iba a intentar cortarle la huída al hombre a quien los detectives perseguían. Pero salió frustrado su

plan. Se veían luces en el extremo del callejón y se oían gritos.

Había llegado la policía. Evidentemente se habían enterado de que había habido tiros y acudían a investigar. La Sombra se confundió con la oscuridad al pasar hombres uniformados corriendo y golpear sobre la puerta por la que él había salido.

Entonces La Sombra salió rápidamente del callejón. Era demasiado tarde ya para poder alcanzar al fugitivo. La policía había acudido. Que ella se encargara de echarle el guante si podía.

Media hora más tarde, Lamont Cranston apareció en la sala de lectura del Cobalt Club. Completamente sereno, parecía haberse hallado en el club toda la noche.

Se sentó a reflexionar. Aquella noche se había encontrado con una de las situaciones más extrañas de su carrera. Estaba reuniendo mentalmente todos los detalles para comprenderla.

¿Quién era el hombre que había estado acurrucado en la tienda? ¿Qué papel había desempeñado? ¿Habría entrado en el despacho y vuelto a salir mientras La Sombra luchaba con los gangsters? ¿Habría decidido salir por la parte d delante porque alguien estaba llamando a la puerta de atrás?

Compton Salwood estaba muerto. Sólo uno de los gangsters podía haberle matado: dicho hombre había logrado burlar la vigilancia de La Sombra.

Habían detalles desconcertantes en aquel episodio. Estaban intrigando a La Sombra incluso. Sin embargo, en sus cálculos mentales aquel luchador que aparecía ahora con el rostro de Lamont Cranston estaba considerando el elemento tiempo. Su perspicaz cerebro estaba imaginando todas las posibilidades.

Transcurrió media hora más antes de que los miembros del club, vieran al millonario alzarse de su asiento en la sala de lectura y salir. A la puerta del club, Cranston subió a su coche, que le aguardaba. A una orden suya, Stanley puso en marcha el coche y le condujo hacía el Holland Tunnel.

Sonó una risa suave en el interior del automóvil. Era la risa de La Sombra, la respuesta al problema.

A pesar de las complicaciones ocurridas en el establecimiento de Compton Salwood; a pesar de que los labios del decorador habían quedado sellados para siempre, La Sombra había hallado indicios. Estaba preparado para dar otro paso.

Stanley paró el coche, obedeciendo a una orden de su amo, y éste se apeó para hacer una llamada telefónica. A su regreso, el coche continuó su camino.

La suave risa volvió a sonar en la oscuridad.

Aun cuando la casualidad le había hecho un mal servicio aquella noche, La Sombra veía el principio del camino que le conduciría al criminal que había ordenado la muerte de Salwood.

La presencia de los gangsters, la huída del hombre solitario, el extraño asesinato de Compton Salwood, todo iba encajando.

Lo averiguado por La Sombra antes del regreso del decorador a su despacho ya era suficiente para proporcionarle una pista.

¿Le conduciría ésta al éxito?

CAPÍTULO XIII

EL TURNO DE CARDONA

PARA el detective Cardona, el asesinato de Compton Salwood trajo complicaciones nada comunes. Al salir para dirigirse al establecimiento de Salwood, estaba convencido de que iba a ver a un loco.

No veía relación alguna entre el decorador de interiores y el manuscrito que se suponía había sido robado de la casa de Shattuck Barliss.

El ver el cadáver de Salwood, los cuerpos de cinco gangsters muertos o heridos en el suelo del establecimiento, la huida de un hombre por la ventana; todos estos eran factores tan importantes como incomprensibles.

Cuando se trataba de hechos concretos, Cardona era el hombre más indicado para seguirlos. Lo que le faltaba en razonamiento y en facilidad para hacer deducciones, le sobraba en facilidad para deducciones, le sobraba en facilidad para entrar en acción. A la mañana siguiente apareció en el despacho del inspector Timoteo Klein y depositó un informe completo sobre su mesa.

—Cuéntamelo, Cardona-sugirió el inspector.

—Hay mucho que contar. He hablado con Terry Barliss y he descubierto la relación que hay entre el asunto y Compton Salwood.

—¿Le conocía Barliss?

—El no, pero su tío Shattuck sí. Salwood se encargó de rehacer la decoración interior de la biblioteca del viejo Shattuck. Existe la probabilidad de que el manuscrito fuera robado allí y que Salwood estuviera enterado del asunto.

—Es una buena pista.

—No es eso todo. Siguiendo esta pista, telefoneé a Wendel

Hargate. Me dijo, cuando le interrogué, que Salwood habían decorado su biblioteca también. Me contestó con bastante brusquedad. Pareció molestarse porque le llamaba. Pero es posible que Salwood estuviera enterado de sí había ocurrido algo anormal allí también.

—¿Registró usted la tienda de Salwood?

—De arriba abajo. No he encontrado ningún manuscrito, sin embargo. Es difícil deducir cuál era exactamente la posición de ese hombre. Quizá fuera un criminal; o quizá estuviera enterado de lo que hacían los criminales. Estaba asustado cuando me llamó. Motivos tenía para estarlo.

—¿Y los gangsters?

—Eran hombres de la cuadrilla de Snooky Downing. Los he interrogado. No saben una palabra. El único que estaba enterado era Snooky y da la casualidad que él fue uno de los dos que murieron en la lucha.

—Así, pues, el hombre que escapó...

—No ha sido posible identificarle. Le diré cómo fue. Snooky estaba siempre dispuesto a vender la cuadrilla al mejor postor. Alguien hizo trato con él, según me dicen los heridos. Fueron a la tienda de Salwood y entraron por la ventana, Snooky les dijo que no echaran mano a las pistolas. La orden era que no se disparase.

“Pero Snooky vio a alguien en la tienda, y fue el primero en no cumplir la orden que había dado. Los demás le imitaron. Alguien le dio una puñalada a Salwood en el despacho mientras tanto.

—Entonces, ¿el hombre que huyó?

—Ahí está precisamente. Tal vez fuera él quien asesinara al decorador. Quizá fuera quien luchara con la cuadrilla de Snooky. Dos de los heridos dicen que creen que él les acompañaba. El tercero no está seguro. Ninguno de ellos sabía quién era, de todas formas.

—¿Llegó allí después de la pelea?

—Sí. Eso es lo que lo hace más desconcertante. ¿Quién me abrió la puerta cuando llamé? No creo que fuera Salwood, aun cuando cabe la posibilidad de que le dieran la puñalada, después de haber oprimido el botón que abría la puerta. No parece lógico que lo hiciera el asesino.

El inspector movió afirmativa y pensativamente la cabeza. Tomó

el informe y empezó a estudiarlo. Leyó los detalles que Cardona acababa de explicarle.

En su rostro se veía una expresión de perplejidad tan grande como la del detective.

—Sabemos que un hombre escapó-dijo Cardona—. No existe el menor indicio acerca de su identidad; pero pienso averiguar todos los pasos que ha dado Snooky durante estos últimos días. Entretanto, acepto la declaración de Salwood tal como la hizo por teléfono. Me dijo que la partida se había acabado, que quería decir todo lo que sabía.

—No cabe la menor duda de que era un criminal-afirmó el inspector, estudiando el informe.

Entró un detective con un periódico en la mano. Cardona lo cogió y se puso a estudiar las noticias relacionadas con los sucesos de la noche anterior.

Su rostro cambió de expresión varias veces. Klein le observó, comprendiendo que el detective estaba encontrando párrafos que le gustaban y otros que no.

—Estos periodistas son una calamidad-declaró Cardona—. Lo entiendo todo al revés. Han celebrado una entrevista con Barliss acerca de su manuscrito. Barliss ha hablado con ellos; Hargate no quiso.

El detective que había entrado le entregó otro periódico. Cardona sonrió al leer los titulares. Era un ejemplar del Classic. Sabía que podía confiar en que Clyde daría un informe justo.

De pronto, su expresión de satisfacción desapareció. Tiró el periódico sobre la mesa y lo golpeó con el puño.

—¡Burke me las pagará! —exclamó—. ¡Se ha vuelto loco! ¡Fíjese! Mire lo que dice aquí! ¡Asegura que Compton era un criminal que ha robado millones! Manuscritos y libros agotados, de valor fantástico.

—Pero dice que es usted quien lo ha averiguado-observó Klein—. Estos informes son exagerados, sea como fuere. Son...

—Pero... ¿usted se ha fijado en todo lo que dice? —exclamó el detective—. Asegura que he empezado a hacer investigaciones por todo el Este, que he prometido sorprendentes revelaciones para este mediodía...

Se interrumpió, rabioso, y arrugó el periódico entre sus dedos.

Al tirarlo al suelo y volverse hacia la puerta, tenía el rostro morado.

El inspector intentó calmarle sin conseguirlo. En aquel momento, sin embargo, ocurrió algo que mitigó su ira. Entró un detective con tres telegramas.

—Han llegado para usted, Cardona-dijo el hombre—. He firmado yo por ellos.

Cardona rasgó el primer sobre. Contempló el mensaje con asombro.

Rasgó el segundo. Se le desorbitaron los ojos al leerlo. Después de abrir el tercero, los tres se le cayeron de las manos. Klein recogió uno de ellos de encima de la mesa. Lo leyó. Había sido impuesto en Baltimore. Decía:

“Respondiendo a su pregunta he repasado biblioteca punto. Tomo valioso desaparecido punto Ejemplar falsificado en su lugar punto Libro robado es ejemplar de sonetos de Shakespeare impreso famosa imprenta Chatham Inglaterra punto Valor cuarenta mil dólares punto Compton Salwood se encargó decoración interior biblioteca agosto pasado punto Sospecho sea ladrón punto Hubert Dallas.

—¡Hubert Dallas! —exclamó Klein—. ¡Ese es el millonario dueño de una serie de establecimientos en Maryland! ¿Cómo le relacionó usted con esto, Cardona?

El detective no respondió. Estaba intrigado y no encontraba palabras con que responder.

Klein estaba cogiendo el segundo telegrama. Su mensaje era parecido al del primero. Procedía de un hombre acaudalado de Filadelfia, que anunciaba le habían robado una primera edición de inmenso valor.

Su telegrama anunciaba que Compton Salwood pudiera estar complicado.

Habían dejado una copia sin valor en lugar del original.

El tercer telegrama contaba la misma historia. Era de Boston. Mientras Klein lo leía, entró un detective a decirle a Cardona que le llamaban al teléfono de su propio despacho. Cardona se apresuró a acudir.

—David Surrey al habla-dijo una voz—. Le llamo desde Miami, Florida.

Cardona reconoció el nombre. Era el de un conocido deportista que vivía en Long Island.

—Recibí su telegrama-anunció Surrey—. Acabo de telefonear a mi casa de Long Island. Repasaron mi biblioteca y descubrieron que ha desaparecido mi colección de manuscritos de Edgar Allan Poe.

“Se hallaba dentro de unas cubiertas especiales que tenía en mi caja de caudales. Mi secretario los examinó y descubrió que no había más que papeles en blanco después de la hoja en que iba el título. Alguien ha robado los originales. Compton Salwood podía haberlo hecho.

—¿Recibió usted mi telegrama? —exclamó Cardona, con incredulidad.

—Sí-contestó Surrey—; fue entregado a bordo de mi yate que está anclado aquí, en Miami. Si telefona usted a mi casa, podrá obtener todos los detalles. Mi secretario sabe exactamente cuándo estuvo Salwood a decorar unos interiores. Esos manuscritos valen doscientos mil dólares. Cuento con la ayuda de usted para recobrarlos, señor Cardona.

El detective colgó el auricular, estupefacto. Mientras aguardaba, desconcertado, volvió a sonar el teléfono. La llamada era de Fleeer Talbot, un hombre muy rico que vivía en Riverside Drive, también él había descubierto la desaparición de tres libros a los que daba un valor total de sesenta mil dólares.

—¿Tiene usted aún el telegrama que le envié? —preguntó Cardona.

—Sí, lo tengo aquí mismo.

—¿A qué hora lo recibió?

—Hace cosa de una hora. Era un telegrama de madrugada.

—¿Tiene inconveniente en leerlo en alta voz? —le pidió el detective—. Quiero asegurarme de que ha sido transmitido bien.

—No hay inconveniente-respondió Talbot—. El telegrama dice: “Examine su colección en busca de libros falsificados punto Sospecho de Salwood punto Comuníqueme resultado a Jefatura.”

—¿Nada más? —inquirió Cardona.

—Nada más, excepción hecha de la firma.

—Bien. Ya iré a verle, señor Talbot. Salwood ha sido asesinado. Aun no hemos encontrado los libros y los manuscritos robados, pero andamos aprovechando todas las pistas.

Cardona sonrió sombrío, al sentarse a su mesa. Empezó a tomar notas de las dos llamadas. Comprendió que había llegado el

momento de apelar al bluff.

Alguien había expedido aquellos telegramas la noche anterior. La gloria iba a ser para él.

El detective no tenía la menor idea de lo que había ocurrido exactamente.

No conocía la existencia del fichero que había desaparecido ya del despacho de Salwood. No sabía que La Sombra había repasado la lista.

¿Cómo podía saber él que La Sombra, como Lamont Cranston, había telefoneado a Burbank desde cerca del Holland Tunnel? ¿Cómo podía saber que Burbank había expedido un telegrama igual, con la firma de Cardona, a todas las personas de la lista dada por La Sombra?

Tampoco sospechó que Clyde pudiera haber estado obedeciendo instrucciones. La noticia publicada en el Classic había parecido una exageración; pero había servido para preparar el terreno para la sorpresa que aguardaba al detective.

Cardona experimentó un sentimiento de afecto hacia el periodista por el error que había cometido. Comprendía que lo más prudente era aprovecharse de la oportunidad que se le presentaba; dejar creer a la gente que había sido él, Cardona, quien había expedido los telegramas. El inspector Klein tal vez no lo creyera, pero eso le tenía sin cuidado. Tenía la intención de discutir el asunto más tarde con el inspector. Lo interesante, de momento, era ponerse sobre la pista de los manuscritos desaparecidos.

Entonces se dio cuenta por primera vez de lo grande del asunto. Hasta la llegada de los telegramas y las llamadas telefónicas, había creído que las actividades de Compton Salwood habían sido relativamente de poca importancia, limitándose al robo de dos manuscritos Villon.

Pero ahora veía que como había dicho Burke en el Classic, había sido descubierta una conspiración gigantesca. Algún maestro en el crimen había proyectado robar por medio de substituciones, confiando en que no serían descubiertos los robos hasta mucho tiempo después de haber sido perpetrados.

Dicho criminal había eliminado a Compton Salwood.

Pensando en todo esto, Cardona experimentó cierta satisfacción secreta, reconociendo en ello la mano de alguien que, como él,

luchaba al lado de la ley.

Algún investigador secreto había descubierto datos del gran plan en que Compton sólo figuraba como instrumento. El investigador se había encargado de favorecer con ello a Cardona.

El detective siguió sonriendo. Deducía quién era el que le había ayudado.

En sus luchas con los criminales Cardona había recibido dicha ayuda más de una vez.

Y tras la lucha que se hacía inminente ahora, el detective adivinaba la invisible presencia de La Sombra.

CAPÍTULO XIV

LA TEORIA DE TERRY

TERRY Barliss se hallaba en la sala de su casa. Había una pila de periódicos de la tarde en el suelo. Terry estaba leyendo otro en que se relataban las actividades de Compton Salwood.

Sonó el timbre de la puerta. Abrió el criado. Harry Vincent entró. Terry se puso en pie para saludar a su amigo. Harry sonrió al ver el montón de periódicos. Antes de que pudiera hacer comentario alguno, habló Terry.

—No era todo ilusión a última hora, ¿eh? —dijo—. Parece ser que soy dueño de un auténtico manuscrito Villon después de todo, aunque no lo tenga.

—¿Ha visto usted al detective Cardona? —inquirió Harry.

—Me llamó por teléfono. Es raro... Sabíamos que Salwood había arreglado la biblioteca de mi tío, pero nunca se nos ocurrió relacionarle con el asunto.

—¿Qué dijo Cardona?

—Que estaba investigando nada más. Al parecer, han sido víctimas de un robo parecido diez o doce personas. En todos los casos se encontraron falsificaciones de los libros o manuscritos en su lugar. Cardona está comprobando las fechas de las operaciones de Salwood.

“En lo que a mí se refiere, no soy más que una de las víctimas. No hay nada que hacer más que esperar. Me alegro que haya venido usted, Harry. He estado reflexionando acerca de Salwood. No puedo hablar con Cardona. Anda buscando toda clase de pistas y está demasiado ocupado, pero he estado trabajando sobre una teoría mía.

Harry dio muestras de interés. Esto le animó a Terry.

Consideraba que la visita de Harry obedecía a una simple casualidad. Harry, sin embargo, tenía interés en averiguar en qué estaba pensando Terry.

—Salwood fue el autor de todos esos robos—aseguró Barliss con convencimiento—. Sin embargo, no se encuentra ni rastro de los manuscritos desaparecidos. Al parecer no han sido vendidos. En alguna parte han de estar y es lo más posible que Salwood los depositaría en manos del hombre que dirigiría todo este asunto en realidad.

—Es lógico—asintió Harry—, sobre todo teniendo en cuenta que Salwood fue eliminado cuando él se disponía a hablar—. Sí; pero, ¿qué medidas está tomando Cardona para dar con ese hombre? Yo se lo diré. Está interrogando a otras víctimas como yo. Todos le darán una pista que irá a parar al mismo sitio. Todas esas pistas morirán en Compton Salwood.

Harry movió afirmativamente la cabeza.

—Salwood ha muerto—prosiguió Terry—. Le mataron para que no pudiera hablar. Ha quedado cerrado el camino. Cardona se dé cuenta de eso probablemente. Creo que está intentando averiguar por cuenta de quién trabajaban esos gangsters., Los que asaltaron el establecimiento de Salwood. Pero puede tardar muchísimo tiempo antes de encontrar una pista de verdad.

—Sin embargo, no veo yo qué otro sistema mejor puede emplear.

—Yo sí. Creo que el hombre que se halla en el fondo de todo esto es muy perspicaz. Salwood le temía porque era poderoso. Si Salwood le temía, otros le temerían también. Por consiguiente, para llegar a ese hombre, hemos de encontrar primero alguien que experimente temores. Alguien que pueda temer hablar.

—Se está usted volviendo detective, Terry.

—Es posible. No tengo otra cosa que hacer de momento y, en lo que a mí se refiere, se están jugando cien mil dólares en el asunto. No estoy tan seguro de que se haya acabado la partida porque haya muerto Salwood. Este no era más que un instrumento.

—Entonces, ¿usted cree?...

—Creo que debiéramos buscar a alguien que pueda ser una víctima en perspectiva. Hemos de encontrar a alguien que no haya sido robado aún; y sobre todo a alguien que tenga miedo de que le

roben.

—Habla usted como si conociese a tal hombre.

—Yo lo conozco... Elías Galban.

Harry soltó una exclamación. Recordó con claridad la visita que ambos habían hecho a la casa de Galban. Antes de que Harry pudiera hacer un comentario, Terry siguió desarrollando su teoría.

—Cuando fuimos a casa de Galban-dijo—; nos aturdimos un poco porque nos encontramos con Fawkes. El lugar parecía terrible en un principio. Luego nos encontramos con Mercher; era raro, pero no formidable. Sanyata, el japonés, era un hombre tranquilo. Pero el propio Galban era el que ofrecía el mayor contraste. Un hombre agradable, alegre a pesar de su mal estado de salud.

—Metido en un lugar seguro, por añadidura-musitó Harry.

—Justo-declaró Terry—. Es más, se mostró bastante sutil en sus comentarios. Nos dijo que estaba algo preocupado por las cosas que poseía. También yo creo que di menos importancia a su valor del que tenía. Además de eso, nos dio una pista bien definida.

—¿Wendel Hargate?

—Sí. Su idea de que llevara yo mi manuscrito a Hargate fue excelente. A Hargate, sin embargo, no pareció gustarle mucho la cosa. Es más, nos dio bastantes largas antes de querer enseñarnos su manuscrito.

—Que resultó ser una imitación, como el de usted.

—Sí. Y En cuanto se dio cuenta de ello, Hargate cambió de táctica. Quería que no se hablara más del asunto. ¿Por qué cree usted que fue eso?

Harry se quedó pensativo. La pregunta le había dejado perplejo. Había mencionado el extraño proceder de Hargate, en el informe que enviara a La Sombra. No había discutido el asunto con Terry Barliss, sin embargo.

—¡Yo le diré a usted por qué! —exclamó Terry, descargando de pronto un puñetazo sobre la mesa—. Hay algo raro en el asunto y Hargate sobre que es. De todas las víctimas de este asunto, Hargate se encuentra en una situación completamente distinta.

—¿Por qué?

—Porque es imposible que hubiera dos manuscritos Villon. Mi tío decía poseer el único ejemplar en existencia de “Les Rondeaux de París”, de Villon. Y Hargate pretendía ser el poseedor de ese

manuscrito también. Mi tío y Hargate eran muy desconfiados. La única persona a quien llamaron para que viera los manuscritos fue a Galban.

—Solo puede tener eso una explicación, Harry. Ambos hombres poseían el mismo manuscrito. Yo sé que mi tío era honrado. No estoy tan seguro de que Hargate lo sea. Estoy seguro de que Salwood robó el manuscrito de mi tío. Creo saber quién lo recibió de sus manos.

—¿Hargate?

—El mismo. Es más, Hargate tenía preparada la coartada. Posee un manuscrito falso, igual que el que yo tengo. Estaba preparado cuando caímos sobre él sin previo aviso. Nos enseñó el falso y fingió haber sido robado como yo.

—Y luego...

—Temió que fuera yo a ver a Salwood. Probablemente había alguna prueba en el despacho de ese hombre. Mandó a unos gangsters allí para que la recogieran. Salwood se figuró que irían. Le tenía miedo a Hargate una vez acabado el asunto. Conque llamó a Cardona. Lo hizo demasiado tarde. Los hombres de Hargate le liquidaron.

Terry hizo un gesto de triunfo al acabar de explicar su teoría. Harry encontró que tenía bastantes visos de verosimilitud.

—Sí-dijo, pensativo—; veo poco más o menos cómo podría encajar eso. Salwood hizo la decoración interior de Hargate; pero eso no significa que Hargate fuera su víctima.

—Significa que Hargate era la estación de descarga-aseguró Terry—. Salwood cometía los robos y le entregaba los libros a Hargate. Hargate tiene una casa muy grande y puede tener escondidos los libros desaparecidos.

—¿Cree usted que lo sospecha Galban?

—Estoy seguro de ello. Galban conoce las idiosincrasias de los coleccionistas. Todos ellos son egoístas, Harry. En su afán por poseer libros de gran valor apelan a cualquier recurso cuando no hay manera de conseguirlo con dinero. Galban nos dijo unas cuantas cosas que fuimos demasiado torpes para comprender.

—¿Tiene usted la intención de contarle esa teoría a Cardona?

—No —contestó Terry poniéndose en pie, y paseando por el cuarto—; le diré lo que voy a hacer, Harry. Voy a hacerle otra visita

a Wendel Hargate.

—Eso pudiera ser peligroso.

—Como yo pienso hacerlo, no. Voy a ir solo. Mi pretexto será la discusión de los nuevos acontecimientos. Puesto que él y yo nos encontramos en el mismo caso, es natural que celebre una conferencia con él.

Harry Vincent sacudió la cabeza lentamente. Deseaba impedir o por lo menos retrasar la puesta en práctica de semejante plan. Quería informar a La Sombra y obtener una contestación.

—Tal vez sea mejor que aguarde usted un poco-insinuó.

—De ninguna manera. Pienso ir a casa de Hargate esta noche.

—En tal caso le acompañaré yo.

—No, Harry. Prefiero que no se meta usted en el asunto. Iba conmigo cuando me presenté allí con Cardona. Hargate pudiera creer que era usted un detective particular.

Era inútil discutir más. Terry estaba decidido.

Harry Vincent se encontraba en un dilema. Comprendió que si insistía por hacerle cambiar a Terry de opinión, nada adelantaría. Es más, pudiera provocar con ello una ruptura entre él y Terry.

Al principio, sintió la tentación de acompañarle hasta casa de Hargate, cosa a la que Terry probablemente no tendría nada que objetar. Luego, al pensarlo mejor, comprendió que ello le impediría dar el único paso que podría serle de utilidad a Terry.

Su deber era mandar un informe a La Sombra inmediatamente. Pensando en ello, decidió marcharse lo más aprisa posible. Cambió de táctica en seguida.

—Bueno, muchacho-le dijo a Terry—; le deseo a usted muy buena suerte. Use la cabeza. Y telefonéeme al Metrolite en cuanto haya hablado con Hargate.

—Sí que lo haré-prometió Terry—. Podemos discutir todo el asunto después. Sé que está usted conmigo en esto, Harry.

—Bueno, me voy-contestó Vincent con indiferencia—. No se olvide de telefonearme lo antes posible.

Salió de la casa y condujo su automóvil al establecimiento más cercano. Se metió en una cabina telefónica y pidió un número.

—Burbank al habla-le contestaron.

—Informe de Vincent-dijo Harry.

Dio en pocas palabras el resultado de su entrevista con Terry.

Explicó por que iba su amigo a visitar a Hargate. Burbank escuchó en silencio y luego le ordenó que aguardara.

Harry colgó el auricular y permaneció por los alrededores de la cabina. Por el escaparate del establecimiento vio entrar un taxi por la calle en que vivía el joven Barliss. Estaba seguro de que lo habría pedido Terry para ir a casa de Hargate.

Desapareció toda la nerviosidad de Vincent al sonar el timbre del teléfono.

Le había dado el número a Burbank. Descolgó el auricular y volvió a hablar con Burbank.

—Regrese al hotel Metrolite-ordenó Burbank—. Aguarde nuevas instrucciones allí.

Harry sonreía al salir del establecimiento. Comprendía el significado del mensaje. Su información había sido pasada a La Sombra. No había necesidad de que siguiera a Terry hasta casa de Hargate; no tenía por qué preocuparse.

La Sombra en persona se hacía cargo de ese trabajo.

Terry Barliss estaría bien protegido. Harry tenía el presentimiento de que el encuentro de Terry y Hargate tendría valiosos resultados que La Sombra sabría aprovechar.

Harry Vincent tenía plena confianza en La Sombra. Había visto a su misterioso jefe salir triunfante en lucha contra fuerzas enormemente superiores. El episodio de aquella noche, pensó Vincent, sería una caso sencillo para La Sombra.

Cuando se trataba de La Sombra, Harry nunca tenía en cuenta la posibilidad de un accidente, porque el poder de La Sombra parecía suficiente para sobreponerse al azar.

Sin embargo, en aquella ocasión, La Sombra volvía a acometer una empresa que tenía el peligro de lo inesperado.

CAPÍTULO XV

EN CASA DE HARGATE

WENDEL Hargate se hallaba en su despacho. Este cuarto se hallaba situado en la parte de atrás del primer piso de la casa del millonario. Había dos estrechas ventanas a un lado, metidas en una especie de nichos.

No tenían cortinas, porque las salientes paredes hacían que el interior del cuarto resultase oscuro desde fuera.

Wendel Hargate estaba solo. La pesada caja de caudales que había en el rincón, la puerta grande que cerraba la principal entrada a la habitación y la puerta más pequeña que conducía a la biblioteca, le daban al cuarto cierto aspecto de ciudadela.

La puerta de entrada al cuarto tenía una abertura redonda en el centro. Era evidente una mirilla; pero estaba hecha con tal astucia que no lo hubiera notado ni el que hubiera examinado la puerta de cerca.

Terry Barliss y sus compañeros no se habían fijado en que había un agujero practicable en la puerta durante la visita que hicieron.

El millonario estaba repasando unos papeles que tenía sobre la mesa. Su rostro tenía la expresión torva de siempre.

De pronto, alzó la mirada. Se puso en pie y se acercó rápidamente a la puerta. Abrió la mirilla, atisbó por ella y luego volvió a cerrarla. Abrió entonces la puerta.

Entró Thibbel, su criado. El hombre tenía la cara muy sombría aquella noche. Siguió a Hargate y se colocó al otro lado de la mesa mientras el millonario se sentaba.

—¿Y los vigilantes? —inquirió Hargate.

—Están apostados a lo largo de la casa, por fuera.

Hargate se levantó y se dirigió a uno de los nichos. Abrió la

ventana y miró hacia abajo, en la oscuridad. Vio una figura rechoncha que patrullaba por un estrecho callejón.

—Bien-dijo, volviendo a su asiento y dejando la ventana abierta —; veo que están alerta. Aguarde por aquí hasta que termine con estos papeles. Quiero hablar con usted.

Pegado a la pared, a cuatro o cinco metros por encima del callejón, había una forma que parecía un enorme murciélago negro. Aquella figura, que hubiera podido confundirse con un trozo de sombra, había estado aguardando a que pasase el vigilante.

Cuando ya no hubo nadie abajo; cuando Hargate hubo dejado de atisbar desde arriba, el extraño ser se movió. Un ruido esponjoso marcó su marcha ascendente. El ruido, sin embargo, apenas era perceptible.

La Sombra había llegado al palacio de Hargate. Extraño fantasma de la noche, escalaba la pared de la casa del millonario. Tenía una especie de ventosas de goma sujetas a manos y pies.

Cada presión sujetaba los grandes discos de goma contra la superficie de la pared. Cada movimiento lateral los despegaba a intervalos. Como gigantesco insecto, La Sombra ascendía hacia un punto de observación.

La Sombra llegó a la ventana que había abierto Hargate. Allí encontró apoyo para manos y pies. Guardó los discos de succión debajo de la capa. Sus ojos ardientes miraron por la ventana.

Vio el perfil del millonario. Thibbel se hallaba de espaldas a la ventana. Sin ser visto, La Sombra pudo oír la conversación que empezaba entonces entre los dos hombres.

—¿Está usted seguro-preguntaba Hargate—, de que esos dos vigilantes no saben nada de Snooky Downing?

—Ni una palabra-contestó Thibbel—. Son individuos de cuidado, pero no son gangsters.

—Me alegro. Corrimos un riesgo demasiado grande antes, Thibbel.

—Bien lo sé yo-contestó el criado.

—Debiera saberlo. Es una suerte que muriera Snooky en la lucha. Hubieran podido descubrir las negociaciones que había entablado usted con él. Estos jefes de gangsters tienen sus principios; nunca delatan a un compañero. Sin embargo, usted metió a la cuadrilla en un lío y, después de todo, usted no figura

como miembro del hampa.

—El lío lo armaron ellos-aseguró Thibbel—. Les dije que no sacaran las pistolas. No tenían necesidad de haber disparado tan aprisa cuando acorralaron a ese hombre y él apagó la lámpara de un tiro. No obstante, cuando empezó el jaleo no se achicaron. Y cayeron.

—Todos menos usted.

—Yo fui prudente. Corrí hacia la puerta del despacho de Salwood, como le dije. Cuando acabó la lucha, me largué. Ese detective inútil por poco me agujerea, sin embargo, cuando me escapaba por la ventana.

—¿Está seguro de que no le reconoció?

—No creo que me reconociera.

—Si Cardona llega a dar con la pistola de usted por medio de la cuadrilla Snooky, tendrá que salir a toda prisa de la ciudad. Uno no sabe nunca lo que puede suceder.

“Me encuentro en mi perfecto derecho. Sobre todo desde que he sido víctima de un robo. Como es natural, deseo tener bien guardada la casa— Rió—. Tendrá usted ocasión de marcharse si asoma Cardona.

“En cuanto se ponga sobre su pista, le buscará por asesinato. Yo puedo justificarme. Puedo probar la coartada.

—No veo yo cómo me pueden colgar a mí el asunto-protestó Thibbel—. El cuchillo ése no era mío...

—No necesitan pruebas completas. El hecho de que se encontrara usted con los gangsters les bastará. Cardona es un buen detective, aun cuando ya sabemos que puede cometer algún error. La seguridad de usted estriba en que tal vez, le sea imposible demostrar que se hallara usted con la cuadrilla. Pero con sólo que averigüe que tuvo trato con ella de antemano, usará cuantos medios pueda para obtener pruebas contra usted.

—Eso significa...

—Que tal vez encargue a unos detectives de que le vigilen. Por eso quiero que no se acerque usted a ninguno de los gangsters que conoce. Le necesito demasiado para llegar a cabo mis planes.

Thibbel no hizo comentario alguno. Aun cuando pasaba por criado de Hargate, era evidente que se trataba de su lugarteniente.

—No hubiéramos tenido que meternos con Salwood-declaró el

millonario—; si no nos hubiese hecho traición. Yo quería lo que era mío. Vi la forma de conseguirlo. Le aconsejé a usted que fuera solo. Usted quería compañeros. Ya ha visto cuál ha sido el resultado.

—No fue culpa mía...

—Olvidemos eso. Salwood ha muerto. Con eso queda terminada su parte. Me hizo traición una vez. Estaba dispuesto a decir todo lo que sabía de mí. Eso no me hubiera perjudicado, porque yo podía decir que se trataba de una simple transacción legal.

“No obstante, no hemos acabado aún. Pienso seguir adelante con todo lo que he proyectado. Vamos a usar métodos cuidadosos, y ahora que Salwood ha desaparecido podemos hacerlo. Elías Galban cree estar bien seguro en esa apartada casa suya. Va a descubrir que se equivoca.

—No creo que necesitamos mucho tiempo-declaró Thibbel—. La casa de Galban es algo difícil de escalar...

—Pero tenemos la intención de hacer las cosas bien. Eso ya está arreglado. Tal vez tenemos jaleo allá dentro; pero así acabarán las cosas como nosotros deseamos. Hemos de tener cuidado, son embargo, que nadie se entere de nuestros planes. Eso va especialmente por Cardona, y por todos los demás también.

—¿Quiénes, por ejemplo?

—Barliss. Fue él quien trajo a Cardona aquí. No quiero que se me interrogue hasta que hayamos acabado nuestro trabajo. No creo que Cardona sospeche nada aún; pero Barliss...

Hargate se interrumpió al sonar el timbre del teléfono que había sobre su mesa. Era un teléfono interior. Hargate descolgó el auricular.

—¿Qué pasa? —preguntó con brusquedad. La Sombra le vio fruncir el entrecejo—. Sí, ¿eh? Bueno, Tompkins... Sí; dígame que le recibiré... Sí; ya bajará Thibbel a buscarle.

Colgó el teléfono. Thibbel vio una expresión de ira en el rostro del millonario. El rostro del criado tomó un gesto duro.

—Barliss está abajo-gruñó Hargate—.

—¿Va usted a recibirle?

—Naturalmente. Está solo. Súbale, Thibbel. Ya me encargaré yo de él. No creo que sepa nada. No tardaré en averiguarlo.

Thibbel salió por la puerta grande. Cerró la barrera tras sí. Wendel Hargate se puso en pie y paseó por el cuarto. Su rostro tenía

una expresión muy dura.

De pronto, una sonrisa muy dulce apareció en sus labios.

Se hallaba de cara a la ventana cuando hizo este cambio de expresión. Lo único que vio el millonario fue la oscuridad. Los ojos de La Sombra habían desaparecido. Pero al volverse Hargate hacia su mesa, reaparecieron los ojos que le espiaban de continuo.

La Sombra estaba preparado para los acontecimientos que habían de tener lugar en aquel cuarto.

CAPÍTULO XVI

INTERVIENE EL AZAR

WENDEL Hargate tenía la mirada clavada en la puerta del despacho. Terry Barliss entró solo.

El millonario le recibió con expresión de fingida perplejidad. Le tendió la mano y le invitó a sentarse junto a la mesa.

Ocupando su silla, Hargate le miró y empezó la entrevista con una pregunta muy natural.

—¿Ha venido usted aquí-dijo—, a discutir la muerte de Compton Salwood?

—Sí. —Contestó Terry.

—Ha sido una desgracia.

—Ese hombre era un criminal. No me inspira la menor lástima su muerte.

—Yo sí lo siento-aseguró el millonario, con énfasis—. Representa mucho para mis asuntos. Había tenido la esperanza de recobrar el manuscrito Villon. Ahora que sabemos que era un ladrón, hubiera preferido que viviese.

—Tal vez tenga usted razón-asintió Terry—. Después de todo, yo he sufrido una pérdida igual a la suya. Mayor quizá, porque el manuscrito representaba la parte más importante de los bienes de mi tío.

—El valor que usted da a su pérdida es un poco dudoso. Es posible, Barliss, que se esté haciendo usted ilusiones.

—¿Por qué?

—Porque anda buscando algo imaginario.

—Con lo que quiere usted decir que...

—Que no tiene usted ninguna prueba de que fuera robado jamás su manuscrito.

La ira brilló en los ojos de Terry. Hargate parecía imperturbable; pero no dejó de observar la expresión del muchacho.

—Barliss-declaró—, trabaja usted basándose en una esperanza falsa. Intenta recobrar algo que no es suyo. No puede haber dos ejemplares auténticos de “Les Rondeaux de París”. Uno de ellos ha de ser falso. Eso es evidente.

—Mientras exista uno-contestó Terry—, pienso conseguirlo. Estoy dispuesto a aceptar la palabra de mi tío y creer que el auténtico es el mío.

—Es posible-contestó Hargate, secamente—; pero ¿qué adelantará con reclamarlo? Vamos a suponer que se recobra el manuscrito. ¿Cómo podrá identificarlo?

—Aguarde a que llegue el momento.

—Pienso hacerlo. Entonces presentaré yo testigos para demostrar que el manuscrito es mío. No olvide, Barliss, que yo he poseído el manuscrito, mientras que usted no lo ha visto nunca.

La frialdad con que hablaba el hombre despertó la ira del muchacho. Miró de hito en hito al millonario.

—Yo tengo las manos limpias-dijo—. ¡No olvide usted eso, Hargate!

—Hablo desde el punto de vista legal. Insisto en que el manuscrito Villon es mío y tengo pruebas de ello. No obstante, estoy dispuesto a hacerle una oferta justa.

—¿En lo que se refiere al manuscrito?

—En lo que se refiere al manuscrito. Es mío por derecho de compra. No obstante estoy dispuesto a ofrecerle dinero para que renuncie usted a él.

—Así, pues, reconoce...

—No reconozco nada. Me limito a decir que compré ese manuscrito por cien mil dólares. Fue una ganga a ese precio. Yo soy coleccionista. Compró todo lo que tengo. A usted, evidentemente, no le interesa nada más que el dinero. Yo quiero el manuscrito; usted quiere dinero. Discutamos condiciones.

Terry estaba asombrado. Se preguntó que podría pretender Hargate. El millonario abrió un cajón de la mesa y sacó una hoja de papel escrito a máquina.

—Esperaba su visita-anunció—. Por consiguiente, preparé este contrato. Deseo el manuscrito Villon. Mientras lo poseía, los asuntos

de los demás me tenían sin cuidado. Ahora que lo he perdido, estoy dispuesto a ser todo lo generoso posible.

“Este contrato dice que renuncia usted a todo derecho a “Les Rondeaux de París”, de Villon, con la Quinta Balada. Lo único que falta es la firma de usted. Yo me comprometo a pagarle cien mil dólares por renuncias a sus derechos, en cuanto recobre el manuscrito.

—Eso me suena a una trampa.

—No lo es. Poseo una factura del manuscrito que puedo presentar si es preciso. Sin embargo, las circunstancias pudieran hacer poco prudente el que presentara yo ese documento.

“Por consiguiente, estoy dispuesto a pagar otra vez el mismo precio por hacerle a usted justicia. Firme este papel. Luego, cualquiera de los dos puede reclamar el manuscrito cuando se encuentre. Irá a parar a mis manos en cualquier caso. Usted quedará satisfecho.

Terry Barliss se puso en pie. Echaba chispas por los ojos. Veía astucia en el fondo de aquel ofrecimiento. Olvidándose de toda cautela, exclamó:

—¡Comprendo su juego, Hargate! Tiene usted una factura falsa que no tiene por qué enseñarme. Lleva el nombre de Compton Salwood. Para presentarla, tendrá usted que hacer frente a una acusación de asesinato, porque tendrá que explicar la adquisición.

“Compton Salwood robó el manuscrito de mi tío. Se lo dio a usted. La factura falsa no será admitida. Tiene usted el manuscrito Villon. Tiene la intención de quedarse con él. Cree que si firmo un supuesto contrato tendré esperanzas de salir beneficiado. Jamás presentará usted el manuscrito y no tendrá que pagarme nunca.

—Está equivocado-anunció Hargate—. Estoy obrando lealmente con usted, Barliss. Este contacto no especifica cómo puede recobrase el manuscrito. Dice que he de presentarlo en cuanto lo recobre.

—Cosa fácil de evitar.

—No pienso hacerlo así fácil. Quiero ser justo con usted. Reconozco que existen circunstancias que no puedo explicar actualmente. ¿Por qué he de explicarlas? El ofrecimiento que le hago es bastante liberal.

—A mí no me puede engañar, Hargate. Si obra con lealtad, ¿por

qué no lo anuncia públicamente? Esto es lo que yo esperaba de usted; que procurara dar largas...

—Este asunto nos concierne a nosotros dos solos.

—¿Sí? Quizá. ¿Qué diría el detective Cardona de esta oferta? ¿Y si le consultara a él primero?

—¡No quiero que Cardona sepa una palabra! Tengo la intención de pagarle ese dinero cuando llegue el momento, pero no pienso entregar una suma tan crecida como cien mil dólares mientras el manuscrito no haya aparecido.

—Eso es cuanto deseo saber-anunció Terry—. Esperaba algo sucio y lo he encontrado. Sólo le doy las gracias por la prontitud con que ha resuelto usted el asunto. Me marchó. ¡Buenas noches!

—¿Dónde va usted?

—A la Jefatura-anunció Barliss, volviéndose hacia la puerta.

Antes de que pudiera dar un paso más, Wendel Hargate metió la mano en el cajón de la mesa y sacó un revólver. Apuntó al muchacho con él. Terry paró en seco, mirando con ferocidad al hombre que le había acorralado.

—Siéntese-ordenó Hargate.

Terry obedeció. El millonario bajó el revólver y lo puso sobre la mesa.

Señaló el contrato.

Firme esto-gruñó—, y olvídense de Cardona. Le estoy dando un buen consejo, Barliss.

El muchacho alargó la mano lentamente hacia la pluma y la tinta. La Sombra, observándolo todo desde el nicho, empezó a avanzar lentamente.

Apareció su mano izquierda. Sostenía una ampolla de cristal. La mano izquierda, enguantada, se acercó a la mano derecha desnuda e hizo una operación con el pulgar y el índice. La mano izquierda desapareció con la ampolla.

La Sombra había sentido vecindad del peligro. A pesar de lo mucho que deseaba evitar tener que encontrarse con aquellos dos hombres que están discutiendo sus propios asuntos, vio que no tendría más remedio que intervenir si amenazaba una tragedia.

La alta figura del misterioso ser se hallaba en el marco de la ventana, preparada para entrar. Los ojos ardientes contemplaban a los dos hombres.

Terry y Hargate estaban demasiado ocupados para sospechar siquiera la presencia del misterioso visitante.

—Firmaré—asintió Terry, en voz trémula—. No hay ningún otro recurso...

Mientras hablaba, Terry dejó caer la pluma e intentó apoderarse del revólver. Asió el arma en el preciso instante en que el millonario le sujetaba la muñeca. Dando un salto atrás, hacia el nicho, intentó desasirse, pero no pudo.

Los dos hombres lucharon desesperadamente. La Sombra no se movió.

Rodando por el suelo, La Sombra los luchadores se iban acercando a él. La Sombra tenía la mano derecha alzada, con el pulgar y el índice bien separados. Estaba preparado para hacer algo que cambiara la situación.

Terry logró soltarse una mano. En el mismo instante, Hargate le echó otra mano al cuello.

El millonario luchaba como un salvaje. Medio estrangulado, Terry soltó el revólver. Cayó al suelo. El muchacho logró apoderarse de él de nuevo, instintivamente.

Al intentar Hargate dar al muchacho con la cabeza contra el suelo, Terry alzó el cañón del revólver. Rodaron ambos por el nicho, en el que podían ser vistos desde la puerta cerrada del despacho. Aquella pelea se había convertido en lucha por la vida.

Un momento quizá hubiera bastado para decidir el resultado de tan igualdad de lucha. Hargate estaba dispuesto a romperle el cráneo a Terry. Este se disponía a oprimir el gatillo del revólver. Fue entonces cuando entró La Sombra.

Asiendo el marco de la ventana con la mano izquierda, alargó la derecha e hizo un chasquido con el pulgar y el índice. El resultado fue sorprendente.

Sonó una fuerte detonación en los dedos de La Sombra y al mismo tiempo partió de ellos un destello de fuego deslumbrador.

Una reverberación aturdidora llenó el cuarto. Terry Barliss se quedó exangüe, cayéndosele el revólver de la mano. Wendel Hargate soltó la garganta del muchacho y rodó sin conocimiento por el suelo.

Un leve chasquido, apenas perceptible entre los ecos de la explosión y de la risa, había llamado la atención de La Sombra. Era

la mirilla de la puerta. Se había abierto. Por ella asomaba el cañón de una pistola. Por encima del arma brillaban unos ojos.

La Sombra levantó la mano derecha. Tenía el dedo apoyado en el gatillo del revólver que había recogido. En el preciso instante en que apuntaba hacia la puerta, sonó un disparo.

El hombre misterioso se tambaleó. Cayó su brazo y se le escapó el revólver de entre los dedos. Medio fuera de la ventana, resultaba un buen blanco para un segundo disparo. Recurrió al único medio que podía salvarle la vida.

No fue la bala lo que le hizo escoger aquel medio. Era el instinto del luchador maestro. Con el brazo derecho inutilizado y los discos de succión guardados, La Sombra hizo un gesto desesperado instantes antes de que sonara el segundo tiro, que llegó demasiado tarde para tocarle.

Silenciosamente, La Sombra soltó las manos y cayó hacia atrás en la oscuridad. La negra capa ondeó a impulsos de la brisa.

¡La Sombra cayó hacia la callejuela!

El azar había hecho una mala jugada al misterioso ser.

¡Una sola bala y la amenaza de otra le habían hecho precipitarse en el vacío!

CAPÍTULO XVII

LA HUÍDA DE LA SOMBRA

SE abrió la puerta del despacho y entró Thibbel corriendo. Él era quien había disparado contra La Sombra. Cruzó apresuradamente el cuarto. Saltó por encima de los dos contrincantes y asomó la cabeza a la ventana.

Lanzó un grito para llamar la atención de los vigilantes. Escudriñó la oscuridad sin ver nada. La masa de oscuridad amontonada al pie de la ventana resultaba invisible en las tinieblas.

Sonó un grito en la parte delantera de la callejuela. Thibbel miró en aquella dirección. Dio una orden. Luego miró hacia abajo. De pronto, vio una forma que se alzaba lentamente contra la pared de la casa.

—¡Alcanzadle! —gritó Thibbel—. ¡Alcanzadle!

La Sombra se estaba escapando. A pesar de la caída que había sufrido, había logrado ponerse en pie. Echó a andar, tambaleándose, por la callejuela, luego dobló una esquina en el preciso momento en que disparaba el criado de Hargate.

El tiro de Thibbel rebotó en la piedra. Un vigilante disparó sin lograr nada.

El segundo vigilante corría ya hacia allí.

Thibbel vio una alta figura que pareció saltar hacia delante. Disparó demasiado tarde. La figura llegó a la puerta de atrás de la casa y desapareció de la vista. Los vigilantes llegaron y emprendieron la persecución.

Thibbel se volvió de nuevo hacia el interior del cuarto.

Wendel Hargate se estaba poniendo en pie. Buscaba aturdido el revólver.

Sonrió al ver a Thibbel. Cogió el arma y apuntó con ella a Terry

Barliss.

—Voy a bajar-anunció el criado—. Si la policía pregunta algo diré que vi a un ladrón huir de la casa.

Salió de la estancia. Wendel Hargate sonrió. Se guardó el revólver, recogió a Terry Barliss y condujo al muchacho a un diván que había al otro extremo del cuarto.

La estrategia de La Sombra había fracasado. Terry era prisionero de Hargate, que aguardaba a que recobrara el conocimiento. La Sombra era un fugitivo, estaba herido y no podía volver.

Thibbel encontró a los vigilantes en la callejuela. Los disparos no habían sido oídos. Habían quedado amortiguados, al parecer, en aquel espacio casi cerrado. Thibbel sacó una lámpara de bolsillo y examinó el suelo mientras los aturdidos vigilantes le contemplaban. Vio un charco de sangre.

—¡Vamos! —dijo el criado—. ¡Aun pescaremos a ese tipo!

La sangre había dejado un rastro fácil de seguir. Daba la vuelta a la casa y pasaba por un estrecho espacio entre otros dos edificios. Thibbel llegó a la calle antes que los dos vigilantes. El rastro de sangre conducía a la derecha.

Al moverse Thibbel en dicha dirección, un automóvil se apartó del bordillo.

Era demasiado tarde para disparar. El coche se hallaba a treinta metros de distancia. El criado lo vio zigzaguear. Chirriaron unos frenos al meterse un taxi en la acera para evitar un choque.

Thibbel ordenó a los dos vigilantes que volvieran a la casa. Estaba gruñendo porque habían dejado escapar al desconocido. Sin embargo, se daba cuenta de que ellos no tenían la culpa.

Aun él, mirando desde arriba, sólo había visto fugazmente a la figura del hombre. Los que se hallaban abajo no habían podido ver nada contra la oscuridad.

Thibbel creía que el desconocido no podría ir muy lejos. No andaba muy equivocado en eso. El automóvil avanzaba, como aturdido, por la avenida.

Caído en los cojines ante el volante, el hombro derecho empapado de sangre, La Sombra conducía con la mano izquierda.

Parecía exangüe. Pero en su huida seguía luchando haciendo uso de los nervios solamente. Maniobraba el cambio de velocidades con la pierna derecha. Seguía un rumbo determinado.

El automóvil pasó cruces pese a las señales rojas y a los silbatos de la policía. Torció por la oscuridad de una bocacalle, salió a otra avenida y avanzó por ella. Una milla más y el coche pareció torcer por sí solo. Rodó por una bocacalle y se detuvo con dos ruedas sobre el bordillo.

La Sombra no se movió durante unos momentos. Luego su mano izquierda, enguantada aún, apareció a la luz de la minúscula bombilla del salpicadero.

Sacó un trozo de papel. Logró trazar breves frases en clave. Metió el papel en un sobre. La pluma se le cayó al suelo.

Otra pluma. Los dedos debilitados de La Sombra escribieron una dirección con tinta corriente. La letra apenas resultaba inteligible. La segunda pluma cayó como la primera.

Con el sobre en la mano, logró abrir la portezuela izquierda. Cayó de cabeza sobre la acera.

Durante unos momentos yació inmóvil. Luego, alzándose mediante un esfuerzo, echó a andar, cojeando. Encontró una abertura entre dos edificios.

Pasó por ella sin hacer el menor esfuerzo por ocultarse. Llegó a otra calle.

Torció a la derecha y llegó a la puerta de una pequeña casa de pisos.

En el vestíbulo, se apoyó contra la pared. Ningún charco de sangre delataba ahora su paso. Parecía haber contenido la hemorragia envolviéndose fuertemente el brazo en la capa. Con la mano izquierda oprimió varios timbres.

Recibió respuesta. Una voz sonó por la boquilla del teléfono que había junto al tablero de nombres de inquilinos. La puerta interior se abrió.

Alguien había creído que la señal procedía de un amigo.

La Sombra subió tambaleándose los escalones, se apoyó en la puerta y cayó hacia adentro al ser abierta ésta automáticamente desde arriba.

Se encontró en una especie de pasillo. Logró alcanzar una puerta que había a la izquierda. En esta se veía una placa que decía:

Doctor Ruperto Sayre

Laboriosamente, La Sombra sacó una ganzúa de acero. Escarbó la cerradura usando la mano izquierda nada más. Logró abrió la

puerta y entrar en el piso.

Al encender la luz, observó un diván bajo. Consiguió cerrar la puerta.

Luego, con doloroso esfuerzo, dejó caer sombrero, capa y guantes al suelo.

Dos pistolas siguieron. La Sombra apareció en su aspecto de Lamont Cranston. Venía de etiqueta. La pechera de la almidonada camisa estaba empapada en sangre.

Se acercó a la mesa y descolgó un teléfono. Cuando respondió la Central, dio un número. Una voz femenina de anunció que hablaba con el despacho del doctor Ruperto Sayre.

—Paciente de urgencias-dijo La Sombra—. Que venga el doctor... inmediatamente... a su piso...

Se le cayó el auricular de la mano. Llegó tambaleándose al diván. Tenía el semblante pálido. Se fijó en el sobre que había dejado caer al suelo con la capa.

Con un arranque de vigor, lo recogió. Estaba franqueado ya. Sólo hacia falta echarlo al Correo. Abrió la puerta que daba al pasillo. Vio un buzón cerca de la puerta del vestíbulo. Llegó hasta él y dejó caer la carta dentro. Volvió tambaleándose al piso del médico.

Cerró la puerta. Metió las prendas que se había quitado debajo del diván, con el pie, y las pistolas también. Se volvió hacia la mesa en que estaba el teléfono.

Fue entonces cuando perdió por completo las fuerzas. Cayó sobre el diván y se puso de lado. No se movió ya.

Transcurridos los minutos. Giró una llave en la puerta. Un joven entró apresuradamente en el cuarto y cerró la puerta. Paró en seco al ver la figura que yacía sobre el diván.

El doctor Ruperto Sayre había llegado en contestación a la llamada de La Sombra. Su vacilación fue momentánea. Corrió el diván a atender al desconocido.

La Sombra había logrado el objeto de su huida. Importante, pero no vencido, había llegado a lugar seguro.

CAPÍTULO XVIII

EL TURNO DE HARRY

HARRY Vincent se hallaba aquella mañana en su cuarto del hotel Metrolite. El agente de La Sombra estaba inquieto. No había recibido el menor aviso de Terry Barliss la noche anterior, ni instrucciones de La Sombra.

Había llamado a Burbank una vez para asegurarse de que la carencia de noticias no obedecía a una obstrucción en la línea. También había telefonado a casa de Terry, donde el criado le había dicho que no sabía cuándo pensaba volver su señor.

El tiempo que llevaba sirviendo a las órdenes de La Sombra le había enseñado a Harry cuán inútil resultaba preocuparse. Era inútil llamar a Burbank. Tampoco adelantaría nada visitando a Rutledge Mann.

Ya había dicho todo lo que sabía acerca de Terry y de su teoría. Su deber era esperar. Ya recibiría instrucciones por mediación de Burbank o Rutledge si La Sombra tenía que darle alguna.

Sin embargo, ni la luz del día lograba disipar por completo la preocupación del muchacho. Durante todo el tiempo que había estado al servicio de La Sombra—desde aquella noche, algunos años antes, en que La Sombra le había salvado de que se matara y le había convertido en agente suyo—, Harry Vincent no había conocido situación que le preocupara tanto como ésta.

Un golpe dado en la puerta le hizo salir de su ensimismamiento. Abrió. Un “botones” le entregó una carta. Una vez solo, estudió el sobre. Su inscripción le intrigaba.

La carta iba dirigida a Harry Vincent, hotel Metrolite, Nueva York. El remitente había escrito la dirección de una forma muy singular, sin embargo.

La primera palabra había sido escrita con cierta firmeza. Las demás daban muestras de menor cuidado. El final de las señas casi resultaba ininteligible.

Abrió el sobre. La carta estaba arrugada. La desplegó y miró con asombro el mensaje. Estaba escrita con la clave de La Sombra. ¡Una carta de La Sombra!

Vigile la casa de Elías Galban. Amenaza peligro allí. Wendel Hargate. Informe sobre todo lo que descubra. Aguarde instrucciones.

No había firma. No era necesaria. Harry sabía que el mensaje era de La Sombra. Vio cómo desaparecía la tinta. La forma en que lo hizo tenía algo que dejó perplejo al muchacho.

El mensaje de La Sombra acostumbraba desaparecer por intervalos progresivos. Aquella vez las palabras se desvanecían por intervalos con irregularidad. No comprendía el motivo. Y sin embargo, era bien sencilla.

La Sombra había escrito el mensaje bajo una gran tensión que le había hecho apretar más al trazar unas letras que otras. Las palabras más llenas de tinta habían necesitado más tiempo para secarse que las otras.

Harry echó el papel en blanco al cesto de los papeles. Rompió el sobre y tiró los pedazos por la ventana. Comprendió por el mensaje que había ocurrido algo imprevisto. No era costumbre de La Sombra tratar directamente con Harry, salvo en casos de urgencia. Algo debía haber ocurrido.

Sin embargo, no veía más que un camino a seguir. Las órdenes de La Sombra eran terminantes. El hecho de que hubiera sido expedida aquella carta era una prueba, de que La Sombra estaba en algún lugar seguro.

Harry comprendió que Terry, al visitar a Hargate, seguramente habría obstaculizado algún plan de La Sombra.

Era innecesario llamar a Mann o a Burbank. Las instrucciones aquellas habían partido del jefe supremo.

Tendría que dirigirse a la población de Houlton y vigilar la casa de Galban.

Era evidente que Hargate tenía la intención de hacer alguna incursión por allí. Recordó la teoría de Terry, y el aspecto de fortín que tenía la casa de Galban también.

No cabía duda de que amenazaba peligro. Era inminente un ataque. Si la casa de Galban había de ser objeto de él, a Harry le correspondía averiguar todo lo posible para poner a La Sombra al corriente.

Salió apresuradamente del cuarto, se dirigió al garaje y sacó su coche.

Llegó a Houlton antes del mediodía. Bajó por la desierta avenida con sus hileras de casas abandonadas. Pasó por delante del palacio de Galban. Era un día gris. Las nubes se iban aglomerando y amenazaban lluvia.

Después de comer en un restaurante de Houlton, adoptó el sistema de pasar en el automóvil por delante de la casa de Galban con infrecuente intervalos.

Lo hizo con prudencia, seguro de que su coche, de aspecto corriente, no llamaría la atención. Transcurrió la tarde sin incidente. Oscureció muy pronto y se puso a lloviznar.

Ya de noche, Harry decidió emplear un método distinto. Dejó el automóvil en un garaje de Houlton. Bajó la avenida a pie.

El viento silbaba; la lluvia era fría. Las casas desiertas parecían campo de caza de fantasmas. Llegó a la última casa de la hilera.

Más allá estaba el palacio de Elías Galban. La casa tenía un aspecto extraño en la oscuridad. Algunos rayos de luz se escapaban por las ventanas. Harry fue con cautela, acordándose de Corry Fawkes, el hombre que no hacía preguntas.

Quizá más tarde podría visitar personalmente a Elías Galban. A pesar de que el viejo estaba preparado para cualquier peligro, tal vez no supiera que le amenazaba ya. De momento, sin embargo, su deber era buscar señales de dicho peligro.

La última casa de la hilera acababa en una pared de ladrillo. Evidentemente, los constructores habían esperado llegar más cerca de la residencia de Galban, por lo cual habían dejado aquella hilera terminada en parte nada más.

Harry se deslizó a lo largo de la pared. Se hallaba en un estrecho espacio comprendido entre la última casa y la alta valla de la finca de Elías Galban.

Mirando hacia el palacio, observó una ventana iluminada en la planta baja.

Decidió que si la vigilaba podría darse cuenta de cualquier

muestra de actividad que hubiera dentro de la casa, sobre todo por la parte de Fawkes.

Para ver mejor, se subió a la valla. Luego, con la esperanza de ver aún más, se descolgó por el otro lado.

El suelo, empapado en lluvia, hizo un ruido esponjoso bajo sus pies cuando se acercó al sombrío palacio. A pesar de su aspecto amenazador, el edificio parecía atraerle. Llegó junto a él y se alzó hacia la ventana en que había luz.

Vio un cuarto amueblado que no tenía más luz que la que entraba por una puerta. Tan enfrascado estaba en lo que hacía, que se olvidó de dónde se encontraba. No se dio cuenta de que su cuerpo, si bien estaba escondido de cuantos estuvieran dentro de la casa, podía verse muy bien desde fuera.

Tal vez fuera la distancia que le separaba de la valla lo que le hizo sentirse más seguro.

Aparecía desierto el terreno que rodeaba la casa. Mas cuando se figuró oír un ruido que no era de la lluvia se dejó caer al suelo.

Estaba seguro de que había alguien cerca de él. Escudriñó en vano la oscuridad mientras permanecía acurrucado contra la pared. La luz iluminaba débilmente un trozo de tierra, al que Harry procuró no acercarse.

Oyó ruidos esponjosos, cuya procedencia no podía deducir con exactitud. Se metió la mano en el bolsillo y asió la pistola que llevaba allí. Decidió que debía andar por los alrededores algún otro visitante; que no era él solo quien espiaba la casa.

Se volvió rápidamente, no se hallaba muy seguro, su atacante le derribó.

Rodando desesperadamente, Harry llegó al trozo iluminado. Su adversario le siguió.

La pistola le saltó de entre los dedos. Se vio aplastado contra el suelo y unas manos duras le asieron la garganta. Exhaló un ruido que parecía un gorgoteo.

Con los ojos desorbitados, vio la cara de su contrincante.

Era Corry Fawkes. Para Harry, aquel rostro llevaba amenaza de muerte en su expresión. No pudiendo gritar, luchó débilmente.

Luego perdió el conocimiento. Igual que Terry Barliss y que La Sombra, Harry Vincent se había encontrado con circunstancias que ponían punto a su plan de acción.

CAPÍTULO XIX

EN EL PALACIO

HARRY Vincent abrió los ojos. Yacía boca arriba. Veía oscilaciones fantásticas en el techo. Comprendió que se hallaba en un cuarto en que ardía un fuego en la chimenea.

Sin embargo, no se movió. Estaba intentando recordar lo ocurrido. Se acordó del maligno semblante de Fawkes, de recobrar el conocimiento momentáneamente y de darse cuenta de que le transportaban como si fuera un saco.

Después de eso, algo de delirio. Breves instantes de cordura en que había visto caras que le parecían extrañas y, sin embargo, conocidas.

Largos ratos de ardiente fiebre en que le había dolido todo el cuerpo. Luego se había sumido en un profundo sueño, del que ahora se despertaba.

Alguien se aceraba al diván. Harry volvió la cabeza. Vio a Sanyata, el ayuda de cámara de Elías Galban. El japonés se volvió y habló. Apareció otro hombre; era Licurgo Mercher.

Ni el secretario ni el ayuda de cámara daban muestras de enemistad.

Sanyata se mostraba plácido; Licurgo, casi servil. El secretario se estaba frotando las manos a la par que miraba a Harry, muy solícito.

—¿Se siente usted mejor? —preguntó.

—Sí—contestó Harry, frotándose la frente—. Un poco débil, pero...

—Eso es natural. Permítame que le ayude a levantarse. Usted solo no podría.

Mercher dio pruebas de considerable fuerza y ayudó a Harry a

incorporarse.

El agente de La Sombra parpadeó al darse cuenta de dónde estaba. Le habían trasladado al cuarto de Elías Galban. Inmediatamente delante de él, Galban estaba sentado en su silla delante del fuego.

Sanyata estaba empujando una mesita hacia el diván. Elías extendió la mano para señalar los objetos que había encima. Harry vio un vaso de jugo de naranja, otro de agua y una taza de café.

—Es hora de desayunar-anunció Galban riendo—. Sanyata le traerá unas tostadas. Hemos estado esperando a que despertara.

Harry empezó bebiendo un poco de agua. Mercher le estaba hablando a su jefe. El viejo movió afirmativamente la cabeza y el secretario se metió en el ascensor. Sanyata estaba ocupado tostado pan en una parrilla eléctrica.

El agente de La Sombra comprendió, que debía haber transcurrido mucho tiempo desde el episodio ocurrido fuera de la casa. Vio que a Galban le bailaba la risa en los ojos.

—¿Cuánto tiempo llevo sin conocimiento? —preguntó.

—Cuarenta y ocho horas-repuso Galban con una sonrisa.

—¡Cómo! —exclamó Harry—. ¿Quiere usted decir con eso que...?

—Que hace dos noches que tuvo usted un desgraciado encuentro con Fawkes. Es de lamentar que ocurriera eso. No obstante, tiene usted mucho que agradecer.

Harry pareció aturdido. Galban explicó:

—Fawkes no puede dominarse a veces. Sólo, sin embargo, cuando se halla dentro de ciertos derechos. Es su deber impedir que entren intrusos aquí.

“Ha tirado a más de un intruso por encima de la valla; ha echado a muchos de cabeza por la puerta; pero sólo cuando sabía que no tenían nada que hacer aquí. Cuando le vio a usted junto a la ventana, Fawkes decidió que intentaba usted meterse en la casa. Era la primera vez que se encontraba con un ladrón. Cuando le vio a usted sacar la pistola era cuestión de la vida de usted o la de él.

—Lo raro es que no me matara-reconoció Harry.

—Tal vez lo hubiera hecho-replicó Galban—; afortunadamente, reconoció su cara. Recordó que le había visto aquí en plan de visita. Ya le había medio estrangulado a usted y le había metido la cara

contra el barro. Fue una suerte para usted que no se hallara sobre un pavimento de hormigón.

Harry movió afirmativamente la cabeza.

—Al reconocerle-prosiguió Galban—, le metió en casa. Mercher le mandó que le subiera a este cuarto. Trabajamos por hacerle recobrar el conocimiento. Logramos hacerlo, pero a continuación le entró a usted un desvarío que le duró toda la noche.

“No llamé a ningún médico. Lo hice por su propio bien. Si se hubieran hecho preguntas, hubiese tenido que defender a Fawkes. No había hecho más que cumplir con su deber. Usted era un intruso; hubiese tenido que entregarle a la policía.

—Me alegro que no lo hiciera-observó Harry tomando una tostada con mantequilla.

—Se me antojó que preferiría usted explicarme a mí, y no a un magistrado, su injustificado comportamiento. Cuando empezó a desaparecer la calentura, le dije a Mercher que le diera un hipnótico. Durmió después de tomárselo. Le conservamos aquí para poder observarle. Tiene usted buena cara ahora.

—Me siento débil, sin embargo-dijo Harry—. Débil y como medio narcotizado.

—Eso es de esperar.

Hubo una pausa. Elías Galban no hizo comentario alguno mientras Harry se tomaba el café. Este, sin embargo, se daba cuenta de la situación.

Galban aguardaba una explicación, pero era demasiado cortés para exigirla.

Harry tomó poco a poco el café mientras decidía que contar.

En cuanto a Galban se refería, Harry decidió que su mejor plan sería decir la verdad. Pero las circunstancias no aconsejaban que discutiese el asunto detalladamente. Esta era cosa que Harry mucho olvidaba por muy mal que le fuese.

Sabía que sería fácil decirle a Galban que le amenazaba un peligro. El anciano, sin embargo, quizá pidiera detalles concretos que Harry no podía comunicar. Ante todo, era esencial que no dijese cosa alguna que indicara que era agente de La Sombra.

—Tengo contraída con usted una deuda de agradecimiento, señor Galban-declaró el muchacho con franqueza—. He de reconocer que el hecho de que yo rondar por aquí hace dos noches

resultaba altamente sospechoso. Es más, apenas estaba justificado siquiera; pero estoy dispuesto a explicar los motivos que me impulsaron a hacerlo.

—Me gustaría saberlos.

—La cosa data de la visita que le hice en compañía de Terry Barliss-explicó Harry—. Después de marchar de aquí, le hicimos una visita a Wendel Hargate. Sacó un manuscrito Villon; luego él, como mi amigo Terry, declaró que le habían robado.

“Más tarde fue asesinado en su tienda un tal Compton Salwood, decorador de interiores. Un detective llamado Cardona descubrió que Salwood había estado cometiendo robos en gran escala... robos de libros y de manuscritos.

—Ya he leído los periódicos-contestó Galban—. El nombre de Salwood me pareció desconocido al principio, hasta que me acordé de que en cierta ocasión, había recibido una carta en la que me ofrecía, un presupuesto para encargarse del decorado interior de la casa. Le contesté que no me interesaba.

—Hizo usted muy bien-aseguró Harry—. Barliss y Hargate afirman que Salwood estuvo en casa de ellos. Visitó la casa de Barliss cuando su tío Shattuck aun estaba vivo. Como es natural, Terry está convencido de que le robó Salwood. Dedujo que Hargate se encontraba en el mismo caso. Conque decidió visitar a Hargate.

—¡Ah! —exclamó Galban—. ¿Cuándo fue eso?

—La noche antes de venir yo aquí—. Terry Barliss marchó solo a ver a Hargate. Prometió comunicarme lo que sucediera allí. No me telefoneó al hotel. Terry es amigo mío. Como es natural, me dejó la mar de preocupado el que no volviese.

—Ya.

—Se me ocurrió entonces que pudiera haber decidido venir a hacerle a usted otra visita, puesto que usted había sido el que le había dado el nombre de Wendel Hargate. Conque vine aquí. No vi rastro alguno de él. Aumentó mi preocupación. No entré a verle solo porque la vez anterior había estado aquí con Terry.

“Mi impulso era marcharme, lo preocupado que estaba por Terry me obligó a quedarme. Comprendiendo que no tenía más motivo que ése mi visita, decidí mirar la casa de cerca. Fue una idea equivocada lo reconozco...

—No es necesario que se excuse tanto-sonrió agradablemente

Galban—. Comprendo sus sentimientos. Sin embargo, señor Vincent, a pesar de lo mucho que creo en su sinceridad, he de ser cauteloso. Por lo tanto, insisto sobre un particular.

—¿Cuál es?

—Ha de permanecer usted aquí como invitado mío durante un período limitado. Ha de someterse a cierta cantidad de vigilancia. Puedo asegurarle que esto es necesario. Tengo tanto que perder, que es preciso que ejerza mucha cautela.

Hizo una pausa. Luego continuó:

—Tengo enemigos. No me gusta nombrar al hombre de quien desconfío; pero temo que me ataque de un momento a otro. Sólo puedo decirle que el hombre a quien temo, es el mismo que fue responsable de todos los robos cometidos por Compton Salwood.

“No sé que pretende el hombre ese. Sólo sé que es peligroso. Envidia lo que poseo. Tal vez intente apoderarse de ello mediante un robo desesperado. No quiero dar parte a la policía. El hacerlo supondría formular acusaciones contra el hombre de quien desconfío. Es demasiado rico y demasiado astuto para no haber tomado precauciones que impidan que se le descubra.

“Por lo tanto aguardo. Tengo tres servidores leales que me apoyarán. La invasión puede tener lugar en cualquier momento. Fawkes creyó que había empezado cuando se lo encontró a usted. Cuando le vio la cara, sin embargo, no estaba seguro de si era amigo o enemigo.

“Le considero a usted un amigo. Sin embargo, existe la posibilidad de que pueda engañarme. Si por casualidad resultara ser enemigo después de todo, lo natural es que le haga prisionero, ya que no quiero hacerle daño alguno.

“Si por el contrario es usted el amigo que yo le creo, es mi deber procurar que no corra peligro alguno. Comprenderá usted mi situación. Si le permito que se marche de aquí, corro el riesgo de estar cometiendo un grave error. Si le retengo, es preciso que le trate como es debido.

—Creo que eso lo ha hecho usted ya.

—Lo he cuidado mientras se ha hallado usted impotente. Al rehacerse usted, la situación ha cambiado afortunadamente, ha sucedido en lo que pudiera ser víspera de jaleo. Quiero que permanezca aquí hasta que haya pasado la crisis.

—Tendré mucho gusto en ayudarle.

—No; yo no le pido eso, Vincent. Estaría inquieto. Si resultara usted enemigo, se perdería mi causa. Como amigo, correría usted peligros que me preocuparían aún más.

—Entonces, ¿qué propone usted?

—Tengo un plan muy sencillo. Le pediré que permanezca aquí como invitado mío, en una habitación del primer piso. La puerta tendrá que estar cerrada con llave. Sin embargo, le mandaré a Sanyata de vez en cuando para asegurarme de que se encuentra bien. Puedo asegurarle de que estará bien cómodo.

—¿Cuánto tiempo durará esto?

—Hasta mañana. Si nada sucede esta noche, podemos discutir el porvenir por la mañana. Sin embargo, sé que necesita usted dormir para reponerse. Por consiguiente, no le impongo una cosa que sea dura de cumplir.

Galban hablaba con sinceridad. A Harry le pareció que el viejo proponía una cosa muy justa. Su mejor plan era aceptar. De lo contrario despertaría las sospechas del hombre. Se levantó de la mesa.

—Está bien-dijo—; acepto sus condiciones, señor Galban. Es más, de doy las gracias por haber resuelto el asunto con tanta imparcialidad y espíritu de justicia.

Galban le hizo una seña a Sanyata. El japonés se acercó. A una orden de su señor, abrió la puerta del ascensor. Harry entró, seguido del ayuda de cámara.

Se cerró la puerta y bajaron al primer piso.

Al abrirse la puerta del ascensor otra vez, Harry vio un vestíbulo o descansillo. Era parte de un pasillo cuadrado, formado por los pasillos y la escalera que daba la vuelta al foso del ascensor.

A solas con el japonés, vio la posibilidad de una lucha y una huída escalera abajo. Semejante proceder, sin embargo, no sólo sería perjudicial para su causa, sino que probablemente terminaría en un encuentro con Fawkes, que debía hallarse en la planta baja. Sin armas, Harry no sentía el menor deseo de luchar con aquel hombre feroz.

Sanyata le indicó con un gesto que echara a andar por el pasillo. Al pasar por un espacio abierto, vio un tramo de escalera que conducía al segundo piso. Era un medio que no se usaba para llegar

al piso en que vivía Galban.

Sanyata seguía de cerca al muchacho.

Había algo en el porte del japonés que hacía a Harry andar con cuidado.

Sanyata, a pesar de su plácido exterior, se movía de una manera que le señalaba como hombre peligroso.

Sanyata abrió la puerta de un cuarto. Había varias puertas iguales en aquel pasillo. Harry entró, encontrándose en una cómoda alcoba bien provista de libros. En una mesa del rincón había cigarrillos y un cenicero.

El japonés hizo una reverencia, retrocedió al pasillo y cerró la puerta con llave tras sí. Harry la miró; era una barrera maciza, difícil de derribar.

Las ventanas no sólo tenían fuertes barrotes, sino persianas de hierro al otro lado. Estas estaban cerradas con candados. No había en el cuarto objeto alguno, que pudiera usarse como martillo para romperlos.

Encendió un cigarrillo y se sentó a la mesa. Empezó a examinar los libros.

No viendo ninguno que le interesara, abrió el cajón de la mesa. No contenía más que papeles. Los sacó y se dispuso a guardarlos otra vez.

Algo cayó tintineando al fondo. Era una llave, trasapelada sin duda en alguna ocasión. Se le ocurrió una idea. ¿Podría ser aquélla el duplicado de la llave empleada por el japonés para encerrarle?

Se acercó a la puerta y la probó. Encajaba en la cerradura. La hizo girar silenciosamente. Salió al pasillo, cerrando la puerta con llave tras él.

Se dirigió a la escalera y bajó por ella cautelosamente hasta llegar a un descansillo.

Desde detrás de un grueso pilar de la escalera, pudo contemplar el ancho vestíbulo de abajo. Las figuras de cera formaban un conjunto espectral. Un ser viviente se movía entre ellas; era Fawkes. El hombre parecía un monstruo asesino entre un grupo de cadáveres petrificados.

Harry comprendió que debía andar con cautela. Volvió a subir la escalera y entró en su cuarto, cerrando la puerta con llave. Decidió aguardar una hora por lo menos, antes de hacer otra excursión al

otero que había escogido.

Algo se preparaba. Aun cuando Elías Galban no había mencionado nombre alguno, Harry sospechaba que el enemigo del viejo era Wendel Hargate.

Galban estaba preparado para hacer frente a un fuerte ataque. Harry tenía el presentimiento de que Galban, sabía cómo sería hecho aproximadamente.

Amenazaba peligro. Cuando empezara el conflicto, Harry pensaba hallarse presente, aunque se encontrara sin armas.

Transcurrieron los minutos. Sonó un golpe en la puerta. La voz de Sanyata preguntaba si Harry deseaba algo. Harry se acercó a la puerta y gritó que se iba a acostar.

Giró el pomo. Sanyata se aseguraba de que la llave estaba echada. El eco de las pisadas del hombre se perdió por el pasillo. Transcurrieron unos minutos.

Harry metió la llave silenciosamente en la cerradura y abrió. Estaba preparado ya para dirigirse al descansillo y vigilar.

Bajo el repiqueteo de las gotas de lluvia, la casa de Elías Galban resultaba extraña, con sus puertas cerradas. Sin embargo, aquel primer piso no contenía una amenaza como la planta baja, donde Fawkes se paseaba por entre las figuras de cera.

CAPÍTULO XX

LA SOMBRA MARCHA

EL doctor Ruperto Sayre abrió la blanca puerta de una alcoba de su piso.

Entró y contempló al hombre que yacía en el lecho. Un rostro demacrado se volvió hacia él. Una leve sonrisa apareció en los labios de Lamont Cranston.

—¿Se encuentra mejor? —inquirió el médico.

—Sí-respondió Cranston—; mejor, pero débil.

—Ha perdido usted mucha sangre... Eso... y la caída que debe haber sufrido... le ha hecho más daño que la bala.

—No ha preguntado usted cómo ha sucedido todo esto.

Había reto en el tono del millonario. Sus ojos penetrantes miraban con fijeza al médico. Este se dio cuenta de la mirada. Se tornó serio y se sentó junto a la cama.

—Permítame que le diga una cosa-observó—. Cuando fui llamado aquí, le encontré a usted sin conocimiento, mi señor Cranston. Lo primero que hice, naturalmente, fue cuidar de su herida. Le reconocí porque no es ésta la primera vez que nos vemos.

“Cuando salió usted de su sopor, empezó a hablar. Le interrogué; pero no recibí una respuesta satisfactoria. Tenía fiebre. No era prudente moverle. Traje una enfermera para que le cuidara durante mi ausencia.

—¿No le dijo a nadie más que me encontraba yo aquí?

—A nadie.

—¿Por qué no?

—Era mi deber comunicarle a la policía, que se había presentado en mi casa un hombre con una herida de arma de fuego. Había una razón, sin embargo, por la cual dejé de cumplir con mi

deber. Hay veces en que un médico debe usar su criterio.

“He dicho que me habló usted. Incoherentemente, en efecto. Sin embargo, había ciertas cosas que me reavivaron el recuerdo. En cierta ocasión, señor Cranston, pasé momentos terribles. Era prisionero de un malvado que pensaba asesinarme a mí, así como a varias otras personas.

“Una intervención milagrosa me salvó la vida. Alguien, un ser desconocido vestido de negro, se presentó y nos salvó a mí y a los demás a quien el malvado en cuestión quería hacer víctimas suyas. Supe que nuestro salvador era un misterioso personaje a quien llaman La Sombra.

Unos ojos ardientes clavaron su mirada en el médico. Este no los vió. Tenía la mirada fija en la pared mientras continuaba sus reminiscencias.

—Desde entonces-dijo—, comprendí que había contraído, una deuda de eterno agradecimiento para con alguien a quien jamás encontraría. Conservé así mi agradecimiento hacia La Sombra. Cuando habló usted conmigo hace tres noches, mencionó hechos relacionados con ese episodio de mi vida. Comprendí entonces que usted...

Sayre hizo una pausa. Su mirada se encontró con la de Cranston. Prosiguió, hablando muy despacio:

—Comprendí que tal vez... bueno, digamos que fue usted enviado aquí... por obra de La Sombra. Desde aquel momento, las circunstancias dejaron de interesarme. Era mi deber cuidarme de que recobrara usted por completo la salud.

—Me siento mucho mejor ahora-anunció Cranston—. Supongo que ha llegado el momento de que me marche de aquí.

—¡No en tres días por lo menos! —exclamó Sayre—. Debe permanecer usted en cama. Ha estado bastante grave. Esta es la primera vez que le he encontrado en estado de lucidez.

Cranston dejó caer la cabeza con cansancio sobre la almohada.

—Le fallaría las fuerzas-explicó Sayre—. Sí puedo hacer algo por usted, independientemente de mis servicios profesionales, tendría mucho gusto...

—Un teléfono-le interrumpió Cranston.

Sayre salió. Volvió a entrar con un teléfono con un cable de extensión. Se retiró luego del cuarto y cerró la puerta tras sí.

Cranston pidió un número y aguardó. Le brillaron los ojos. Volvía a ser La Sombra, con toda su fuerza mental aun cuando estuviera físicamente más débil.

—Burbank al habla-dijo una voz.

En voz baja y susurrada, La Sombra interrogó a su agente. Este respondió negativamente a todas las preguntas. La Sombra pedía información. No la había. Harry Vincent no había mandado informe alguno.

Terminó la comunicación. El teléfono cayó al suelo. El doctor Sayre se presentó inmediatamente. Tenía el semblante alarmado, pero se le pasó cuando se dio cuenta de que Cranston, sólo había tirado el aparato para llamarle la atención.

—¿Desea algo mas? —inquirió el médico.

Cranston movió negativamente la cabeza.

—Voy a salir-dijo Sayre—. Volveré dentro de poco. Tenga cuidado, entretanto. Carece de fuerzas para hacer el menor esfuerzo. Dudo que fuera usted capaz de recorrer una docena de metros a pie.

Se fue. Cranston permaneció inmóvil durante cinco minutos. Luego, bruscamente se alzó en la cama, apoyándose en el brazo izquierdo. Se puso en pie, se tambaleó un poco y cruzó el cuarto.

Su ropa estaba echada sobre una silla. Usando la mano izquierda, logró ponérsela por encima del pijama. Salió tambaleándose de la alcoba. Se detuvo en el primer cuarto y sacó de debajo del diván las prendas que allí había ocultado.

En cuanto estuvo envuelto en la capa negra y se hubo calado el sombrero, pareció imbuido de una vida nueva. Era La Sombra. Se guardó las pistolas debajo de la capa. Firme, aunque lentamente, salió al corredor.

La alta figura se hizo confusa. Llegó a la calle. Había un taxi parado allí. La Sombra se acercó a él. Se abrió la portezuela. La alta figura entró sin ser vista. El conductor del taxi no se enteró de que tenía pasajero, hasta que oyó una voz en el interior del coche que le daba unas señas.

El taxi se puso en marcha. Al detenerse cerca de una avenida situada a una milla o más de la casa de Sayre, un billete de Banco cayó sobre las rodillas del conductor. Este miró hacia el interior del coche y encendió la luz.

¡Su misterioso pasajero había desaparecido!

Sonó un chasquido más tarde en una habitación oscura. Era el santuario de La Sombra. Se vio la pulimentada mesa al encenderse la azulada luz.

Aparecieron unas manos en el círculo claramente iluminado. La izquierda descolgó unos auriculares de la pared, más allá de la mesa.

Brilló una lucecita que indicaba una conexión. Sonó el susurro de La Sombra en la oscuridad. Estaba hablando otra vez con Burbank.

—Mensaje para el Cobalt Club-dijo La Sombra—. Diga que habla de parte del señor Cranston. Stanley debe tener preparado el automóvil.

Los auriculares volvieron a su sitio. La mano izquierda desapareció. Luego apareció de nuevo un pomo que contenía un líquido violáceo. La cubierta del pomo era como una taza que La Sombra quitó.

Unas gotas cayeron en la tacita. El penetrante olor de un extraño elixir llenó el santuario. La mano izquierda alzó la tacita a unos labios invisibles. Cuando volvió a bajar la mano, la taza estaba vacía.

La risa de La Sombra sonó en la oscuridad. La mano izquierda retiró la botella tapada. Hasta la mano derecha tenía fuerzas para moverse ahora.

Apareció una caja delgada y plana sobre la mesa. Se abrió su tapa. Dentro había toda clase de cosas para hacer caracterizaciones.

El interior de la caja tenía la superficie como un espejo y reflejaba la azulada luz.

Los artículos que había dentro hubieran asombrado incluso a aquellos, que se creyeran expertos en el arte de caracterizar.

Se apagó la luz. Volvió a sonar la risa de La Sombra, esta vez en total oscuridad. Cuando se apagaron los ecos, el santuario estaba desierto.

Stanley, sentado en el automóvil a la puerta del Cobalt Club, quedó sorprendido, un poco más tarde, al oír la voz de Lamont Cranston que le hablaba desde el oscuro interior. No había oído a su señor subir al coche.

—Por el Holland Tunnel, Stanley-dijo Lamont—. Luego a la

población de Houlton. Nueva Jersey. Puede volverse a casa con el coche desde allí. Tengo una cita a la que he de acudir.

CAPÍTULO XXI

LA MAZA MORTAL

LA noche aquella era muy oscura. Llevaba lloviendo tres días seguidos.

Envuelto en una manto de bruma, el palacio de Elías Galban resultaba más sombrío que nunca.

Unos ojos atisbaban desde una ventana. Eran los de Fawkes, el criado de la enorme cabeza. Se abrió la puerta principal; el oscuro vestíbulo no dejaba que se viera la figura del monstruo.

Fawkes empezaba a hacer la ronda nocturna. Sus pasos se encaminaron por el prado hacia la última casa de la hilera.

Luego dio la vuelta y regresó al palacio.

La puerta se cerró tras él. Se dirigió al segundo vestíbulo donde las figuras de cera tenían un aspecto extraño a la luz artificial. Mercher aguardaba allí.

Había estado montando guardia durante la ausencia de Fawkes.

Este último cruzó el vestíbulo y se encaminó a la escalera. Mercher le observó. Igual hizo Harry Vincent desde arriba. Al ver al criado acercarse a los escalones, Harry retrocedió en la oscuridad hacía el primer piso.

Mercher, sin embargo, detuvo a Fawkes cuando llegó al descansillo. El secretario estaba alerta. Le hizo una pregunta al hombre, que respondió con un gruñido.

Mercher le hizo una señal para que permaneciera allí, en guardia, y él se metió en el ascensor. Transcurrieron unos minutos antes, de que Fawkes volviera a bajar la escalera. Evidentemente se dirigía al segundo piso a ver a Galban, cuando Mercher le detuvo.

Cuando Harry Vincent volvió al descansillo, vio a Fawkes y a Mercher también. El secretario se hallaba de pie cerca de la figura

de cera del jefe indio. Estaba mirando a Fawkes con solemnidad.

El criado señaló hacia un entrepaño de la pared y se dirigió a él. Fawkes intentó seguirle. Mercher le detuvo. Descorrió el entrepaño y desapareció en la oscuridad.

Mientras estos acontecimientos se desarrollaban en el interior de la casa, la lluvia caía sin cesar en el exterior. Sin embargo, allá bajo la lluvia, había algo más que oscuridad. Una figura había penetrado en terreno de la casa. Detrás del antiguo palacio se hallaba La Sombra.

Figura de fantasma, pero que parecía oscilar a todo viento. La Sombra estaba estudiando las paredes. Veía ventanas oscuras; Todas tenían barrotes.

Dirigió la mirada hacia abajo y vio el grueso enrejado de una ventana de los sótanos.

Encendió una minúscula lámpara de bolsillo. Mientras la sostenía con la mano derecha, su mano izquierda trabajaba en la reja. Era difícil abrirla; pero no más de lo que hubiese sido abrir una de las ventanas de arriba.

Había escogido aquel sitio en lugar de intentar escalar hasta el piso, porque estaba cansado.

El enrejado cedió con un leve chasquido. La ventana se movía más allá. La alta figura de La Sombra se hundió en la oscuridad de un sótano profundo.

La lámpara de bolsillo se había apagado. En la profunda oscuridad, el misterioso personaje se movió hacia el otro lado del edificio.

Se detuvo. Delante de sí vio una escalera. Por encima de ella, una luz mortecina. Al deslizarse hacia la pared, manteniéndose siempre en la oscuridad, La Sombra pudo ver la cara atisbadora de Licurgo Mercher, arriba de la escalera. El secretario estaba escuchando por si oía sonidos procedentes de abajo.

La Sombra llegó a la pared. Se paró allí sin ser visto por Mercher. Sin embargo, durante aquellos momentos de tensión y espera, aumentó su fatiga.

Empezó a oscilarle el cuerpo. Tenía que hacer verdaderos esfuerzos por sostenerse.

Mercher estaba bajando la escalera cautelosamente. No vio a La Sombra.

Llevaba una lámpara en la mano. Dirigía su luz a un punto apartado del lugar en que se hallaba el ser de las tinieblas.

Mercher emitió un sonido sibilante. El entrepaño de arriba se cerró. El secretario creyéndose solo, empezó a examinar una abertura enrejada que había en la pared del sótano.

La luz de la lámpara iluminaba lo que en otros tiempos había sido una alcantarilla vieja o un pasaje practicado en un lado del sótano.

Dio media vuelta para alejarse. Hizo una pausa, luego volvió al lugar que había examinado. La luz de la lámpara repasó la vieja reja. Un sonido sibilante escapó de sus labios.

¡El enrejado salió disparado hacia adentro por un fuerte empujón y tras él entró un hombre!

Era Thibbel. Aterrizó de lleno sobre Mercher y alzó la pistola que llevaba en la mano para darle un culatazo al otro, al caer la lámpara.

Entonces apareció un tercer luchador; La Sombra. Thibbel se desasíó de Mercher, que le había agarrado y dio un fuerte golpe con el brazo a ciegas, dándole a La Sombra en el hombro herido.

La figura negra cayó al suelo, sin ser vista. No era la furia del golpe de Thibbel, sino la propia debilidad de La Sombra lo que hizo inútil que continuara la lucha. Se desmoronó en el instante en que Mercher daba un salto para asir a Thibbel. La Sombra había quedado eliminado de la lucha.

Yacía inmóvil en el suelo, con el brazo derecho inválido, mientras Thibbel y Mercher luchaban silenciosamente en la oscuridad. Tenía la mano izquierda crispada debajo de la capa. La apretaba contra el pomo de elixir que había sacado de su santuario, junto con la caja aplastada.

Descendió una mano en la oscuridad. Mercher recibió un fuerte culatazo que Thibbel le propinó por casualidad. El secretario cayó con un gemido ahogado y rodó sobre el cuerpo de La Sombra.

Thibbel recogió la lámpara de bolsillo. Soltó una carcajada al mirar a Mercher. No vio la oscura figura de La Sombra ni se paró mucho allí.

Satisfecho de que Mercher no era de temer ya, el criado de Wendel Hargate se dirigió a la escalera.

Apagó la lámpara al llegar al entrepaño.

Dio unos golpes. El entrepaño se descorrió. Rápido como el pensamiento, Thibbel salió al vestíbulo de las figuras de cera. Apuntó con el revólver al hombre que había abierto. Corry Fawkes, acorralado, miró con ferocidad a aquel enemigo inesperado.

Thibbel sacó otro revólver y, en aquel preciso instante, se descorrió otro entrepaño, saliendo Sanyata del ascensor. Thibbel le apuntó también.

Harry Vincent lo veía todo desde el descansillo. También pudo oír el gruñido de desafío de Thibbel.

—¡Conque creísteis engañarnos!, ¿Eh? —Exclamó—. Yo ya me había figurado lo que pretendíais. No había más que una manera de entrar aquí: desde la casa última de esa hilera. Hemos estado trabajando allí y ya me supuse que estaríais enterados de ello.

“Estabais esperando. Dejándonos entrar. Para pillarnos in fraganti. Pensasteis que se os presentaría una ocasión de meterle un balazo a quien asomara, sin peligro de complicaciones con la policía. Bueno, pues esta vez os habéis equivocado de medio a medio.

“Sabía que erais tres. Conque vine solo y acabé con el primero en los sótanos. Si vosotros dos queréis seguirle, no tenéis más que intentar algo. Estoy aquí para ver a Elías Galban y no habrá quien me lo impida.

Harry Vincent, allá en el descansillo, se preguntaba qué hacer. En el lugar en que se encontraba, estaba en línea con uno de los revólveres de Thibbel. El moverse en aquel instante pudiera significar su muerte.

Estando desarmado, poco podía ayudar. El mismo hecho de haber abandonado su cuarto pudiera hacer creer a Fawkes y a Sanyata que era un enemigo más.

Thibbel estaba cruzando el vestíbulo, andando hacia atrás para no perder de vista a los dos hombres. Se detuvo cerca de las figuras de cera, con una mueca maligna, como si pensara matara a los empleados de Galban a sangre fría.

Sin embargo, Fawkes y Sanyata permanecían inmóviles. De pronto, Harry comprendió que debían estar aguardando, algún acontecimiento extraño que les librara de su enemigo.

El acontecimiento ocurrió al acercarse Thibbel a la más cercana de las figuras de cera. En el terrible silencio, el jefe indio pareció

quedar imbuido de vida.

Al volverse Thibbel, presintiendo un peligro, la figura alzó su enorme maza.

El arma cayó con fuerza tremenda sobre el cráneo del criado de Wendel Hargate.

El hombre rodó por el suelo. Ningún cráneo humano hubiera podido soportar golpe semejante. Thibbel estaba muerto. Harry vio a Fawkes y a Sanyata que se adelantaron para retirar el cadáver. Cuando Harry volvió a mirar a la figura de cera, ésta había recobrado su posición anterior en completa inmovilidad.

CAPÍTULO XXII

HOMBRES DE LAS PROFUNDIDADES

FAWKES y Sanyata se habían llevado el cadáver de Thibbel. Regresaban al vestíbulo de las figuras de cera. Harry no se había movido. Comprendía que ojos extraños pudieran estar vigilando, la escalera en que se hallaba él agazapado.

Durante unos momentos, los dos hombres hablaron en voz baja. El japonés hizo un gesto en dirección al entrepaño abierto que conducía a los sótanos.

Luego Fawkes se dirigió allá, pero se detuvo antes de llegar a la abertura.

Alguien subía la escalera. Fawkes retrocedió unos pasos y sacó un enorme revólver. Harry vio caer el arma al reconocer el criado al que llegaba.

Licurgo Mercher, encorvado y fatigado, salía de los sótanos. Tenía una mancha de sangre en el contraído rostro.

Mercher estaba completamente agotado. Sanyata le asió del brazo y le ayudó a sentarse en una silla al otro extremo del vestíbulo. El secretario se llevó la mano a la frente e intentó limpiarse la sangre.

Sanyata desapareció. Regresó con una jofaina de agua. Le limpió la sangre a su compañero y le puso una venda. Mientras tanto Fawkes seguía vigilando.

Tenía la enorme barbilla caída sobre el pecho y los ojos muy brillantes. Al monstruo parecía gustarle ver sangre, aun cuando la víctima fuera uno de sus propios compañeros.

Durante todo este rato, el jefe indio seguía inmóvil, con la maza alzada sobre la cabeza. Harry, sintiendo la debilidad de los últimos días, empezó a creerse víctima de una horrible pesadilla.

Fawkes llamó su atención. El criado estaba retrocediendo para alejarse así de la abertura. Sus ojos se volvieron hacia el jefe indio. Harry sorprendió en ellos una mirada feroz y comprensiva.

El criado se hallaba ya fuera del campo visual del entrepaño descorrido, igual que Sanyata y Mercher. El vestíbulo parecía vacío, cuando dos hombres saltaron dentro. Se detuvieron al ver el revólver con el que les estaba apuntando Fawkes.

Harry reconoció al primero de los recién llegados, era Wendel Hargate.

Durante un instante, sintió cierta satisfacción, al ver que el millonario había caído en aquella trampa.

Luego, al moverse lentamente el otro hombre, una exclamación de sorpresa tembló en sus labios.

El compañero de Hargate no era otro de sus secuaces. El hombre que acompañaba al millonario era Terry Barliss.

A Harry empezó a darle vueltas la cabeza. Sabía la ferocidad con que los secuaces de Galban eliminaban a sus enemigos. El pensar que Thibbel, muerto por un hombre disfrazado de figura de cera, le impulsó a hacer algo apresuradamente.

Fawkes se hallaba de manera que no le era posible ver la escalera. Sanyata estaba entretenido atendiendo a la herida de Mercher. No se le presentaría mejor oportunidad que aquélla.

Cediendo a un impulso, salió de su escondite y bajó, corriendo, los escalones. Su intención era distraer a Fawkes y darle a Terry Barliss tiempo y ocasión para que huyera.

No sabía que podría estar haciendo su amigo con Wendel Hargate. Su único impulso era salvar a Terry.

Sonó un ruido sibilante procedente del indio, aunque la dirección del sonido era demasiado vaga para que Harry la reconociera. Fawkes no se movió.

Siguió apuntando a Terry y a Hargate. Fue Sanyata quien respondió a él.

Dando un salto, el japonés se alejó de la silla en que Mercher se había dejado caer y asió a Harry. El agente de La Sombra rodó por el suelo.

Sanyata, con la destreza de un luchador de jiu-jitsu consumado, hizo rodar a su víctima hasta tenerlo contra la pared cerca de la abertura, dejándole así ante el revólver de Fawkes.

Harry había hecho un alocado esfuerzo por cambiar las tornas. Habían quedado frustrados sus esfuerzos. Pero durante su breve período de acción, había dado tiempo a otro desenlace.

Mientras Sanyata se retiraba, Harry miró a Fawkes. Vio al criado contraer el rostro en feroz mueca y luego ¡bajar el brazo que sujetaba el revólver!

Algo inexplicable había obrado aquel cambio. Instintivamente, todos los que se hallaban allí miraron hacia la abertura de la pared. Allí, sombrío y moreno, se hallaba el último hombre que Harry hubiera esperado ver.

¡Con un revólver de reglamento en cada mano, el detective Cardona había penetrado en la habitación!

Había un reto en la mirada del detective. Cardona demostró claramente que no sabía quién podía ser amigo y quién enemigo. Estaba dispuesto a disparar contra cualquiera que pareciera a punto de intentar algo.

—¡Manos arriba!

El áspero gruñido de Cardona obtuvo resultado. Harry Vincent, apoyado contra la pared, obedeció. Igual hicieron Wendel Hargate y Terry Barliss.

Fawkes estaba acobardado ya; empezó a alzar las manos. El japonés Sanyata obedeció la orden también, mientras que Mercher, mirando lastimeramente desde su asiento, fue el último en levantar las manos.

Cardona tenía dominados a seis hombres. El detective cruzó el vestíbulo, andando hacia atrás y moviendo de un lado a otro los revólveres para que ninguno tuviera ocasión de intentar nada.

Alejó de un puntapié el revólver que había dejado caer el monstruo e hizo una seña a Fawkes para que se moviese a otro lado.

—¿Dónde está Thibbel? —exigió Cardona.

—Subió aquí—contestó el interpelado—. No le hemos vuelto a ver desde entonces.

—¡No intente engañarme! —rugió Cardona—. Le conozco a usted ya, Hargate. Di con la pista de Thibbel por mediación de los amigos de Snooky Dowing. Les seguí a ustedes hasta la última casa de la hilera. Encontré el agujero por el que habían entrado. Pasé por él.

“En cuanto a los demás—agregó, dirigiéndose a los empleados de

Galban—, ya aclararemos las cosas después. No sé que qué están jugando ustedes, pero lo averiguaré...

Mientras hablaba, Cardona se iba moviendo hacia un lado. Tenía la espalda casi delante del jefe indio. Como obedeciendo a una señal, los secuaces de Galban entraron en acción.

Fawkes dio un salto hacia su revólver. Sanyata corrió hacia delante. Hasta el propio Mercher se puso rápidamente en pie.

Harry Vincent gritó un aviso; pero llegó demasiado tarde. El indio de cera había vuelto a reanimarse. Esta vez, sin embargo, la mano alzada soltó la maza.

Desde el pedestal en que se hallaba, el jefe indio saltó hacia delante y asió el cuerpo y el brazo de Cardona con enorme fuerza. El detective cayó al suelo con su inesperado atacante encima.

Fawkes estaba apuntando a Harry, a Terry y a Hargate. Ninguno de los tres había tenido ocasión de moverse. Sanyata le estaba quitando los revólveres a Cardona. Al cesar el forcejeo del detective, el jefe indio se alzó, dejando a Cardona a cargo del japonés.

Licurgo Mercher se había dejado caer otra vez en su asiento y se sujetaba la venda contra la ensangrentada cabeza.

Entonces el indio se arrancó el penacho de plumas y la máscara de cera. Al verle la cara, Harry Vincent soltó una exclamación de asombro.

El hombre que había matado a Thibbel y sujetado a Cardona era el mismo cuyos secuaces habían logrado la victoria final.

¡El jefe indio era Elías Galban!

CAPÍTULO XXIII

ACORRALADORES ACORRALADOS

SE habían vuelto las tornas contra Wendel Hargate. El hombre que había lanzado el ataque contra la casa de Elías Galban, se hallaba ahora en poder de su enemigo. Thibbel había muerto. Con el millonario se hallaba otro trío que compartía su caída.

Harry Vincent, agente de La Sombra; Cardona, representante de la ley: estos dos se hallaban allí sin que el millonario tuviera arte ni parte en el asunto. Terry Barliss, sin embargo, había ido en compañía de Hargate. Para Harry Vincent la presencia de Terry resultaba inexplicable.

Elías Galban estaba riendo. Su semblante conservaba la engañadora expresión de amistad; pero su risa delataba una maldad latente. Con un gesto imperioso, dio órdenes a sus empleados. Estos parecieron comprender.

Mientras Sanyata cerraba la entrada de los sótanos. Fawkes, con un rugido, ordenó a sus prisioneros que se agruparan junto a la escalera. Sanyata volvió y sacó un revólver. Juntos, los dos empleados hicieron subir a sus prisioneros.

Hargate y Terry iban delante, con las manos en alto. Tras ellos iban Harry y Cardona. Pasaron por delante de las puertas cerradas del primer piso.

Luego subieron el último tramo hasta el segundo, entrando en el cuarto de Galban por una puerta secreta.

El viejo estaba allí ya. Había subido en el ascensor con Mercher. El secretario, cuidando aún su herida, estaba caído en una silla. Galban ordenó a Fawkes que alineara a los prisioneros contra la pared...

La alegre habitación parecía sombría ahora. Las ventanas

estaban cerradas con candados. Sanyata cerró la puerta secreta por la que habían entrado. La puerta en cuestión formaba parte de lo que parecía ser una pared maciza.

Sentándose en su silla de costumbre, Elías Galban pasó revista a los hombres a quienes había capturado. Adivinó que Cardona debía ser el detective que investigaba el asunto de la muerte de Compton Salwood. Riendo, Galban se puso a hablar.

—He estado esperando con verdadero placer esta visita-dijo;— este momento en que pudiera reunir a todos los huéspedes que deseaba. Ello me permitirá deshacerme de todos los estorbos a un tiempo.

El viejo hizo una pausa para contemplar a Wendel Hargate, que le miraba con hosquedad. La expresión del millonario pareció regocijarse.

—Aun ahora-prosiguió—, no todos ustedes comprenden. Puesto que ninguno de ustedes volverá a molestarme, me complaceré en explicarles las cosas que han querido descubrir. Fui muy considerado al permitirles subir por la escalera hasta aquí. Así pudieron ver las puertas cerradas que ocultan secretos que tan bien he guardado.

“Una puerta oculta mi Prensa; otra mi encuadernación. Una tercera, mi estudio. La cuarta, mi almacén. Soy hombre de muchas actividades y cuento con hábiles ayudantes. Sanyata es un diestro copista de manuscritos, Mercher imita excelentemente impresión antigua. Ambos saben encuadernar con mucha habilidad.

“Aun, es esta casa, falsifiqué las obras que fueron dejadas en lugar de manuscritos y libros de valor. Compton Salwood era el que trabajaba fuera, a mis órdenes. Iba a sitios determinados y dejaba las falsificaciones, llevándose las obras auténticas que yo deseaba. Como experto en falsificaciones, yo tenía acceso a muchas bibliotecas de gente de dinero. Yo era quien dirigía los trabajos de Compton Salwood.

Galban sonrió mirando a Cardona. Veía la pregunta que el detective tenía a flor de labios. Rió al contestarla.

—Cuando Salwood dejó de serme útil-declaró—, ordené su muerte. Mandé a Sanyata para asegurarme de que Salwood acudiera aquí. Cuando vio que no salía ese hombre a la hora que debía, llamó a la puerta y fue admitido. Sanyata mató a Salwood.

Galban miró con aprobación al japonés. Este sonrió por primera vez. Sus dientes brillaron.

—Le maté con el cuchillo-anunció Sanyata.

Cardona le miró con asombro. Aquella era una revelación inesperada. Se volvió hacia Wendel Hargate. El millonario sonrió sombrío, aun cuando sabía el fin que le esperaba.

—No es fácil que salgamos con vida de aquí ni usted ni yo, Cardona-dijo—. No obstante, ya que Galban ha contado su parte de la historia, yo haré otro tanto con la mía.

—Es una idea excelente-aprobó Galban.

—Ya me figuro que usted creía que me traía yo algo entre manos-declaró el millonario mirando a Cardona—. Y no se equivocaba... hasta cierto punto. Nunca le dije quién me había vendido el manuscrito Villon. Se lo diré ahora. Fue Compton Salwood.

“Tenía una idea de que había sido robado. Pero era mío después de haberlo pagado. Lo tenía oculto, sin embargo. Por eso no quería dejárselo ver. Cuando saqué el manuscrito me encontré con que me hallaba en la misma situación que Terry Barliss. Tenía una falsificación, igual que él.

“Ese fue el motivo de que me callara. Sabía quién me lo había robado. Compton Salwood era un traidor. Me robó el manuscrito después de habérmelo vendido.

—Por orden mía-rió Galban.

—Mi único plan era ir tras Salwood-resiguió Hargate haciendo caso omiso de Galban—. Encargué a Thibbel de ello. Cometió el error de llevarse a Snooky Wowning y su cuadrilla. Se encontraron con jaleo. Thibbel fue el único que escapó.

“Cuando descubrió usted una serie de robos, comprendí que alguien más grande que Salwood habría dirigido el asunto. Deduje que sería Galban. Conque decidí forzar la entrada aquí y apoderarme del manuscrito que era mío.

“Entretanto, Terry Barliss se metió en mi casa. Tuve una lucha con él y después de dominarle le conté la historia. Le dije lo que pensaba hacer. Cuando supo que el verdadero ladrón era Galban, decidió acompañarme. Por eso estamos aquí esta noche. Mandamos a Thibbel primero. Se encontró con lo que no se esperaba.

—Le maté yo-dijo Galban riendo—. Para ser un pobre inválido

inutilizado por el reumatismo, manejo la maza bastante bien.

Harry Vincent lo comprendió todo entonces. Terry Barliss le miró y movió afirmativamente la cabeza. Pero Harry se dio cuenta de algo más.

Vio el papel que La Sombra había pensado desempeñar. Había mandado a Harry a vigilar a Galban no para proteger al viejo, sino para ayudar a los que iban a ir a atacarle.

—¡Basta ya! —exclamó Galban poniéndose en pie—. Sabía que vendría usted aquí, Hargate. Su situación le imposibilitaba para llamar a la policía. Le di su nombre a Barliss para que fuera a verle. Se había acabado la partida en cuanto a Salwood se refería.

“No temía a ninguna de las víctimas. Pero le había estafado a usted y preví que ello tendría consecuencias. Quería que intentase usted atacarme, cuando Salwood estuviera fuera del paso. Estaba preparado para recibirle. Este es el resultado.

El viejo tenía una expresión maligna. Se había quitado la máscara por primera vez. Era un demonio cuyos brillantes ojos eran más terribles que los de Corry Fawkes. Su rostro era más repugnante que el de su monstruoso criado.

—¡Han venido ustedes aquí a morir! —anunció—. La muerte será rápida y tendrá lugar dentro de este mismo cuarto. La habitación tiene unas aberturas para dar paso a un gas mortal. Les dejaremos aquí para que mueran.

“Después de eso, figurarán cuerpos embalsamados en mi colección de figuras de cera. Usted, Cardona, llevará el uniforme de un jefe de policía. Usted, Hargate, representará al rey Midas. En cuanto a Barliss y a Vincent, ya decidiré más adelante cómo vestirles.

Dirigiéndose al centro del cuarto, hizo una seña a Fawkes y a Sanyata.

Ambos retrocedieron hacia la puerta del ascensor. Sanyata, como Fawkes, esgrimía un enorme revólver. Los prisioneros no tenían la menor probabilidad de poder escaparse.

—Sanyata mató a Salwood-anunció Galban—. Fawkes se ha encargado de otros en el pasado. Ya maté a Thibbel. Por lo tanto, haré uso de un nuevo verdugo. Permítame que le presente. Hasta ahora, ha sido un miembro muy callado y tranquilo de mi cuadrilla. Esta noche soltará el gas que ha de causar cuatro muertos.

Galban hizo una seña a Licurgo Mercher. El secretario se puso en pie y acudió. Sonreía con gesto cruel.

—Écheles una mirada, Mercher—repuso Galban—. Estúdielos bien. Esta es la última vez que se les verá vivos. Luego bajaremos en el ascensor. Será obligación de Usted, abrir la llave de paso de la planta baja que libere el mortífero gas.

Elías Galban se retiró hacia la puerta cerrada del ascensor, para esperar a que su secretario inspeccionara a los cuatro condenados a muerte.

CAPÍTULO XXIV

EL TRIUNFO FINAL

UNA sonrisa iluminó la ensangrentada cara de Licurgo Mercher, mientras escudriñaba el rostro de aquellos a quienes se le había delegado para asesinar.

Luego, con un sarcasmo peculiar en su voz, el secretario habló:

—¡Elías Galban ha contado su historia! —exclamó—. Debiera haber sido evidente para todos ustedes. Yo hubiera podido decirles que no era Thibbel quien había matado a Salwood. El cuchillo clavado en el cuerpo del hombre era prueba clara de ello.

“¿Por qué habían de haber usado un cuchillo Thibbel o los gangsters llevando todos pistolas? ¿Por qué— Mercher estaba mirando a Cardona—había de tener que marchar Salwood, antes de las once para acudir a la cita que le había dado su desconocido amo? Sólo porque tenía que ir mucho más lejos que la casa en que vivía Hargate. A esta casa, por ejemplo, que se encuentra a una hora de nueva York.

Harry Vincent estaba mirando con fijeza a Mercher. La pálida fax del secretario brillaba con extraño vigor. Los ojos le centelleaban.

—Había otros indicios—dijo la voz de Mercher—. Los artículos que alguien se había llevado del despacho de Salwood. El extraño comportamiento de Hargate. Cápsulas inútiles en lugar de las píldoras estimulantes, que eran de tanta necesidad para la vida que se apagaba de Shattuck Barliss. ¡Elías Galban no lo ha contado todo!

—Vamos, Mercher—ordenó Galban al hacer el secretario una pausa—. Ya ha dicho usted bastante. Es hora de que mueran estos hombres. No hay porqué demorarlo.

Mercher estaba encorvado adelante, con servilidad. Tenía las

manos contra el pecho. Sonó el chasquido de la puerta del ascensor, que Elías Galban acababa de abrir.

—¡De que mueran! —aulló Mercher—. ¡Pide usted que yo los mate! ¿Puede matar Licurgo Mercher... cuando yace él muerto en los sótanos de esta casa? ¡No! ¡Pero puedo matar yo! ¡Yo soy el ser vivo que ha ocupado el lugar del muerto!

Al decir estas palabras, Licurgo Mercher dio media vuelta y se irguió. Sacó dos pistolas de debajo de la chaqueta. Elías Galban, sobresaltado, contempló una cara que era de Mercher y que, sin embargo, no lo era.

Una extraña risa surgió de los labios que se parecían a los de Mercher.

Aquella risa fue reveladora. Harry Vincent se dio cuenta de la cosa maravillosa que había ocurrido. Aquel no era Licurgo Mercher.

¡Era La Sombra!

Las pistolas se alzaron rápidamente. Fawkes y Sanyata tenían revólveres en la mano. Lo inesperado de la revelación de La Sombra les había pillado desapercibidos. Cuando apuntaban para disparar contra aquel nuevo enemigo, hablaron las pistolas.

Sanyata cayó con una bala en el corazón. Fawkes se tambaleó, herido. Se le escapó el revólver de entre los dedos. Luego, con un resoplido feroz, el hombre dio un salto hacia delante.

La pistola izquierda de La Sombra volvió a sonar. El criado de Galban rodó por el suelo.

Sólo la debilidad de su brazo derecho le había impedido derribar al monstruo del primer disparo. Dicho brazo se le había caído al costado por la fuerza misma del rebote. Alzó el brazo izquierdo en el preciso instante en que Elías Galban, sacando un revólver, apuntó precipitadamente hacia él.

Sonó el arma del viejo. El proyectil pasó por encima del hombro de La Sombra y se aplastó contra la persiana metálica de una de las ventanas. Antes de que Galban pudiera disparar por segunda vez, La Sombra tiró contra él.

Galban rodó del ascensor al suelo del cuarto, retorciéndose en la agonía.

Una risa de triunfo salió de los labios de La Sombra.

Mientras aun duraba el eco de su terrible burla, el luchador que se parecía a Licurgo Mercher se metió en el ascensor de un brinco y

cerró la puerta.

Los cuatro hombres quedaron temblando. Aquel inesperado desenlace les había salvado de lo que parecía una muerte cierta; pero les había dejado alterados y con la vista fija en los cadáveres de los asesinos.

Elías Galban había recibido su merecido, junto con Sanyata y Corry Fawkes.

Para Harry Vincent, el misterio quedaba explicado, por lo menos en parte.

Recordó la visita que había hecho Mercher al sótano, así como la declaración de Thibbel, de que ya le había ajustado cuentas a uno de la cuadrilla de Galban. Harry comprendió que La Sombra debía haber estado en los sótanos también.

Allí habría visto el cadáver de Mercher y, siendo maestro en el arte de la caracterización, se había arreglado de forma que pudiera pasar por el secretario.

Cardona empezó a golpear la pared por el punto en que estaba la puerta que conducía a la escalera. Estaba cerrada con llave y no había manera de abrirla.

La puerta del ascensor había quedado cerrada automáticamente también al bajar La Sombra.

El detective miró hacia el suelo y recogió el enorme revólver de Fawkes y empezó a disparar contra la cerradura. Esta se rompió y pudo abrir la puerta de la pared.

Seguido de sus compañeros, bajó la escalera. Se dirigía al primer piso, para asaltar la puerta del almacén de Galban y recobrar los tesoros robados.

Wendel Hargate y Terry Barliss le siguieron con avidez. Sabían que el manuscrito Villon se hallaría allí.

Harry Vincent fue el último en salir. Se detuvo en la puerta para mirar pensativamente a los cadáveres, de los hombres que habían intentado frustrar los propósitos de La Sombra.

Sanyata yacía boca abajo. Fawkes boca arriba, con la barbilla en el pecho aún. Elías Galban yacía desparramado. Su rostro había perdido por completo la expresión que había tenido en vida. En aquellos instantes sus facciones parecían las de un demonio.

Una vez en la escalera, Vincent se detuvo a respirar un poco de aire fresco por entre los barrotes de una ventana abierta. Mientras

estaba allí, oyó por entre el rumor de la lluvia, el vago sonido de una lejana carcajada burlona.

Alzándose como algo sobrenatural en la noche, alcanzando un volumen que parecía salido de la garganta de una legión de diablillos, la risa estalló en trémulos ecos que se fundieron con el murmullo de la lluvia.

Aquel era el grito que denotaba el triunfo de la justicia. Harry Vincent permaneció inmóvil, mientras oía cómo se desvanecía su singular tono en sibilantes susurros que acababan confundiéndose con la noche.

Aquella era la risa de triunfo de un ser que había librado y ganado la batalla contra un super criminal.

¡Era la risa de La Sombra!

En el triunfo final; ¡la victoria del bien! Pero para Harry Vincent, la risa significaba algo más que victoria.

Era el símbolo de un poderoso guerrero sirviendo a cuyas órdenes había visto caer a muchos canallas: un superhombre cuya mano nunca podía fracasar.

¡La Sombra no fracasaba jamás!

¡La Sombra había triunfado!

¡La Sombra volvería!

¡La Sombra reía!

FIN